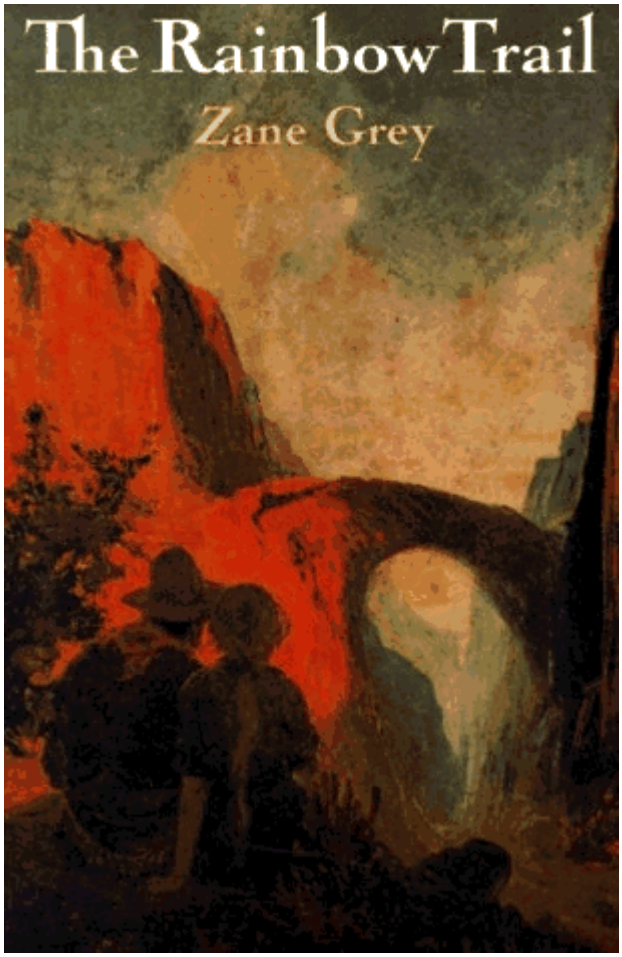
LIBRO dot.com

EL CAMINO DEL ARCO IRIS

Zane Grey



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Shefford detuvo su cansado caballo y contempló con ojos de asombro el paisaje.

Ante él extendíase una ladera de artemisa que bajaba con suaves ondulaciones hacia Laguna Roja, un cauce seco, desnudo y rutilante, una especie de agujero abierto en el erial, una puerta solitaria y desolada en la vasta y abrupta región selvática, allende la altiplanicie.

Shefford había caminado penosamente durante toda la larga jornada, teniendo siempre ante sí la baja línea del horizonte cual ilusivo espejismo jamás alcanzable. Durante los días anteriores había cabalgado por las desnudas colinas y dunas del desierto, y siempre habíanle engañado las distancias.

Cien millas de camino a través del desierto, con los errores y crueles lecciones que experimentara, no le habían preparado para lo que, de pronto, ofrecíase a su mirada atónita. Ante él se extendía un mundo en que todo era magno. Maravillado e impresionado a la vez a causa de la terrible belleza del panorama, Shefford cayó en graves meditaciones. Aquella oscura e ignorada región parecía lanzarle una amenaza. Una irresistible llamada habíale llevado hacia aquella fragosa frontera de Arizona, aquella especie de derruida muralla almenada de las altipianicies del Estado de Utah. Semejaba un enorme gigante dormido que frunciera el ceño avisándole que no debía aventurarse a buscar lo que se ocultaba tras sus fragosidades. Shefford sintió la intensa emoción del miedo y del triunfo. Aquélla era la región que le habían descrito. Más allá del valle rojo, muy lejos, tras la escabrosa línea de la meseta negra y de la amarillenta cordillera, hallábase el solitario cañón con su obsesionante secreto.

Laguna Roja significaba para él un nuevo Rubicón. O lo cruzaba para penetrar en lo desconocido, aprestándose a la oscura , peiigrosa lucha, o se volvía atras, fracasado, para ignorarlo y sufrir siempre la misma barrenante obsesión. La extraña historia de un amigo impulsóle a aquel singular viaje; un arco iris maravilloso decidióle con su, misterio y su promesa a correr la aventura. Por vez primera en su vida había respondido a la llamada del reino de la aventura, y por primera vez también habíase sentido feliz. Mas ante el terrible aspecto de la ignota región, tan súbitamente hallada, invadióle un frío mortal; vacilo contra la fatal atracción y, como impelido por una fuerza superior, espoleo el caballo y bajo por la arenosa senda. Era aún el mes de abril, y con el sol poniente iba descendiendo la temperatura y aumentando el crepúsculo. Ante él alargábanse las sombras, y la artemisa, escasa en aquella ladera, tomaba un

tinte grisáceo. Las innumerables lagartijas corrían a su paso como flechas hacia sus escondrijos, y en los secos arbustos oíase la precipitada fuga de las ratas. El aleteo de un halcón que volaba a poca altura asusto al caballo.

Como olas del mar subía y bajaba la ladera al paso de Shefford, y cada vez escaseaba más la vegetación en el arenoso suelo. La eminencia final de la ladera era una duna de arena que formaba hermosas líneas de sutiles ondulaciones, y desde la cresta, semejante al filo de un cuchillo, elevábase, impelida por el viento, una tenue nube de fina arena. Shefford se pregunto por qué tendría el paisaje una acentuada tonalidad roja visto a distancia, predominando de cerca el color gris o blanco.

De pronto el caminante se dio cuenta de que de la soledad de la ladera surgía una casa. Al avanzar vió que el edificio dominaba la alta pendiente. De construcción sencilla, de aspecto solitario y amenazador, la casa formaba una singular armonía con el terreno circundante. El edificio era de forma octogonal, hecho de piedra no labrada, y parecía un fuerte. Las paredes que se veían dude la parte por donde venía Shefford no tenían puerta alguna, sino pequeñas aberturas a modo de ventanas o troneras.

Pertenecía la casa, especie de avanzada en la desierta región, al traficante Presbrey, del que Shefford había oído hablar en Flagstaff y Tuba. Mas no vió señal de vida en la vivienda, que, por su aspecto de abandono, antojábasele adusta y repelente. ¿Era posible que hubiera quien viviese allí? La agreste naturaleza del valle y de la ladera parecía indicar lo contrario; el espíritu siniestro del lugar
vagaba en el silencio y en el espacio. Shefford no pudo menos de reflexionar con tristeza que sus enemigos, si hubiesen podido, habríanle desterrado precisamente a un paraje tan infernal. Pensó con amargura en la congregación de mentalidad estrecha que le hizo fracasar en su ministerio, que repudio sus ideas acerca de la religión, de la inmortalidad y de Dios, obligándole a dejar, a los veinticuatro años de edad, la carrera a la que, sin vocación,, obligado por los suyos, se dedicara. De niño soñó con ser artista, mas su familia le hizo sacerdote de la religión luterana ; el destino le convirtió en un fracasado. Pero Shefford no creía estarlo totalmente, pues durante los largos días y silenciosas noches del desierto asistió con extraña emoción al renacimiento de sus esperanzas. El espíritu de la aventura le embargaba, aunque la suya era una vaga esperanza, el sueño de una promesa, una meta final ignorada que fortalecía sus locos impulsos.

Al doblar la esquina de la casa, su montura relincho. Una jaca peluda se encabrito al verlos y casi hizo caer al suelo una manta roja de largo pelo que cubría su silla india. El ruido de cascos de caballo desvió la

atención de Shefford hacia un corral cercado con estacas, y en él vio otra jaca.

Oyó voces quedas y se dirigió a una puerta abierta. En el interior, sumido en la oscuridad, vio vagamente el contorno de muebles, pero no a las personas que había oído hablar. Dio la vuelta a la casa y hallo otra puerta, abierta también. Al entrar en la habitación, más clara que la otra, sorprendiole ver a un hombre luchando con una muchacha..., una india. La joven forcejeaba frenéticamente, jadeante, por librarse del abrazo del hombre, cuyo rostro expresaba insana pasión. La escena afecto a Shefford, porque las emociones primitivas eran nuevas para él.

Antes de que pudiese hablar, la india logro soltarse y huyo. Shefford vio la llama del terror en sus ojos. Como un mastín echo el hombre a correr tras ella. Instintivamente alzo Shefford el puño y descargo tal golpe sobre él que lo hizo rodar por el suelo, donde permaneció largo rato. Por fin se incorporó, llevose la mano a la cabeza y miró a Shefford, lleno de asombro y de ira.

-Espero que no seáis Presbrey - dijo Shefford lentamente, un poco embarazado y sin saber qué hacer.

El otro estuvo a punto de hablar, pero se callo. Tenía
la boca y la mano llenas de sangre, y al ponerse de pie, su furor trocóse en vergüenza. Era un hombre alto, un poco grueso, y el esmero y pulcritud que se advertían en él indicaban que no se trataba de un hombre dedicado a los rudos trabajos de la montaña y del desierto. Formaba un gran contraste con las demás personas que Shefford hallara de vez en cuando en su camino durante el largo y penoso viaje. El desconocido salió de la habitación sin decir una palabra. Shefford le siguió y vio que sacaba la otra jaca del corral y que echaba a andar llevándola de la brida hacia el sur. Al llegar al nivel de la laguna seca, donde evidentemente el suelo era duro, el hombre monto la jaca y la puso al trote, alejándose gradualmente.

-¡Pues no entiendo nada! - exclamo Shefford, quien no sabía qué pensar de aquella aventura.

Mirando en torno suyo dióse cuenta de que la joven india estaba sentada sobre un montón de mantas, junto a la pared de la casa. Shefford la contemplo con curiosidad. Tenía la joven el cabello negro como el azabache; iba desgreñada y llevaba en la frente una cinta blanca algo sucia. El color del rostro no era ni rojo ni broncíneo; aunque oscuro, tenía un leve matiz dorado. El perfil era limpio, de líneas agudas, casi austeras. Largas y negras pestañas velaban sus ojos. Llevaba la muchacha un corpiño de terciopelo muy ceñido, abierto en los costados, por cuyas aberturas veíase su piel, más intensamente dorada que la de su rostro. Una hilera de

adornos de plata y de abalorios azules rodeábale el cuello y movíase suavemente al vaivén del agitado pecho. La falda era de percal de vivos colores, pero muy gastada y sucia. Sus diminutos pies llevaban oscuras abarcas de piel de gamo, ceñidas como guantes y provistas de cierres que figuraban una moneda de plata.

-¿Conocéis a ese hombre? ¿Os ha hecho daño? -
pregunto Shefford señalando al mismo tiempo, valle abajo,
un bulto negro que avanzaba sobre la desnuda arena.

-No sé - replico la india.

-¿Donde está Presbrey, el traficante?

-Allí - dijo la muchacha señalando hacia la laguna seca.

En el centro de la desaparecida laguna había una pequeña balsa de agua cuya superficie brillaba al reflejo
de los últimos rayos del sol. En torno de la balsa movíanse pequeño! objetos, tan pequeños que Shefford creyó que se trataba de varios perros guiados por un niño. Pero nuevamente la distancia le engañaba. Allí, junto a la balsa, había un hombre que abrevaba a sus caballos. Esto recordó a Shefford su deber para con su cansada y sedienta montura. Desatóle las alforjas, le quito la silla y, disponíase a llevarla pendiente abajo, cuando la india le tomó la brida.

-Yo ir - dijo, chapurreando el para ella difícil idioma inglés.

En aquel momento Shefford pudo ver los ojos de la muchacha. Eran tan negros como sus cabellos. El joven no sabía decir si la india le parecía hermosa o no.

-Muchas gracias, pero prefiero ir yo mismo - contesto, y volvió a coger la brida.

A poco de su descenso por la ladera tropezó con latas vacías que, medio enterradas, asomaban por todas partes en la arena. Aquellas latas de conserva vacías eran la prueba del modo de vivir del traficante. Volviéndose un poco vio que la india le seguía con su jaca. Mirándola así, de abajo arriba y a contraluz, la vio esbelta, ágil, pintoresca. A distancia, ciertamente le gustaba.

Continuo caminando por el arenoso suelo, hundiéndose a cada paso, y se alegro cuando piso por fin el duro terreno del fondo del valle. La tierra de la antigua laguna era también arena, pero dura, resistente y de color rojo. Seguramente, durante cierta época, todos los años debía cubrirse de agua aquella hondonada. ¡Cuán ancha y vacía estaba ahora l La distancia desde el borde al centro, donde estaba la balsa, parecía corta; sin embargo, Shefford anduvo más tiempo del que creía necesario, y al fin vio que desde la balsa venían a su encuentro. Cuando hubo caminado un poco

más distinguió a un hombre joven, fuerte y arrogante que llevaba dos jacas de la brida.

-Supongo que sois el señor Presbrey, el traficante, ¿verdad? - le dijo Shefford cuando se encontraron.

-Soy Presbrey, en efecto; pero apead el tratamiento - replico el interrogado.

-Me llamo Shefford. He recorrido un poco el desierto; acabo de venir de Tuba.

-Me complace veros - replico Presbrey, y le ofreció la mano-. Ojalá viniesen aquí, a Laguna Roja, más viajeros -añadió -. El sitio es excelente.

-Lo encuentro un poco... solitario - objetó Shefford vacilando, sin saber que decir.

En aquel momento llegó la joven india. Presbrev le dirigió la palabra en su idioma, que Shefford no comprendía. La india mostrábase tímida y no contestaba a las preguntas del traficante. Bajó la mirada y, ante la insistencia de Presbrey, señaló la parte baja del valle y llevó su jaca a la balsa.

Presbrey miró atentamente hacia el punto negro que se alejaba por el sitio del valle señalado por la india.

-Ese hombre se ha ido... así... de sopetón - dijo Shefford, un poco azorado-. ¿Quien es?

-Se llama Willets. Es un misionero. Llegó esta mañana con esa india de la tribu de los navajos. Iba a llevarla a Cañón Azul, donde el vive y donde predica a los indios. Le he visto pocas veces. Son muy pocos los hombres blancos que vienen por aquí. Willets es el primero que he visto en seis meses, vos sois el segundo. ¡Dos en un día! ... Laguna Roja está haciéndose popular. Sí, sí, ha sido un poco raro su modo de marcharse. Iba a quedarse esta noche. No hay otro lugar donde pueda pernoctar. De aquí a Cañón Azul hay cincuenta millas.

-¡Siento que... pero no, no lo siento!... He sido la causa de la inopinada marcha del señor Willets - replicó Shefford.

-¿Cómo ha sido eso? - preguntó el traficante. Shefford le relató el incidente acaecido a poco de llegar el a casa de Presbrey.

-Tal vez procedí con demasiada precipitación - terminó en son de excusa-. No me detuve a reflexionar. Mi actitud me sorprendió a mí mismo.

Presbrey no hizo ningún comentario, y nada se podía colegir de la impasible expresión de su rostro.

-Me gustaría saber lo que significaba aquello - siguió Shefford-. Soy

forastero aquí; desconozco las costumbres de los indios; pero no soy tonto, y si Willets no intentaba nada malo, por lo menos mostrábase muy brutal.

-Estaba enseñando su religión a la joven. - El tono de Presbrey era un tanto socarrón, mas su rostro seguía impasible.

Sin comprender exactamente por que, Shefford tuvo
la convicción de que aquel hombre aprobaba su conducta; pero, de pronto, entendió bien el alcance de la respuesta de Presbrey y se disgustó.

-Yo soy... he sido ministro del Señor -exclamó-. Lo que insinuáis parece imposible. No puedo creerlo.

-No he insinuado nada -replicó el traficante ásperamente-. ¿Conque sois predicador?... ¿Habéis venido aquí para convertir a los indios?

-No. He dicho que he sido ministro. No lo soy. No soy más que... un caminante.

-¡Ah! Bien; el desierto no es lugar adecuado para los misioneros, pero es bueno para los caminantes... Id a abrevar vuestro caballo y luego llevadlo al corral. Encontrareis allí heno. Mientras tanto, voy a preparar la comida.

Shefford se dirigió con su montura a la balsa. El agua de esta parecía espesa, verde, fangosa, y en los bordes había una tenue costra de sal. El sediento caballo entró ávidamente en la balsa y bajó la cabeza, pero no bebió. Bajó la cabeza muchas veces, hasta que por fin la sed le obligó a beber, mas no bebió mucho. Shefford vio que la india sorbía agua en el hueco de su mano, y la imitó. Encontró el agua detestable, de un gusto a podredumbre. Cuando Shefford encaminóse ladera arriba, la joven le siguió.

La subida fue penosa; habíase levantado un viento fresco que barría la arenilla y formaba nubes de polvo que, a veces, obstruían completamente la vista. Cuando al fin llegó y encerró su montura en el corral era casi de noche; sólo en la parte del oeste veíase aún cierta claridad. La india dejó su jaca también en el corral y acercóse a la casa como una sombra.

Shefford tardó algunos minutos en hallar la escalera que conducía al piso. Por fin la encontró, y poco después entraba en una habitación grande, iluminada por dos lámparas. Presbrey estaba allí, haciendo tortillas de harina en una sartén.

-Poneos aquí a vuestras anchas - dijo al recién llegado.

Shefford contempló la estancia, que ocupaba la mitad del octógono que formaba la casa. Tenía una puerta
en la parte que daba al valle y, además, dos ventanas.
La vivienda resultaba más atractiva y cómoda de lo que hacía suponer su

aspecto exterior. El mobiliario consistía en dos grandes alfombras indias, dos camas, un escritorio, una mesa, varias sillas, un estante lleno de rifles, innumerables cintos, bridas adornadas de plata, varios objetos indios colgados de las paredes... En un rincón había un horíro de leña sobre el cual hervía la tetera. A un lado veíase una alacena repleta de alimentos en conserva.

Shefford dirijióse a la puerta y se asomó. Vió abajo a la india sentada sobre una manta, silenciosa e inmóvil.

La ladera y el valle estaban sumidos en la oscuridad; una pálida estrella brillaba sobre el borde de la montaña. El silencio del paraje infundíale a Shefford un vago temor, mas, al escuchar, oyó vagamente un murmullo quejumbroso, intermitente, apenas perceptible y muy en consonancia con la tristeza que inspiraba el lugar. No podía ser sino el murmullo del viento y, sin embargo, le impresionó hondamente. Era un viento distinto del que sonaba cual suave música en las hojas de los árboles de su casa, en Illinois. Este otro viento era sugeridor de extrañas soledades; hablaba del hambre del destierro y de algo que Shefford no sabía precisar.

-Bueno, la comida está casi hecha - dijo Presbrey, interrumpiendo las meditaciones del forastero.

-¿Tenéis agua? - preguntó éste.

-Sí, en aquel cubo. Es agua de lluvia; tengo una cisterna.

Después de quitarse del rostro la arenilla y el polvo alcalino, Shefford sintióse otro hombre.

-Más os valdrá no lavaros la cara con demasiada frecuencia en estos contornos; mal plan es ése - avisó el traficante al observar con qué cuidado efectuaba su huésped sus abluciones -. Bueno - añadió -, ahora ¡ a comer!

Shefford reparó que el traficante, si bien llevaba una vida solitaria, se trataba a cuerpo de rey. Había puesto en la mesa más del doble de comida que entre los dos podrían consumir. Era la primera vez, desde hacía muchos días, que Shefford volvía a sentarse ante su mesa, por lo cual trató de recuperar lo perdido. La actitud de su anfitrión indicaba complacencia; sin embargo, su rostro continuaba impasible. Terminada la comida, Presbrey bajó alimento a la india y dispuso un sitio para que pudiera pasar la noche. Después quitó la mesa y fregó los enseres con la habilidad de una excelente ama de casa. Luego
cargó la pipa y pareció dispuesto a escuchar.

Shefford se dio cuenta, por las preguntas que le dirigió, de que Presbrey estaba hambriento de noticias del mundo, y durante una hora alimentó su hambre espiritual, como el otro había hecho con la suya material. Mas cuando ya nada quedaba por contar, parecióle que el

traficante aguardaba aún algo más.

-¿Cómo habéis llegado aquí? - preguntó Presbrey al callar Shefford.

-Vía Flagstaff, cruzando el pequeño Colorado y por Moencopie.

-¿Os habéis detenido en Moen Ave?

-No. ¿Qué lugar es ése?

-Allí vive un misionero. ¿Os habéis detenido en Tuba?

-Sólo el tiempo necesario para beber y abrevar mí caballo. Para estar en el desierto, el manantial de Tuba es maravilloso.

-Habéis dicho que sois caminante... ¿Queréis un empleo? Yo os podría dar trabajo.

-No, gracias.

-Vi vuestro equipo. No sirve para viajar por este país. Tampoco vuestra montura os durará por estos andurriales. ¿Tenéis dinero?

-Sí, lo tengo en abundancia.

-Bien, eso es bueno. No porque os vaya a cobrar algo ningún hombre blanco de por aquí, pero podréis comprar a los indios en caso de necesidad. ¿Adónde vais, vamos a ver?

Shefford vaciló; reflexionó si debía revelar o no sus propósitos. Su anfitrión no insistió.

-Bueno, ya entiendo. No os impulsa más que el deseo de vagar - continuó el traficante -. Comprendo muy bien la atracción que debe de ejercer sobre vos la soledad del desierto. Los predicadores suelen llevar una vida fácil y segura, pero demasiado sujeta. Están encerrados en un templo, con la Biblia y gente buena. Cuando, por rara circunstancia, rompen las cadenas, se libertan de verdad.

-Sí, eso me ha ocurrido a mí... - replicó Shefford con tristeza. Pareció hundirse por un momento en el pasado, sin reparar en la aguda mirada del traficante. De pronto, volvió al presente y se rehizo -. Quisiera conocer la vida selvática. ¿Conocéis la región más al norte?

-Sólo por lo que me cuentan los navajas, que no son muy comunicativos. Hay una senda hacia el norte, pero nunca la recorrí. La senda varía cada vez que la emprende un indio, porque la arenilla llevada por el viento cubre todas las huellas poco después. Sin embargo, pocos son los navajas que bajan del norte. Yo trafico, sobre todo, con los indios de la parte alta y baja del valle.

-¿Hay hierba y agua?

-Hemos tenido este invierno nieve y lluvia. Agua debe de haber en toda la región. En cuanto a la hierba, nada puedo decir, aunque las ovejas y las jacas que vienen del norte siempre están gordas... Pero (perdonadme el consejo) no intentéis penetrar en el norte.

-¿Por qué? - preguntó Shefford, muy emocionado.

-Es una región desconocida, muy abrupta, como podéis ver desde aquí, y en los cañones se ocultan indios malos. No he visto aún ningún blanco que haya cruzado el desfiladero de aquí a Kayenta. Sé que el viaje se ha hecho, de modo que debe haber una senda, pero es un camino peligroso para los del país, y mucho más para un bisoño como vos. Ni siquiera lleváis revólver.

-¿Qué sitio es ese de Kayenta -preguntó Shefford.

-Es un manantial. Kayenta significa «Fuente sin fondo». Hay allí una pequeña factoría, la última y más avanzada de la parte norte de Arizona. Withers, el traficante que vive allí, va a buscar las provisiones a Colorado y a Nuevo Méjico. Nunca ha bajado hasta aquí. Sólo le conozco de oídas. Creo que ha de ser un hombre fuerte y valiente, para sostenerse en aquel lugar. Si queréis ir allí, más vale que vayáis vía Cañón de Keams y deis luego la vuelta al pie de la Meseta Negra. La caminata es larga..., tal vez doscientas millas.

-¿Y en línea recta vía desfiladero?

-No sé. Tal vez unas setenta y cinco millas, más o menos, de escabrosas sendas..., si es que hay sendas... He oído hablar de una tribu de navajas buenos que vive allí, que posee ovejas y caballos en abundancia. Lo que sé positivamente es que la región alberga a indios perversos, a mestizos y proscritos de toda ley. Algunos me han visitado. Malos clientes son. Además, si vais allí, tendréis que entrar en el Estado de Utah, y los mormones no son actualmente muy amigos de los gentiles.

-,Por qué?-preguntó Shefford, sintiendo nuevamente una extraña emoción.

-El Gobierno los persigue.

Shefford no se atrevió a hacer más preguntas, y su anfitrión decayó un poco. Luego, Shefford se informó acerca de la muchacha india, enterándose de que vivía en alguna parte del valle. Presbrey no la vio hasta que Willets la trajo a Laguna Roja. También se enteró de que Presbrey era relativamente nuevo en Laguna Roja y su región, y Shefford preguntábase por qué una estancia de seis meses sin compañía alguna, completamente solitario, no había dado al traficante más experiencia del país. Probablemente era que el desierto no comunicaba sus secretos fácilmente. Por añadidura, aquella casa de Laguna Roja era únicamente una sucursal de la factoría de Presbrey, la cual se hallaba en Fuente del Sauce, a cincuenta millas al oeste, al otro lado de la meseta.

-Voy a cerrar esta casa durante una buena temporada-dijo Presbrey, y su impasible rostro perdió algo de su rigidez, tomándose más suave- En

Fuente del Sauce río estaré solo... Voy a casarme en breve-terminó por decir al fin.

-Lo celebro de veras-repuso calurosamente Shefford. Alegróse de la buena nueva por aquel hombre solitario. ¡Cuánto influiría una buena esposa en la vida de un traficante del desierto.

La cándida confesión de Presbrey pareció separarlo del ambiente en que vivía en aquel momento. Echando grandes bocanadas de humo, soñaba con un porvenir venturoso.

Shefford respetó el sereno ensimismamiento de su anfitrión; más aún, agradeció el silencio. Muchos días habían transcurrido desde que su pasada desventura surgiera en su mente. La herida del alma no se había curado aún y, al hablar del pasado, sangró otra vez. El recuerdo era demasiado punzante; el pretérito demasiado cercano; deseaba olvidarlo todo hasta haberse endurecido en aquella abrupta y selvática región, quería que transcurriese más tiempo hasta volver a afrontar el alma inquieta.

Prestó atención al creciente bramido del viento. ¡Cuán extrañamente hueco sonaba! Aquel viento estaba cargado de pesada arenilla y las ráfagas sucedíanse con regular intervalo, golpeando las paredes de la casa. El sonido era sugeridor de pensamientos. Aquel gemido, aquellas ráfagas, no eran un sueño; su presencia en aquella casa, solitaria en el vasto desierto, era una realidad; esta aventura suya no era una fantasía. Entonces, también era verdad aquella increíble historia que le había llevado allí. Iba a buscar, a luchar con los elementos y con los enemigos que se le opusieran. En alguna parte del norte de aquellas fragosas montañas existía un valle oculto, separado por completo del resto del mundo. ¿Estarían allí aquellos desaparecidos fugitivos cuya historia tanto le había emocionado? ¿Viviría aún, al cabo de doce años, aquella niña que ahora debía de ser una mujer hecha y derecha, en la soledad del hermoso cañón? Era increíble. Sin embargo, el creyó la historia que le contara su amigo, pues sabía cuán extraña y trágica puede ser la vida. Figurábase oír la voz de la niña en el viento. Le llamaba, era como una obsesión. Admitía la improbabilidad de su existencia, pero no perdía la persistente esperanza que le impulsaba. Creyóse herido en el alma, indigno de explicar, a causa de sus dudas, la ;santa palabra de Dios a la congregación que le despidiera de su patria. Acaso una labor de Hércules, un poderoso y peligroso esfuerzo para rescatar a la joven encerrada en aquel valle sería un lenitivo a su dolor. Tal vez la muchacha fuera su salvación. ¿Quien sabe? Ya de niño había soñado con hallar un tesoro al pie del arco iris.

II

A la mañana siguiente la india había desaparecido y las huellas de su jaca señalaban hacia el norte. Shefford se preguntó en seguida si lograría alcanzarla, y, al darse cuenta de tan singular ocurrencia, se dijo que aquello era una prueba de que, inconscientemente, estaba resuelto a emprender la marcha.

Presbrey no hizo ningún esfuerzo más para disuadirle; sólo insistió en que completara su equipo y se armase, logrando por fin que Shefford aceptara un buen revólver. El traficante le deseó un buen viaje y se quedó en la puerta mientras Shefford guiaba su caballo ladera abajo, hacia la balsa. Acaso el traficante creyera contemplar la marcha de un hombre que no regresaría nunca. Aún seguía en la puerta cuando Shefford llegó a la balsa, donde se detuvo.

En el liso suelo del valle había una delgada capa de nieve, caída durante la noche. El aire era muy frío, mas, a pesar de esta molestia, Shefford sintióse estimulado. Su caballo bebió lentamente, a disgusto. Después de abrevar la montura, el joven, un poco triste,. se alejó definitivamente de la casa de su nuevo amigo.

A poco de cabalgar vio que venía hacia el un gran rebaño de ovejas. Iban muy juntas, formando una compacta masa que avanzaba lenta pero invariablemente. El hecho le sorprendió, porque ningún indio las guiaba. Poco despues advertía que al frente del rebaño iba un perro, y detrás otro, siendo estos los que conducían los corderos al abrevadero. Después de contemplarlos durante unos instantes, el jinete continuó su camino y traspuso una serie de dunas y lomas tras las cuales advirtió un pequeño hato de jacas. Un agudo relincho indicó que los animales le habían visto. Tratábase de caballos pequeños, de largas y enmarañadas crines y enormes colas ; evidentemente eran salvajes, porque no se veía ningún indio cerca. Poco despues, el guía de ellos, dando un resoplido, se puso detrás de sus compañeros, empujándolos, al parecer. Luego se puso al frente de ellos, conduciéndolos hacia la balsa, lo mismo que habían hecho los perros con las ovejas.

Estos incidentes eran nuevos para Shefford y le complacían. ¡Que ignorante estaba de la vida en las regiones selváticas l Otra vez recibía una lección de lo que podría aprender en la vida al aire libre, y aligerado el corazón, se dirigió hacia el paso entre los grandes riscos amarillentos a la izquierda y la ladera de la derecha, que- ascendía suavemente hacia la

Meseta Negra. No sintió miedo, aunque poca experiencia tenía del miedo físico, pero lo cierto fue que apretó los dientes y se dispuso a aceptar lo que la suerte le deparara. Había vivido una vida- de aislamiento, dedicado tan sólo a cosas espirituales : su familia, sus feligreses, sus amigos. Excepto aquel nuevo amigo cuya historia tanto le emocionó, todos eran gentes de pacíficas costumbres y muy religiosas; jamás había tenido ocasión de surgir el hombre viril en el. Con clarividente inspiración imaginóse el mundo que le aguardaba, y casi se alegró de haber tenido la duda que motivó su expulsión de la Iglesia.

Las huellas de la jaca india veíanse claramente en el arenoso suelo. Había, además, otras huellas, aunque no tan claras, y Shefford se dijo que debían de ser las que Willets y la muchacha dejaron el día anterior. Subió a la cima de una loma y desde allí vio frente a él, alzándose en forma chocante, dos colinas amarillentas, casi perpendiculares. Cruzó por en medio de ellas, sorprendiéndole su altura. Traspuestas las colinas, penetró en un valle de suave subida, formada por la Meseta Negra y los riscos. En una extensión de varias millas, el valle hallábase cubierto de arbustos de intenso verdor, lo cual permitió al joven distinguir muy bien dónde terminaba la vegetación y empezaba el yermo suelo arenoso. Puso el caballo al trote y avanzó aprisa por entre la densa faja de árboles.

El día formaba un gran contraste con todos los que hasta entonces había visto desde que se puso en camino. Nubarrones grises oscurecían las paredes roqueñas a pocas millas al oeste, y el jinete vio desprenderse de ellas, y extenderse, cendales de nieve como enormes velos. El viento era helado y cortaba como un cuchillo. Un cendal de nieve se cernió sobre él, descendiendo en forma de copos tan duros casi como granizo, y tanto frío trajo consigo, que el viento que antes le pareciera helado antojábasele cálido ahora. La ráfaga pasó tan rápidamente como vino, dejándole tan aterido que no pudo sostener la brida. Se apeó del caballo y continuó a pie. Poco a poco el sol despejó las nubes, desentumeció a Shefford y fundió la delgada capa de nieve que cubría la arena. Aún seguía Shefford las huellas de la india, pero no vio más que las de ella ; las otras habían desaparecido.

Durante toda la mañana continuó subiendo la cuesta de gradual ascensión hasta que al fin llegó a un punto desde el cual pudo contemplar toda la región abierta, excepto por el lado derecho, donde alzábase la interminable Meseta Negra, que se extendía hacia el norte. Frente a el, dominaba el paisaje un escarpado monte de color amarillento; pero estaba a gran distancia. Nubes bajas cruzaban veloces el cielo y oscurecían de vez en cuando el sol. Shefford encendió una pequeña hoguera con arbustos secos y, con la manta sobre los hombros, se inclinó sobre el fuego,

tostándose las manos y el vestido. Había tenido frío en otras épocas de su vida, pero jamás apreció tanto un buen fuego como en aquel instante. Cuando pasó el nubarrón y con él la ráfaga de nieve, mucho más densa que la anterior, continuó el camino, llevando de la brida al caballo hasta que el ejercicio y los cálidos rayos del sol infundiéronle nuevos ánimos.

La última nevada había borrado las huellas de la india. La nieve no se fundía rápidamente y, además, las huellas de ovejas y de otros caballos hicieron dudar a Shefford, hasta que al fin tuvo que confesar que no podía seguir a la joven por más tiempo. Sin embargo, advirtió que una senda o vereda iba al norte y, siguiéndola, pronto olvidó a la india. Cada vez que escalaba un otero, el paisaje le sorprendía. El desierto no parecía cambiar nunca como conjunto total, mas visto de cerca, sus diferentes partes cambiaban constantemente. Desde Laguna Roja creyó percibir una región escarpada, abrupta, cruzada por innumerables calzones; una comarca que semejaba un mar alborotado, pero cuando la penetró, los abruptos y fragosos contornos manteníanse a distancia.

Al cabo de un rato dejó atrás el arenoso suelo, con gran contento suyo, y se introdujo en un terreno menos árido, cubierto de rala hierba y, en muchas partes, de arbustos. A ambos lados alzábanse cerros de poca altura, desprovistos de vegetación, formando dos líneas hacia el amarillento monte que parecía inalcanzable.

Shefford recordaba los vívidos cuadros de muros roqueños, de valles fragosos, de escarpados picos, que con tan cálida palabra le pintara su amigo Venters. Estaba seguro de reconocer en seguida las notables señales del paisaje que Venters le detalló, y hallábase convencido de que aún no había visto ninguna. Era aquél el segundo día en que viajaba completamente solo, y distinguía mejor el horizonte y los distintos puntos sobresalientes del paisaje. Atribuyó el cambio gradual de sus sensaciones a la soledad y a la creciente selvatiquez del ambiente. Entre Tuba y Flagstaff había encontrado de vez en cuando indios, mineros y algún tronquista con su carromato. Aquí, en cambio, estaba completamente solo, y aunque íntimamente se alegraba, no por ello dejó de advertir la diferencia.

Continuó cabalgando durante todo el día, que seguía gris y desapacible. Sólo al atardecer despejóse el cielo un poco en la parte oeste, y el sol poniente inundó por breve tiempo el desierto con sus dorados rayos.

Para acampar se detuvo cerca de una extensión de rocas que sobresalía del mar de hierba como una isla. Entre las rocas halló pequeños charcos de nieve derretida, en los que abrevó a su caballo. Después lo apersogó del mejor modo que pudo para que el animal pudiera pacer, pero no huir. Mientras encendió la hoguera y se preparó la cena sobrevino la

noche. Al abrigo de la roca hallábase resguardado del viento; sin embargo, el aire era intensamente frío. Shefford recogió cuanta hierba y arbustos secos encontró, amontonándolos cerca del campamento; alimentó el fuego, envolvióse en su manta y se echó a dormir entre la roca y la hoguera. La soledad y los aullidos de los coyotes no le molestaban aquella noche. Hallábase demasiado fatigado y tenía además mucho frío. Concilió en seguida el sueño, no despertándose hasta que, dos horas más tarde, se extinguió el fuego. Entonces volvió a encenderlo y tomó a dormir. Cada hora repitió la operación. Cuando empezó a clarear el día suspiró aliviado.

La nueva jornada empezó con una desgracia. El caballo había desaparecido; o lo habían robado o había huído rompiendo la cuerda. En vano buscó durante largo rato, oteando desde todas las eminencias del terreno; trató de seguir las huellas del animal y vio que no tenía habilidad alguna como rastreador. Mas como había emprendido la marcha seguro de que no habían de faltar contratiempos, no le inmutó la pérdida del caballo. Metió el equipo en su manta y se la ató sobre los hombros; recogió la cantimplora y echó a andar, convencido al menos de una cosa: que era mucho mejor caminante que jinete.

El andar no le permitía la libertad de estudiar el paisaje; sin embargo, de cuando en cuando, al llegar a un punto un poco elevado, examinaba la región. Costóle muchas horas de andar hasta llegar al pico amarillento que se había convertido para él en una especie de meta. Por fin lo traspuso. Vió muchas huellas de ovejas y de caballos en las cercanías de aquella montaña y hasta estaba seguro de haber visto un indio que le espiaba desde un otero.

El día era claro y cálido; la atmósfera, tan diáfana que los objetos parecían agrandarse. La ascensión era gradual; a veces el terreno formaba terrazas unidas por rápidas pendientes. Al mediodía, Shefford se detuvo bajo el primer cedro, un árbol enano y solitario que parecía sostener una dura lucha por la existencia. Desde aquel punto la subida del terreno era más pronunciada, y una línea de cedros aislados guiaba la vista hacia una ladera roja que se perdía en el verdor de los abetos y pinos piñoneros. ¿Acaso sería aquella roja ladera la pradera de artemisa que Venters le había descrito con tanto ardor? ¿O le engañaban los ojos a causa de la distancia? Fuera lo que fuese, Shefford se sintió emocionado y pensó en la esposa extrañamente tímida y adorable que Venters encontró en la comarca de las praderas rojas.

Calculó que el día anterior había recorrido a caballo unas treinta millas, y aquel día unas diez más a pie; por lo tanto podía confiar en que se hallaría en el desfiladero antes de la noche. Reanudó, pues, la marcha con

demasiada energía y entusiasmo para pensar en la fatiga. Y, a poco, descubrió que los cedros y la ladera que había detrás estaban mucho más cerca de lo calculado. Al llegar a la artemisa vio que tenía una tonalidad agrisada en lugar de roja, mas siempre se le antojaba bermeja a distancia, y si entornaba un poco los ojos, percibía el color rojo también de cerca. Sorprendióle advertir que no podía respirar libremente, y pronto descubrió que la fragancia dulzona y penetrante de la artemisa y de los cedros eran la causa. Aquel bosque de cedros era seco y odorífero en exceso ; en los muchos calveros crecía abundante la artemisa. Los pinos piñoneros estaban a mayor altitud, y los abetos, más arriba todavía. Shefford se sintió un poco perdido en aquellos parajes nuevos para él. No había ni sendas ni huellas por que guiarse; no podía ver la Meseta Negra de la derecha ni la pared roqueña de la izquierda; sin embargo, avanzó con singular confianza. Tampoco sabía si la ladera era larga o corta.

Al llegar a la cima vio con sorpresa que al ladera terminaba abruptamente y que el descenso por el otro lado era breve y rápido. A través de los árboles distinguió de nuevo la Meseta Negra, que ahora adquiría la dignidad de montaña; vislumbró también otro valle de suelo liso y horizontal, teniendo por un lado una pared roja que corría paralela a la Meseta. Bajó rápido la abrupta pendiente para obtener mejor campo visual. Su premura fué recompensada por un panorama espléndido, a pesar de lo cual no lograba convencerse de que aquel valle pudiera tener relación con los sucesos que le refirió su amigo. Lo traspuso a toda prisa, anhelando siempre hallar alguna señal conocida, y cuando dobló la pared, al final del valle, hallóse desagradablemente sorprendido al verse ante otra ladera poblada de cedros. Visulmbró durante un momento una enorme roca en lontananza, mas la perdió de vista al salir de la ladera, porque la cima de ésta la ocultaba.

Nuevamente se limito el campo visual. A mitad de la ascensión vióse obligado a descansar un rato, y. cuando reanudo la marcha y penetro en el bosque de cedros estaba próxima la puesta del sol. Pronto noto que el terreno descendía, y súbitamente salió del bosque, hallándose ante un panorama que acelero los latidos de su corazón.

Vió altos riscos y elevados montes que formaban verdaderos capiteles de enormes catedrales, v entre elevadísimas murallas rojas extendíase un maravilloso cañón. Ovo el murmullo de la corriente de agua. Una senda bajaba hasta el fondo del cañón, que era liso, lleno de verdor y cruzado por profundos surcos de la roja tierra. ¿Sería aquella la boca del Desfiladero de la Decepción? No se parecía al lugar que su amigo le había descrito, mas el solitario caminante presintió que aquélla era la

entrada de la fragosa región para penetrar en la cual había venido desde tan lejos.

Solo cuando se hallo dentro del cañón y dejo su equipaje en el suelo advirtió cuán cansado y despeado estaba. Descanso largo rato, contemplando las bellezas del lugar. Cuando el resplandor rojo de los bordes de las paredes del cañón desvanecíase suavemente, Shefford advirtió que pronto sobrevendría la noche. Mas era tan nuevo y tan hermoso el espectáculo, que cuando se decidió a preparar el campamento había oscurecido ya.

Algunos troncos de cedros abatidos por el viento diéronle combustible más que suficiente para la hoguera. Después de satisfacer su apetito, acomodóse ante los llameantes troncos y medito.

El murmullo del arroyo mezclábase armoniosamente al suave lamento del viento entre los cedros..., dulces sonidos de la selva que eran bálsamo para su alma herida. Parecían formar parte del augusto silencio de la noche.

Mas, súbitamente, interrumpió la quietud el ruido de unos cascos de caballo. Shefford escucho con atención, sin sentirse alarmado, aunque la interrupción le desagradaba. Acercábase el jinete, y a poco penetró en el círculo de luz que expandía la hoguera.

El caballo era negro, de aspecto selvático, y huidizo. El jinete semejaba un indio, pero tenía algo del boyero de las praderas. Shefford recordó súbitamente lo que Presbrey le dijo acerca de los mestizos, y sintió una extraña emoción.

Dio la bienvenida al desconocido; pero no recibió respuesta alguna. El jinete se inclino un poco en la silla para ver mejor. Todo en él era negro, excepto el cañón del rifle cruzado sobre la silla. Shefford atizó la hoguera y, al avivarse la llama, pudo ver mejor al desconocido. Vio un rostro oscuro, con labios tensos y apretados y ojos siniestros.

Los ojos eran, indudablemente, hostiles. Miraban a Shefford de hito en hito, y examinaron también su equipaje. Shefford buscó el arma que Presbrey le había dado, pero no la tenía; habíala dejado en el sitio donde perdió el caballo. Una extraña agitación, un frío glacial, apoderóse de él; sintió un nudo en la garganta. El jinete hizo un movimiento y saco un revolver. Shefford lo vio brillar a la luz de la hoguera. Aquel indio pensaba matarle. En su rostro leyó la amenaza de muerte. Sintió la significación del arma como ninguna otra cosa en su vida. Y se dejó caer, aterrorizado. Un sudor frío le corría por todo el cuerpo. Los pensamientos cruzaban su mente con la rapidez del relámpago. Uno de sus lugares comunes había sido el de que no tenía miedo a morir. Sin embargo, ahora temblaba como

un cobarde. ¿Qué sabía él de la vida, qué de la muerte? ¿Le precipitaría aquel desalmado salvaje en lo desconocido? Shefford dióse cuenta de su huera filosofía y de la amarga dulzura de la vida. Tenía cerebro, tenía alma, y con ayuda de ambos hubiera podido ingeniar su salvación. Mas ¿qué significaban su alma y su celebro para aquel terrible jinete de la noche en aquellos selváticos y espantosos lugares?

Incapaz del menor movimiento voluntario, con la lengua pegada al paladar, Shefford observaba al desconocido y su revolver, que aún no le apuntaba. Le vio ladear ligeramente la cabeza para escuchar. Su caballo escuchaba también. De pronto el jinete se irguió, obligo al caballo a dar la vuelta y desapareció en la oscuridad. Mas no tomo el mismo camino que le había traído.

Shefford oyó ruido de cascos de caballos sobre la senda rocosa. Otros jinetes descendían al cañón y habían sido la causa de que él se salvara. Poco a poco recobro la serenidad, dejo de temblar y comprendió que la nueva situación cambiaría de algún modo su propia actitud para con la vida.

Pronto vio aparecer tres caballos: dos, montados por indios, un hombre y una mujer; después advirtió con sorpresa que el tercer caballo era el suyo y que la mujer era la muchacha india que había encontrado en Laguna Roja. Shefford se levantó, temblándole ligeramente las piernas, para dar las gracias a los indios por el servicio que acababan de hacerle. El hombre se deslizo con rapidez de la silla ; era alto, esbelto, ágil, singularmente simpático, y al avanzar hacia Shefford pudo éste contemplar su austero rostro, de mirada brillante. El indio iba destocado y llevaba el pelo sujeto con una cinta en la frente. Parecíase extraordinariamente a la muchacha, aunque sus facciones eran más finas.

-¿Como estáis?-le pregunto en voz baja y clara.

Al mismo tiempo tendió la mano y Shefford sintió un apretón como de garra de acero. Devolvió el saludo al indio, quien le entrego acto seguido la brida de su caballo e indico por señas que había roto la cuerda, a causa de lo cual se perdió. Shefford le dio las gracias. El indio le escucho y, luego de desensillarlos, se llevo los caballos, al parecer para darles de beber. La muchacha se quedo en el campamento y Shefford la interrogo, mas ella mostróse tímida y no aventuro ninguna respuesta, en vista de lo cual se puso a cocinar con el fin de preparar la cena para los recién llegados. Hallábase activamente ocupado en tales menesteres, cuando el indio volvió con las monturas. Poco después, Shefford sentóse nuevamente al lado de la hoguera y contempló a sus huéspedes mientras comían lo que él había preparado. Mucha hambre debían de traer, porque tardaron poco

en vaciar platos y tazas. Acabada la cena, la muchacha se retiro un poco a la sombra; mientras, el indio permaneció junto a la hoguera, sentado sobre las cruzadas piernas.

A Shefford le impresionó fuertemente aquel indio ; jamás ningún piel roja le había interesado tanto. A primera vista parecía joven, silencioso, encerrado en su apatía primitiva: un salvaje sano y fuerte nada más; pero, examinado con mayor atención, veíasele maduro, casi viejo; un hombre extraño, triste, ensimismado, como si sobre él pesaran graves cuitas.

-¿Como se llama este lugar?-pregunto Shefford señalando la abertura entre los dos riscos negros.

-« Sagi """" -respondió el indio.

Esta palabra nada significaba para Shefford, por lo que pregunto si «Sagi» era el desfiladero; pero el indio movió la cabeza negativamente.

-¿Su esposa? - interrogo después, señalando a la muchacha.

El indio volvió a mover la cabeza.

-Bi-la - respondió.

-¿Qué queréis decir? ¿Qué significa Bi-la?

-Hermana - replico el piel roja. Pronunciaba la palabra con desgana, como si el idioma del hombre blanco le disgustase, mas la pronunciación era tan correcta que Shefford quedose sorprendido.

-¿Como se llama? -continuo.

-Glen Naspa.

-Y vos, ¿como os llamáis?

-Nas Ta Bega - contestó el indio.

-¿Sois navajo?

Nas Ta Bega se inclino grave y orgullosamente.

-Yo me llamo Juan Shefford. Vengo de muy lejos, desde donde sale el sol. Vengo a quedarme mucho tiempo aquí.

El indio le contemplo fijamente. Shefford nunca había visto una mirada tan penetrante, mas ni los ojos ni la expresión del rostro de Nas Ta Bega revelaban sus pensamientos.

-El navajo no conocer Jesucristo -dijo el indio, y su voz era como un trueno lejano.

Shefford sintió asombro y pena. El indio le había tomado por un misionero protestante.

-¡ No, no! No soy misionero - exclamó con energía, alzando la mano en señal de protesta.

A pesar de que las palabras del indio evocaron el pasado de Shefford, éste observo el brillo de la mirada de aquél cuando oyó la

negativa.

- ¿Sois traficante... en lanas..., mantas?-preguntó.

-No. Deseo caminar..., recorrer a caballo este país - contestó Shefford, indicando con amplio ademán la región- Estoy enfermo.

Nas Ta Bega puso la mano sobre el pecho, como si quisiera indicar al hombre blanco si se refería a los pulmones.

-No - repuso Shefford -. Estoy sano y fuerte. Tengo enfermo esto - y señaló con la mano el corazón.

Shefford tuvo instantáneamente la impresión de que el indio, hombre inteligente, le había comprendido, pero no supo decir de dónde le venía tal sensación. Nas Ta Bega se levantó a poco y se fue hacia las sombras, donde se le oyó trabajar con un hacha. Volvió arrastrando un cedro entero, agarrándolo por el tronco. Shefford se quedó aturdido ante la fuerza que representaba aquel trabajo. Habría puesto en duda que dos hombres hubieran podido arrastrar aquel árbol, y allí venía Nas Ta Bega llevándolo con extraordinaria facilidad. El indio echó el tronco en la hoguera y empezó a quitar las ramas pequeñas para avivar más rápidamente el fuego que había de consumir el tronco.

Después colocó la silla del caballo cerca de la lumbre, al parecer para que le sirviera de almohada; extendió una piel de cabra en el suelo, se envolvió en la manta y se tumbó, durmiéndose al instante. Su hermana, Cien Naspa, hizo lo mismo, sólo que se alejó un poco más de la hoguera y su manta era más larga y la cubría mejor.

Shefford sintióse muy cansado, pero no creyó poder conciliar el sueño; es más: no lo deseaba.

En la camaradería de aquellos dos indios había algo que jamás había experimentado él. Shefford tenía aún una extraña sensación de debilidad, la reacción del horrible miedo de morir a manos del misterioso bandido. La llegada de Nas Ta Bega había puesto en fuga al buitre nocturno, y Shefford estaba plenamente convencido de que el indio le había librado de la muerte. La medida de su gratitud era para él una fuente de admiración. ¿Tanto amaba la vida? Sí; frente a la muerte surgió su fuerte apego a la vida, no podía negarse. Además, la certidumbre de su arraigado amor a la vida era para él un consuelo respecto a sus pasadas desventuras. Y sacó la consecuencia de que el romántico fin que le trajera a aquellas soledades podría convertirse en un antídoto para la enfermiza amargura de su corazón.

La nueva sensación despertó otros pensamientos. De pronto le pareció muy agradable estar sentado allí, al calor de la fogata, que esparcía una suave luz. Advertía dolor de cansancio en los huesos... ¡Qué alegría

poder descansar! Había sentido el aguijón de la sed v del hambre en el desierto... ¡Cuán maravillosa era la lección acerca del verdadero valor del agua y de los alimentos ! ;Había acabado la jornada más dura y larga de su vida! ¿Acaso todo ello estaba relacionado con una especie de sensación de paz que parecía flotar en las sombras cercanas y que trataba de venir hacia él? Había hecho un favor a una muchacha india y su hermano habíale devuelto el servicio. Tanto lo uno como lo otro tenían un dulce sabor para Shefford y era causa de que descubriera nuevos caminos en sus pensamientos. Durante muchos años creyó servir a los hombres sin haber siquiera levantado la mano. En cambio, un golpe dado en defensa de una muchacha india parecía haber operado un cambio en su existencia; destruyendo un obstáculo anímico, había libertado su espíritu. Además, tuvo por resultado un bien material. La muchacha india v su hermano siguieron sus huellas para devolverle el caballo, tal vez para guiarle; pero inconscientemente hicieron mucho más por él. Al contemplar los inmóviles cuernos de los dos, tuvo Shefford la vaga sensación de que aquel afortunado encuentro tendría consecuencias mucho más importantes aún para su persona.

III

El piafar de los caballos despertó a Shefford. Lo primero que vio fue un elevado risco, inundado por los rayos del sol naciente, alzándose como gigantesca lanza roja hacia el azul del cielo. El joven se levantó entumecido y dolorido, sintiendo, sin embargo, una alegría inusitada. El cortante aire le hizo extender las manos hacia el fuego. El olor de café y de carne asada mezclábase a la fragancia del humo de leña. Cien Naspa, de rodillas ante la hoguera, asaba un conejo atravesado con un palo. Nas Ta Bega ensillaba los caballos. El cañón parecía lleno de sombras purpúreas en el lado de la pared roqueña, y doradas fajas de niebla flotaban en el otro lado, donde el sol inundaba la parte alta del muro.

-Buenos días-dijo Shefford.

talen Naspa respondióle tímidamente en idioma navajo.

-Buenos -saludó Nas Ta Bega lacónicamente.

A la luz del día, el rostro del indio perdía algo del carácter tétrico que tanto impresionó a Shefford. Su cabeza era notable; erguíase como la de un águila; el perfil era limpio, de líneas agudas. Lo más notable en él eran sus

ojos, penetrantes, negros como el azabache y su intensa mirada revelaba una mente aguda e inquisitiva.

Shefford tomó parte en el desayuno dispuesto por los dos indios, y luego ayudó en los preparativos de la marcha. Antes de montar a caballo, Nas Ta Bega señaló huellas de cascos en el arenoso suelo. Eran las que había hecho la montura del misterioso y sanguinario jinete de la noche anterior. Shefford trató de explicar verbalmente y por señas lo sucedido, recalcando, sobre todo, que había estado en gran peligro. Nas Ta Bega siguió las huellas durante cierto trecho y volvió.

-Shadd - dijo moviendo la cabeza, como para indicar algo malo. Shefford no comprendió si aquella palabra se refería al nombre del jinete o a otra cosa, pero entendió claramente que encerraba alguna amenaza.

Glen Naspa montó su jaca con gracia singular. Shefford subió torpemente a la silla de su caballo. Después montó Nas Ta Bega y señaló al norte.

-¿Kayenta? - preguntó.

Shefford asintió con un movimiento de cabeza y los tres se pusieron en marcha. talen Naspa delante. No volvieron a subir la senda por donde bajaron, sino que ascendieron por otra que corría a la derecha, cerca de la base de la ladera. Shefford contempló el cauce rojo que dividía el cañón en dos. Las orillas del cauce eran dos pendientes paredes de arcilla roja, de unos treinta metros de altura, por cuyo fondo corría un riachuelo de agua rojiza, poco profundo. No pudo continuar mirando durante mucho rato porque los arbustos, cada vez más altos, obstruíanle la vista. Poco después la senda los llevó al campo abierto y Shefford vio que se hallaban en el desfiladero de un valle maravilloso que se agrandaba gradualmente, teniendo a un lado los rojos y escarpados picos, y al otro, la Meseta Negra, ahora convertida en montaña. Al volverse, dióse cuenta de que ya no se veía la abertura del valle llamado «Sagi» y sintió grandes deseos de regresar para explorar detenidamente aquel cañón.

Glen Naspa puso su caballo a medio galope y sus seguidores hicieron lo mismo. Al penetrar más en el valle, Shefford perdió la sensación de inquietud que le daba la proximidad de los enormes paredones y riscos. La senda corría por un suelo llano, pero en un punto más distante empezaba a subir. Shefford vio que el camino terminaba al pie de una ladera que formaba una graciosa línea ascendente hacia el borde del bosque de cedros de la Meseta. El suelo del valle, agrandándose hacia el norte, continuaba llano y verde. Más allá alzábase la escarpada cordillera de los picos rojos, todos extrañamente cortados. El hermoso espectáculo de la cordillera retuvo la atención de Shefford hasta que el

indio le señaló las cosas más cercanas. Entonces el joven vio hatajos de ovejas diseminadas por el valle lleno de verdor, así como manadas de jacas de largas crines y grandes colas.

Durante una extensión de varias millas el paisaje no varió, excepto cuando Shefford creyó vislumbrar que la, altiplanicie en la que se había convertido lo que al principio era valle quedaba interrumpida en determinado punto. En efecto; a poco, el indio señaló el fin de la llanura, y Shefford se detuvo en el borde de una abrupta ladera que daba a un valle de vastas extensiones y desolado aspecto.

-Kayenta - dijo Nas Ta Bega.

Al principio el joven sólo vio el monótono valle, que terminaba en lontananza con riscos amarillentos, extraños monolitos de formas grotescas. Luego, muy junto a la base de la ladera, vio dos casas de piedra con techos rojos y un corral en el que había una balsa.

La senda que corría por la ladera era muy abrupta y arenosa, pero no larga. Recorriéndola, Shefford abarcó con rápida mirada el conjunto de las dos casas; vio la tosca estructura de los edificios, las grandes pilas de lana sucia, los indios que vagaban por el lugar, las tiendas de éstos, los carromatos, los caballos, los indolentes burros, los perros y, desparramadas por todas partes, sillas de montar, mantas, armas, alforjas...

Luego vio salir de la casa a un hombre blanco, que le saludo con la mano gritando desde lejos. Cubríanle la ropa restos de lana, polvo y harina. Su aspecto era de hombre fuerte, avezado a las selvas, más joven por la actividad que demostraba que por sus facciones. Llevaba un cinturón lleno de cartuchos, del que pendía un revolver de gran calibre. El rostro le pareció familiar a Shefford, hasta que se dio cuenta de que esto era debido tan solo al color tostado y a las duras y agudas líneas, comunes a todos los que viven largo tiempo en selvas y desiertos. Sus grises ojos eran penetrantes.

-¡Bien venido! Apeaos y entrad en casa. Acabo de saber por un indio que veníais. Soy el traficante Withers -dijo a Shefford. Su voz era agradable y el apretón de mano fue tan fuerte que le hizo daño a éste.

Shefford se presento, expresando su alegría por haber llegado a Kayenta.

-¡Hola, Nas Ta Bega! - exclamo Withers, notándose en su voz una sorpresa que no revelaba su rostro -. ¿Es que os ha traído aquí este indio? - preguntó dirigiéndose a Shefford.

Withers estrecho la mano del navajo mientras Shefford explico brevemente lo que le debía. Luego, Withers se dirigió a Nas Ta Bega y le hablo en su idioma.

-Shadd - contesto Nas Ta Bega.

El traficante se echo a reír y se tiro un poco del bigote.

-¿Quién es Shadd? - pregunto el recién llegado.

-Un mestizo, un mal indio, un proscrito, un asesino. Capitaneaba una banda de forajidos en la comarca del río San Juan... Habéis tenido suerte. ¿Como es que estabais solo en el « Sagi» ?

-Llegué allí desde Laguna Roja. Presbrey, el traficante, me aconsejo que no entrase en esa región; pero... entré a pesar de todo.

-Bueno... - repuso Withers, mas sus ojos expresaban claramente que le parecía una aventura -. Venid ahora a mi casa. No os preocupéis del caballo... Con seguridad que mi mujer se alegrará de veros.

Withers llevó a Shefford a una de las dos casas, explicando que la otra era el almacén. La habitación en que entraron era grande. Ardía en ella un buen fuego de leña en el hogar. El suelo estaba cubierto de alfombras indias y en las blancas paredes se veían extrañas pinturas del mismo origen. Abundaban las labores de cestería y de ornamentación de plata en todas partes. Withers llamo a su esposa y le presento a Shefford. Tratábase de una mujer de simpático aspecto, de oscuros y serenos ojos. Parecía muy seria; pero logro que Shefford sintiérase inmediatamente como en su casa. Rechazó, sin embargo, la habitación que le ofrecían, diciendo que deseaba dormir al raso. Withers se echó a reír y repuso que se hacía cargo de sus deseos. Shefford, recordando las ansias que había mostrado Presbrey por saber noticias del mundo, contó a Withers y a su esposa todo lo que recordaba y le escucharon con la grave atención con que se atiende siempre a los viajeros en lugares alejados.

-¡Pues me alegro mucho que hayáis venido! -dijo Withers, por cuarta vez-. Y ahora, haced lo que haríais en vuestra casa. Quedaos aquí... id al almacén... o lo que queráis. Yo he de trabajar. Esta noche charlaremos.

Shefford salió con su anfitrión. El almacén resulto tan interesante como el de Presbrey, aunque más pequeño y más rústico. En él había de todo y olía fuertemente a cabras y ovejas. Había un estrecho pasillo entre los sacos de harina y mantas y el alto mostrador. Withers se colocó detrás de éste para atender a los compradores indios, que vendían mantas y pieles de oveja, recibiendo en cambio monedas de plata. Realizada la venta, vagaban por allí e iban comprando lentamente y, al parecer, con desgana, harina, azúcar, conservas, café, tabaco, municiones... Aquella especie de tienda no se hallaba nunca sin dos o tres indios apoyados en el mostrador con sus oscuros brazos desnudos, adornados de brazaletes de plata. La voz de los indios era suave y queda; a Shefford le parecía que murmuraban. Gustábale escucharlos y contemplar sus cabezas ceñidas con

cintas, su largo pelo recogido con cordel blanco, sus rostros inexpresivos y bronceados, sus vigilantes ojos, sus pendientes de plata, sus finas, delgadas y morenas manos, el cinturón adornado con monedas, la canana y el revólver (del que ninguno carecía), y las pequeñas abarcas de piel de gamo abrochadas con monedas. Todos los indios parecían jóvenes y, a pesar de sus ademanes lentos y acompasados, corría por sus venas sangre fiera.

-Son buenos compradores, pero se necesita mucha paciencia con ellos-dijo Withers a Shefford -. Los navajos son muy cautos y prudentes; por eso son ricos. Esa mujer que acaba de salir y que se llama Yan As Pa tiene muchos rebaños de ovejas y más mustangs que puede contar.

-¿Mustangs? ¿Llamáis así a esas jacas que he visto por aquí?-preguntó Shefford.

-Sí, mustangs se llaman, y casi todos son cerriles.

Shefford salió del edificio y trabó conocimiento con el ayudante de Withers, un mormón llamado Whisner, hombre maduro, fuerte como el roble, con evidentes señales de haber vivido siempre en las selvas. Estaba pesando sacos llenos de lana traída por los indios. Al joven le interesó mucho, porque era el primer mormón que había encontrado, y mostrábase impaciente por hablar con él. Las historias de Venters acerca de los mormones de otros tiempos, los presentaban como gentes fanáticas, inexorables e inmutables. Shefford no esperaba encontrar ya mormones de esta clase, pero le interesaban, de todos modos. Además aquel Whisner parecía que le acercaba más al oculto cañón que trataba de descubrir y sufrió una gran decepción al ver que se mostraba rudo y hermético. Shefford presintió que le disgustaba su presencia.

Ante el fracaso de sus buenas intenciones, el joven se fue al corral, lleno de peludos mustangs, que al verle se pusieron a resoplar y cocear. En el primer momento se dijo que no le gustaría montar ninguno de ellos; pero recordando su decisión de aceptar la selva con todos sus inconvenientes, rectificó, prometiéndose montar cualquiera de ellos en la primera ocasión.

Después recorrió la blanca orilla del pequeño riachuelo que vertía sus aguas en la blasa del corral, y cuando llegó al farallón bajo el cual manaba, se dijo que aquél no podía ser el manantial que había dado fama a Kayenta. Luego vio, al otro lado de la factoría, un abrevadero en que bebían los burros, y allí encontró el manantial, el kayenta, el pozo sin fondo. Tratábase de un pozo de piedra lleno de agua hasta el borde, por el que rebosaba, dando lugar a la formación de un arroyo poco profundo, cuyas orillas, como una costra de sal, eran de álcali. El joven probó el agua

y notó que picaba, pero que era excelente.

Shefford sacó la impresión de que en Kayenta había mucho más tráfico v movimiento que en Laguna Roja. Contó una docena de indios, que vagaban de un lado a otro, y otros tantos que estaban a punto de marcharse. Los grandes carros que había allí indicaban el transporte de la lana a regiones más civilizadas y la importación de las provisiones. Una ancha carretera de duro suelo iba desde Kayenta al este, y otra, menos importante, hacia el norte. Y en todas las direcciones veíanse sendas hechas por los indios.

Sin embargo, el joven descubrió, cuando se hubo alejado cosa de una milla de la factoría y la perdió de vista, que la sensación de soledad volvía a invadirle.

Aquella noche, después de la cena, estando Withers y Shefford sentados ante dos enormes troncos que ardían en el hogar, el traficante puso una mano sobre la del joven y le dijo sin rodeos:

-He vivido toda la vida en la selva y en el desierto; he encontrado a muchos hombres y he sido amigo de la mayoría de ellos... Vos no sois ni buscador de oro ni traficante.

-No -respondió Shefford.

-¿Habéis tenido disgustos?

-Sí.

-¿Habéis venido aquí para ocultaros? No temáis decírmelo ; no os descubriré.

-No he venido a ocultarme.

-Entonces, ¿nadie os persigue? ¿No habéis cometido ningún delito?

-No hice mal a nadie : acaso me lo hice a mí mismo -repuso Shefford serenamente.

-Me lo figuraba. Bueno, contadme vuestro secreto o calladlo, como queráis ; yo no he de variar de conducta.

Shefford sintió deseo de abrir su pecho a aquel hombre fuerte, persuasivo, bondadoso, que le atraía.

-Bien venido sois a Kayenta -continuó Whiters -. Quedaos aquí todo el tiempo que os plazca. No acepto pago de ningún hombre blanco. Si deseáis trabajo, tengo mucho que daros.

-Gracias. Es un buen ofrecimiento porque necesito trabajar. Hablaremos de eso más tarde... En este momento no puedo contaros por qué he venido a Kayenta y qué es lo que deseo hacer aquí. Mis pensamientos expresados en palabras parecerían cosa quimérica. Tal vez lo sean. Quizá sólo persigo un fantasma... acaso busco el tesoro que se halla al pie del arco iris.

-Pues éste es el país del arco iris-dijo riendo Withers -. En el verano, desde junio hasta agosto, la época de las tempestades, tenemos aquí el arco iris con tanta frecuencia que os creeríais en otro planeta. Los navajas tienen sus montañas del arco iris, sus cañones del arco iris, sus puentes del arco iris, sus caminos del arco iris. Ésta es la región del arco iris, no cabe duda.

Withers no esperó que Shefford le contestara; como si hubiese leído su pensamiento, empezó a hablarle de aquella selva que para él era su casa.

Vivía en Kayenta desde hacía varios años, años duros y sin ganancias por culpa de los forajidos. No habría podido seguir allí de no haber contado con la protección (le los indios. Su suegro había sido amigo, durante muchos años, de los navajos y pintes, y su esposa habíase criado entre ellos. Teníanle singular reverencia y le profesaban gran afecto ambas tribus. Probablemente, conocía ella más de cerca y mejor las costumbres de los indios, su religión y su vida, que ninguna otra persona blanca. Ambas tribus eran amables y pacíficas, pero había en la región algunos indios malos, mestizos y proscritos, que hacían precario su negocio, por lo cual pensaba marcharse de allí. Sus vecinos más próximos, de Nuevo Méjico y Colorado, estaban a cien millas de distancia, y en algunas épocas los caminos eran intransitables. Sin embargo, al norte, a cosa de veinte millas, estaba el pueblo mormón de Stonebridge, al otro lado de la frontera del Estado de Utah. Whiters hacía algún negocio con dicho pueblo, pero no lo suficiente para compensar el riesgo que corría. Durante el año anterior perdió varias expediciones de mercancías, una de ellas después de salir de Stonebridge.

-¡Stonebridge! - exclamó Shefford estremeciéndose. Había oído aquel nombre. Estaba en su memoria junto a otro pueblo del que hubiera querido hablar al traficante.

-Sí, Stonebridge -repuso Whiters -. ¿Le suena el nombre?

-Sí, creo haberlo oído. ¿Hay otros pueblos por esa parte:'

-Sí, algunos, pero no muy cerca. Glaze no es .ya más
que un abrevadero. Bluff y Monticello están lelos, en la orilla norte del San Juan... Había otro pueblo... pero seguramente no os interesará...

-Tal vez sí - respondió Shefford con fingida calma.

Mas el traficante no correspondió a la insinuación. Mostróse de pronto reservado; parecía adoptar la misma actitud de Whisner.

-Perdonadme, Withers, si cometo una impertinencia: pero me interesa mucho saberlo... ¿Sois mormón?

-No, no lo soy -repuso el traficante rápidamente-. ¿Vais en favor de ellos o contra ellos?

-Ninguna de las dos cosas. Los conozco. Creo que trata de una casta incomprendida.

-Entonces vais en favor de ellos.

-De ninguna manera. Soy imparcial, nada más.

Shefford calló, tratando de reprimir sus locos impulsos, pero no pudo.

-Habéis dicho que había antes allí otro pueble... ¿Acaso su nombre era... Cottonwoods?

Whiters se sobresaltó, volviéndose para mirar con gran asombro al joven.

-Decidme: ¿me habéis contado la verdad al decir quien sois? - preguntó con energía.

-Lo poco que he dicho es verdad.

-¿No sois espía en busca de mujeres selladas?

-De ninguna manera. Ni siquiera sé lo que queréis decir al hablar de mujeres selladas.

-Pues es muy extraño que conozcáis el nombre de Cottonwoods... Ése es el pueblo a que me referí. Ahora ya no existe, excepto algunas ruinas

-¿,Qué le pasó a ese pueblo?

-Hace años los mormones lo destruyeron y se marcharon. He oído hablar a los indios de un manantial famoso que allí había...

-La Fuente Ambarina - le interrumpió Shefford.

-¡Vive Dios, es verdad! - exclamó Withers, nuevamente asombrado-. Shefford, no lo entiendo. Hace lo menos ocho años que no había oído ese nombre, v no comprendo como vos, forastero en esta región, podéis hablar de cosas que debíais ignorar. Aquí hay algo más...

Shefford se puso en pie, incapaz de ocultar su emoción.

-¿Habéis oído hablar de un jinete llamado Venters?

-¡Jinete! ¡Querréis decir un boyero! Venters... No, no he oído ese nombre.

-¿Habéis oído hablar de un gun-man llamado Lassiter?

-No.

-¿Y de una mormona llamada Juana Withersteen?

-No.

-¿Habéis oído hablar de una niña... una muchacha... una mujer... llamada Fay Larkin?

Withers se levantó lentamente, palideciendo.

-Si sois un espía, caro lo pagaréis... y eso que yo no soy mormón - dijo con firmeza.

Shefford alzó la mano en señal de protesta.

-He sido pastor. Ahora no soy nada... un caminante; pero... espía, nunca.

Whiters se aproximó para mirarle mejor a los ojos; le contempló durante largo rato y, al fin, pareció satisfecho.

-He oído ese nombre de Fay Larkin -dijo lentamente-. Esto es cuanto puedo decir hasta conocer vuestra historia.

Shefford acercóse al hogar y aproximó las manos al fuego. Tenía frío. Whiters le había conmovido de un modo extraño. ¿Qué significaba la hosca gravedad del traficante? ¿Por qué el mencionar a los mormones parecía estar relacionado con un secreto inviolable?

-Me llamo Juan Shefford. Tengo veinticuatro años - empezó el joven-. Mi familia...

Un golpe dado en la puerta le interrumpió.

-¡Entrad! - dijo Withers.

Abrióse la puerta y entró Nas Ta Bega como una sombra. Dijo algo en navajo al traficante.

-Buenas - saludó después a Shefford, y le ofreció la mano. Mostrábase altivo, pero revelaba claramente sus sentimientos amistosos hacia el joven. Luego, sentóse junto al fuego, sobre los pies cruzados, según la costumbre india, y, contemplando las llamas, pareció enfrascarse en sus meditaciones.

-Le gusta el fuego -explicó Withers -. Siempre que viene a Kayenta me visita por la noche. No os preocupéis de él. Continuad.

-Mi familia era gente sencilla, de buena situación, muy religiosa - continuó Shefford -. Siendo niño, mis padres se trasladaron al campo de la ciudad de Beaumont, en Illinois. Allí me hicieron estudiar para pastor protestante. Yo hubiera querido ser... Mas no importa. A los veintiún años terminé la carrera; estuve un año predicando en distintos sitios y obtuve después un cargo en una iglesia de Beaumont. Llegué a ser amigo íntimo de un hombre llamado Venters, que estaba en Beaumont sólo desde hacía unos cuantos años. ¡Un hombre singular! Su mujer era muy bella, pero muy extraña y reservada, de maravillosos ojos. Eran ricos y muy felices, pues se amaban mucho. Poseían los mejores corceles en el Estado de Illinois, y lo que más le gustaba a ella era cabalgar. ¡Valía la pena ver montar a caballo a la señora Venters!

»Por mi afición a los caballos trabé amistad con Venters y, gradualmente, llegamos a ser íntimos. Sólo entonces advertí que parecían guardar un secreto, como si algo del pasado les causara obsesión. A veces hasta los veía tristes. Parecían escuchar algo lejano... soñaban. Con el

tiempo tuvieron una hija, a la que dieron el nombre de Juana. El nacimiento de la niña cambió a mis amigos. Eran más felices, y el asediante recuerdo no surgía ya con tanta frecuencia.

»Venters me había hablado de un viaje al oeste que él y su mujer pensaban hacer algún día. Mas después del nacimiento de la niña, Venters no volvió a hablar del asunto en presencia de su mujer. Comprendí que estaba obligado a aclarar un misterio, a encontrar algo... no logré comprenderlo. Pero hace cosa de un año me contó... la más extraña, la más trágica historia que he oído.

»No puedo contarla ahora. Baste decir que, hace cosa de quince años, Venters fue jinete-boyero de una mormona rica llamada Juana Withersteen, del mencionado pueblo de Cottonwoods, que había adoptado una hermosa niña gentil, Fay Larkin de nombre. El interés de Juana Withersteen por los gentiles fue causa de su indisposición con los dignatarios de su Iglesia, y como ella era orgullosa e indomable, sobrevino la ruptura. Venters y, un gun-man llamado Lassiter se mezclaron en el pleito de Juana. Venters se refugió en los cañones, y en aquellos parajes selváticos halló a la extraña muchacha que fue después su esposa. Durante largo tiempo vivió en un cañón oculto, un valle maravilloso, cuya angosta entrada estaba guardada por una enorme roca movediza. Venters logró huir con la muchacha, pero Lassiter, Juana Withersteen y la niña Fay Larkin se refugiaron en aquel valle donde Venters había vivido, porque los mormones los perseguían con saña. Lassiter hizo rodar la roca movediza que, al precipitarse por la estrecha entrada, cerró la salida para siempre.

IV

Cuando Shefford terminó su narración estaba pálido, sin aliento, y gruesas gotas de sudor caíanle de la frente. Withers había escuchado con el máximo interés. Nas Ta Bega, perdiendo su actitud de ensimismamiento, estaba ahora rígido, tenso. Parecía una estatua de bronce. Al ver al indio, Shefford preguntóse si su actitud se debería a haber comprendido algunas de sus palabras.

-Naturalmente, Venters logró salir de Utah, como sabéis -continuó el narrador-. Logró salir sabiendo que Juana, Lassiter y la pequeña Fay Larkin quedaban encerrados para siempre en el Valle de la Sorpresa. Durante muchos años Venters consideró que no era prudente intentar

salvarlos. No temía por sus vidas, porque podían vivir muy bien en aquel cañón, pero siempre estaba latente en él la idea de ir allí con Bess, su mujer, para libertarlos. Mas cuando nació la niña, cambió de opinión, decidiendo ir solo. Precisamente tenía proyectado el viaje cuando yo... cuando las circunstancias me sugirieron la conveniencia de alejarme de Beaumont. La historia de Venters me obsesionó lo mismo que a él. Soñé con aquel valle oculto... con la pequeña Fay hecha mujer... una mujer como Bess. El deseo de intentar la aventura era demasiado fuerte... Y aquí estoy.

El traficante tendió la mano y estrechó la de Shefford con la efusión de un hombre muy conmovido, pero incapaz de expresar lo que sentía.

-Escuchadme... Quisiera poder ayudaros. La vida es muy extraña... Shefford, tengo fe en vos. En la selvática. región de los cañones, no muy lejos de aquí, hay una aldea de mujeres mormonas selladas. Está aún en el Estado de Arizona, pero muy cerca de la frontera de Utah, a cosa de veinte millas de aquí. Cuando el Gobierno de los Estados Unidos empezó a perseguir a los mormones por su poligamia, los de Stonebridge llevaron a sus mujeres selladas fuera del Estado de Utah, al otro lado de la frontera, y construyeron allí una aldea. Soy el único gentil que lo sabe, y cada dos o tres semanas llevo provisiones a esas mujeres. Creo que son unas cincuenta, la mayoría jóvenes, y todas segundas, terceras o cuartas esposas de mormones..., mujeres selladas. Quiero que comprendáis bien que sellado significa, en este caso, sellado. en toda la extensión que la religión o la lealtad da a esta palabra.

»La idea de los mormones debió de ser la de escapar al procesamiento. La ley de la nación sólo concede una mujer a cada hombre. En el Estado de Utah han sido encarcelados muchos polígamos. Los mormones están consternados. Creo que se trata de un pueblo bueno y cumplidor de las leyes, pero esta ley es un golpe terrible para su religión. Mi opinión es que no pueden obedecer a ambas a la vez. Por eso no han dejado en absoluto de tener más de una esposa. Tal vez algún día lo harán. No tengo pruebas, pero creo que los mormones de Stonebridge efectúan de noche visitas secretas a sus mujeres selladas en la aldea perdida en la abrupta región.

»Bueno, pues una vez oí hablar a algunos mormones de una muchacha llamada Fay Larkin. Jamás olvidé el nombre. Después oí el mismo nombre en la aldea de las mujeres selladas, pero, como os he dicho, nunca he oído hablar de Lassiter ni de Juana Withersteen. Naturalmente, es lógico pensar que si los mormones hubiesen hallado a los que se refugiaron en aquel cañón; dada su característica reserva, nadie lo habría sabido. El Desfiladero de la Decepción de que me habéis hablado podría

ser aquella región de cañones. No me sorprende vuestra aventura en busca del tesoro al pie del arco iris. Es una narración maravillosa... Vuestra Fay Larkin podría muy bien ser la Fay Larkin cuyo nombre oí mencionar... Casi me inclino a creerlo así. Shefford, yo os ayudaré a encontrarla.

-Sí, sí... Es preciso saber la verdad -observó el joven-. Pero preferiría que hubiese muerto si no está en aquel valle.

-Naturalmente. Habéis soñado con salvar a esa Fay Larkin perdida en el valle... Pero, Shefford, ya tenéis edad de saber que la vida no es siempre como uno desea.

amarga decepción.

-Sea... Pero llevadme a ese lugar.

-Shefford... podéis salir malparado de allí -avisó gravemente el traficante.

-Peor de lo que estoy ahora no podré estar nunca -replicó con vehemencia el joven.

-Pero correréis riesgos terribles - insistió Withers.

-Prefiero arriesgarlo todo.

-Es un caso muy delicado para un traficante - continuó Withers -, pero simpatizo con vos. Es una historia muy singular y... ¡Nada, nada, os ayudaré ! Os daré el empleo de llevar las provisiones a la aldea. Pensaba dárselo a un boyero mormón, un tal Joe Lake, pero será para vos. ¡Aquí está mi mano!... Bueno, Shefford, os he de ser franco : siento aún más curiosidad que antes por conocer vuestro pasado. ¿Qué fue lo que os arruinó? Como vamos a ser camaradas en la misma causa, podéis revelármelo. Guardaré el secreto. Acaso pueda daros algún consejo.

Shefford deseaba confesar, pero le resultaba muy duro. Quizá si no hubiese estado tan exaltado no habría seguido el impulso. Confiaba en que aquel hombre del desierto le comprendería.

-Os dije que he sido sacerdote -empezó en voz baja-. No quise serlo, pero me obligaron. Cumplí lo mejor que pude. Fracasé... Me asaltaron dudas acerca de Dios..., de Dios tal como creía en Él mi congregación. Al tener más edad, la reflexión y el estudio me convencieron de la estrechez de la religión de mi secta. Prediqué lo que sentía... y me quitaron las vestiduras, me degradaron, causaron mí completa ruina.

-¿Eso es todo?... -exclamó Withers lentamente-. No creísteis en ese Dios de vuestra secta... Bueno, bueno..., he pasado tanto tiempo en el desierto, que estoy convencido de que Dios existe; pero no es, seguramente, ese Dios que reverencia vuestra congregación... Shefford, si buscáis la fe, id al navajo.

Shefford había olvidado la presencia de Nas Ta Bega, y sin duda a

Withers le pasaba lo mismo. Cuando éste pronunció las últimas palabras, el indio se puso en pie, irguiéndose cuan alto era, cruzó los brazos sobre el pecho y, con el legítimo orgullo de un jefe indio, miró a Shefford con sus oscuros y misteriosos ojos. Era la suya una actitud magnífica, e infinitamente más reveladora que la de un simple indio que llegara casualmente a ser amigo de un blanco. Shefford no comprendía bien en qué consistía, pero advirtió que la había. Era imposible interpretar la extraña mirada de Nas Ta Bega. A poco, éste volvióse y salió de la habitación.

-¡Vive Dios ! - exclamó Withers de pronto dándose un puñetazo sobre la rodilla-. ¡Me había olvidado l

-¿Qué pasa? - preguntó Shefford, sorprendido.

-¡Casi nada!... Ese indio ha entendido todo lo que hemos hablado. Sabe inglés. Ha tenido una excelente educación. ¡Caramba! ¡Buena la hice!... Os voy a referir en pocas palabras la historia de Nas Ta Bega.

»Hace muchos años, creo que en 1857, Kit Carson persiguió a todas las tribus de los navajos y las cercó para llevarlas a las comarcas destinadas por el Gobierno a los indios. Pero de cierta tribu no logró cogerlos a todos, porque algunos escaparon hacia cañones abruptos como el «Sagi». Los descendientes de esos fugitivos son los que viven ahora aquí, y son los indios más buenos y más nobles que hay en la tierra, porque la falta de contacto con el blanco los conserva puros. Y si es verdad lo que me han contado, años después, uno de los soldados de Carson trajo a ciertos viajeros a esta región, y, al marchar, se llevaron a un niño indio, contra la voluntad de sus padres, según tengo entendido. Ese niño fue Nas Ta Bega. Dicen que lo educaron no sé dónde, en buenos colegios. Más tarde, seguramente pocos años antes de llegar yo aquí, Nas volvió a su pueblo. Con los trajes de los blancos se quitó también su educación, no dando jamás a entender que conociera nada de estos últimos. En éste, como en todos los casos en que gentes equivocadas han querido dar educación a los indios, éstos vuelven después a sus tribus y repudian los conocimientos, las costumbres, la vida y la religión de los blancos.

»Ahora mismo habéis visto su extraño modo de proceder. Estoy seguro que comprendió nuestra conversación... Pero... no importa, Nas Ta Bega nada dirá. ¡Es tan difícil obligarle a pronunciar una palabra en inglés! Además, es muy noble y siempre ha sido para mí un verdadero amigo en la necesidad. Si os quedáis algún tiempo, tendréis ocasión de aprender algo de los indios. Nas Ta Bega es amigo vuestro. Lo creo por el gran interés que ha demostrado por vos.

-Tal vez sea porque salvé a su hermana de..., bueno (para ser

piadoso), de los un tanto rudos requerimientos amorosos de un blanco - dijo el joven, y explicó el incidente ocurrido en Laguna Roja.

-¡Willets! - exclamó Withers con la misma entonación que había empleado Presbrey -. No le conozco personalmente, pero he oído hablar de él. Es un..., bueno, los indios no lo quieren mucho. La mayoría de los misioneros son buenas personas, y convienen a los indios, pero a veces hay algunos que no lo son. ¡Extraña ceguera la de la gente que envía a los misioneros ! Un mal misionero que enseñe religión a los indios es una atrocidad... Como decía, Willets no es muy bueno. Y cuando Presbrey os dijo que aquél era el modo que tenía Willets de enseñar religión a su secta, lo creía así. Si Willets se atreve a venir por acá, se arriesgará mucho... Lo que habéis dicho explica la adhesión que Nas Ta Bega muestra por vos y el que haya traído a esta región a su hermana, que vivía antes cerca de Laguna Roja.

-¿Queréis decir que Nas Ta Bega desea mantener a su hermana alejada de Willets? -acabó preguntando Shefford.

-Sí, tal creo -repuso Withers -, y espero que no sea tarde.

Poco después Shefford salió afuera para pasearse y meditar. No había luna, pero la luz de las estrellas era suficiente para no dar tropezones. A su influjo iba serenándose Shefford. Sentíase aliviado de un gran peso. La confesión de su secreto había sido como la extracción de un dardo clavado en la carne, pero, una vez realizada, experimentó un gran bienestar, comprendiendo que su pasado no tenía ninguna importancia en aquellas selvas. Entre las gentes de la ciudad, que le miraban y le juzgaban a través de sí mismas, había sufrido mucho. Allí, en la selva, si le juzgaban sería por sus actos, por, el modo de valerse de sí propio y de ayudar a los otros.

Paseando, se fue hacia los riscos cruzando el valle, pero parecía que no se acercaba a ellos. Por fin se detuvo junto a una roca y contempló el horizonte y el estrellado cielo. No se sintió tan alejado de ellos, ni tan solo en el desierto, ni creyó ser un átomo inútil en medio de las fuerzas incomprensibles de la Naturaleza. Tuvo la impresión de que se desprendía de un estrecho y molesto hábito, y sintióse libre, aliviado. No comprendía por qué súbitamente dejó de sentirse denigrado, pero se irguió con nuevo orgullo. Había recorrido un largo camino, amargado, desesperado, creyendo ser lo que los otros hombres le habían dicho. Ahora el desierto, las estrellas, el silencio de la noche, la soledad de la selva, de aquella enorme región donde podrían asentarse miles de ciudades, hiciéronle levantar la cabeza. Retenían su secreto, pero no le negaban la esperanza. Y en aquel momento Shefford, adivinando de dónde le vendría la ayuda,

abrazó a la vasta naturaleza que tan elocuentemente le hablaba, y se entregó a ella por completo.

-Soy joven. Soy libre. Tengo que vivir mi vida - exclamó -. Quiero ser un hombre. Aceptaré todo lo que venga. ¡Dejadme aprender aquí !

Después de decir esto, v de adoptar decididamente una actitud respecto a la vida, tuvo la impresión de haber nacido de nuevo, muy despierto a las influencias que le rodeaban, dispuesto a confiar en lo que aún seguía siendo un misterio.

Luego volvió a pensar en Fay Larkin. ¿La conocerían los mormones? Era posible. Fay Larkin era un nombre poco común. La historia de Venters hizo profunda impresión en Shefford. Inconscientemente, acarició un sueño romántico, empezó a amar a una solitaria muchacha de la selva, hermosa como Bess Venters... Acaso fuera un rudo golpe conocer la verdad, pero como sólo había sido un sueño no podría ser mortal la decepción.

El joven se encaminó hacia la factoría. A medio camino vió una alta y oscura figura que venía hacia él. A poco, reconoció a Nas Ta Bega. Nada dijo el indio; se colocó al lado de Shefford y le acompañó.

-Nas Ta Bega, ¿me buscábais? -preguntó el joven, incapaz de guardar mucho rato silencio.

-No tenéis armas - replicó el indio.

A no ser porque hablaba muy bajo y lentamente, Shefford hubiese tomado al indio por un hombre blanco, tan bien pronunciaba el inglés. El encuentro le pareció providencial y se detuvo para mirar cara a cara al navajo.

-Withers me ha contado que habéis recibido nuestra educación, que habéis vuelto a las selvas y que nunca
mostráis vuestros conocimientos... Nas Ta Bega, ¿habéis comprendido todo lo que dije a Withers?

-Sí.

-¿No me haréis traición

-Soy navajo.

-Nas Ta Bega, me habéis buscado esta noche..., habéis dicho que no tenía armas. - Shefford deseaba preguntar al indio si quería ser amigo suyo, pero no sabía como decirlo y, por otra parte, parecía innecesario-. Estoy sola aquí y desconozco este extraño país.

-Nas Ta Bega os enseñará las sendas, y los manantiales, y el modo de ocultaros de Shadd.

-¿,Por dinero..., por monedas de plata haréis eso? - pregunto Shefford.

El joven comprendió que el silencio del indio era un. grave reproche. Recordó las palabras de alabanza de Withers, y se dio cuenta de que le era preciso cambiar sus. ideas respecto a los indios.

-Nas Ta Bega, yo nada sé. Me siento como un niña en estas soledades. Cuando hablo lo hago por boca de los que me enseñaron. He de encontrar un nuevo guía,, una vida distinta... Habéis oído mi historia. Soy un desterrado... Si queréis ser amigo mío..., sedlo.

El indio estrecho la mano de Shefford y la retuvo un momento como respuesta, más elocuente por ser muda.

-¿Vais a ir con Nas Ta Bega a los cañones y a la montaña? - pregunto el indio.

-Sí, iré.

Desenlazaron sus manos y regresaron a la factoría.

-Nas Ta Bega, ¿habéis hablado en mi idioma con otro blanco desde que regresásteis a vuestra tribu? - pregunto Shefford.

-No.

-¿Por qué... sois distinto conmigo?

El indio guardo silencio.

Nas Ta Bega continuo caminando en silencio, pero Shefford adivino que, si bien el servicio prestado a Glen Naspa no lo olvidaría jamás, no era, sin embargo, la causa de la viva simpatía que el indio le demostraba.

-¡Bi Nai! El navajo llamará a su amigo blanco Bi Nai (hermano) - dijo Nas Ta Bega hablando lentamente, no porque le costase trabajo encontrar las palabras, sino porque le era difícil pronunciarlas -. Me arrancaron del hogar de mi madre y me llevaron a la fuerza a California. Allí me detuvieron diez años en un colegio de San Bernardino y cuatro en la Universidad. Dijeron que lo único que me quedaba de indio era mi atezado color y mi cabello de azabache. Mas no pudieron ver mi corazón. Me quitaron catorce años de vida. Quisieron convertirme en misionero para que pudiera predicar su fe entre los míos. Pero las maneras de los blancos, su vida y su religión no son las de los indios. Nunca podrán serlo.

Calló un momento y luego prosiguió

-¡Bi Nai, la raza india se muere! - La voz de Nas Ta Bega era grave y profunda, llena de convicción -. El blanco le ha quitado al indio sus tierras, sus hogares..., le desterró a los desiertos, le convirtió a veces en un malvado, obligándole a verter sangre... Ahora el indio está domado. Pero el blanco aún no está satisfecho..., le vende ron y aguardiente, seduce a sus hijas... ¡No quiere dejar al indio en paz con su propio Dios!... ¡Bi Nai, el indio está muriéndose!

Aquella noche Shefford se acostó envuelto en sus mantas bajo el

cielo abierto, lleno de luz estelar. La tierra nunca había significado mucho para él, y ahora constituía su lecho. Había hablado del cielo a sus feligreses, pero entonces no lo había contemplado como ahora. Un indio dormía a su lado. Y solo cuando la aurora borro la luz estelar, cerro Shefford los ojos.

Con el nuevo día empezó una nueva y variada vida para Shefford. Withers tenía trabajo para diez hombres, si hubiese podido encontrarlos. Shefford excavó tierra, lleno sacos y los transportó hasta estar tan rendido que, el descanso era para él una verdadera bendición.

No logro trabar amistad con el mormón Whisner, aunque no por ello dejo de mostrarse cordial con él. Escucho con verdadero placer todo lo que la esposa del traficante le contó acerca de los indios, procurando no olvidar ninguna de sus enseñanzas. Y su admiración y respeto aumentaron en proporción a su conocimiento.

Cierto día llego, jinete en buen caballo, el mormón que Withers había estado esperando. Llamábase Joe Lake. Era un hombre joven, alto, corpulento. Saltó de su soberbio bayo con una gracia y ligereza asombrosas en un hombre de su estatura. Su broncíneo rostro era lampiño; tenía grandes y negros ojos, de suave mirada, y una sonrisa simpática. Era totalmente distinto a Whisner. Sus modales eran los del boyero en servicio activo; llevaba al cinto un buen revolver. El apretón de manos que dio a Shefford fue una dura prueba para éste, pues le dejo el brazo momentáneamente insensible.

-Me alegro mucho de encontraros -dijo lenta y suavemente.

Contemplaba con atención a su nuevo conocido, cuando el bayo se acerco para morderle. Lake tiro tan violentamente de la brida, que falto poco para que el animal cayera de rodillas. Se echo atrás, dio un resoplido, abriose de manos y observo con fiereza a su amo. Aquel caballo era uno de los más nobles mustangs que Shefford había visto. Parecía más alto que los de su especie; su color tiraba a rojizo; su cuerpo era fuerte y poderoso, y tenía una gallarda cabeza, con oscuros y fieros ojos. No tenía aspecto de malo, pero sí de fiero.

-Navvy, ¿qué modales son ésos? - dijo Lake sacudiendo la brida y hablándole como si se tratara de un niño desobediente-. ¿Es ésa la educación que te he dado? ¿Qué va a pensar de ti este caballero? ¡Querer morderle la oreja ! ¡Habráse visto!

Lake llego a inedia mañana, y Withers dijo que prepararía inmediatamente la expedición. Lake parecía oponerse al plan del traficante y le costo a éste insistir larga y vehementemente para que el mormón cediera. Después, Withers llamo a Shefford.

-Es preciso que seáis dos buenos amigos -le dijo-. Os encargaréis de mis recuas y de los carros. Nas Ta Bega desea ir con vos. Tengo ahora más confianza y seguridad en mis expediciones que antes... Joe, garantizo a este forastero con todo lo que tengo y lo que valgo. Es hombre leal... Shefford, Joe Lake es un mormón de la generación nueva. Quiero que empecéis bien desde el principio. Podéis confiar en él como confiasteis en mí. Es leal hasta la exageración. Y, por añadidura, uno de los mejores domadores de caballos de todo Utah.

Fué Lake quien brindo primero su mano, y Shefford se apresuro a estrecharla. Ninguno de los dos hablaron. Shefford advirtió un cambio en la consideración de Lake hacia él, o, por lo menos, un mayor interés. Lake supo que Shefford había sido sacerdote -y que ahora era caminante sin creencia religiosa alguna. Otra vez le pareció a Shefford que debía a tan singular hecho el nacimiento de una nueva amistad, y le dolió. Pero advirtió también que aquel mormón le era simpático en grado sumo.

A la una salió de Kayenta la caravana. Nas Ta Bega la guiaba ladera arriba. Detrás de él iban media docena de pacientes burros llevando grandes cargas. Seguía Withers, que desde la silla de su caballo dijo repetidas veces adiós a su mujer. Joe Lake parecía muy atareado en mantener en -la senda a una mula de roja pelambre, a un mustang cerril y a un par de inquietos caballos negros. Shefford iba en la retaguardia.

Su montura era un hermoso mustang negro con tres patas blancas, una mancha blanca en la frente y una crin que le llegaba a las rodillas.

-Se llama Nack-yal - habíale dicho Withers -. Que quiere decir «dos cominos», o «veinticinco centavos y no vale más.

A Shefford le había gustado mucho el aspecto de Nackyal, pero montado en él, empezó a dudar. El animal conducíase de un modo extraño. Llego hasta volver la cabeza y lanzar a Shefford una mirada que parecía de desdén o desprecio. El joven había montado en Illinois, con mucho dominio, algunos caballos muy fieros, y aunque estaba dispuesto a aprender otra vez el arte de la equitación, no le gustaba la perspectiva de que Lake y Withers viesen que aquel endiablado mustang hacía de él un bisoño, y comprendió que precisamente éstas eran las intenciones de Nack-yal. Sin embargo, una vez traspuesta la colina, después de perder de vista a Kayenta, Nack-yal trotaba pacientemente, siendo solo preciso frenar, de vez en cuando, su extraña manía de irse hacia el lado izquierdo de la senda.

La caravana avanzaba invariablemente, y cruzo de pronto la altiplanicie para descender luego a otro valle.

Shefford contemplo los abruptos pinos rojos con indecible emoción.

Los cañones, en la sombra, tenían entre los picos un tinte purpúreo; los altos muros y las grandes laderas eran rojizas, y las cimas estaban doradas por el sol. Shefford olvidose por completo de la senda y del mustang.

De pronto dio éste un brinco, se detuvo rápidamente, salto al lado de la senda y se dejo caer sobre las patas traseras. Shefford fue despedido de la silla, cayendo tan pesadamente, que se quedo aturdido durante un momento.

Al incorporarse vio que el mustang daba muestras de estar espantado; parecía mirar fijamente algo que había en la vereda. Shefford se levantó y vio en seguida la causa del incidente. Atravesada ea la senda había una rama bastante gruesa, muy retorcida, de color negro y amarillo, y cualquier mustang animado del deseo de jugar una mala pasada a su jinete hubiera podido confundirlo con una serpiente de cascabel. Nack-yal se había serenado entretanto, y se dejó montar de nuevo por Shefford sin resistirse. El incidente aumentó las dudas del joven. Aquellos mustangs de Arizona eran incógnitas para él.

Desde entonces se fijó más en el caballo y en la senda que en el panorama, continuando así hasta que la caravana entró en la boca del «Sagi». Mas después, los maravillosos y elevados riscos, con sus picos como capiteles, atraían tanto su atención, que no le preocupó el peligro de que Nack-yal le tirase de nuevo. El animal se portó bien en aquellos parajes, y a poco, Shefford se dijo que, de no ser así, hubiera preferido apearse y continuar a pie. La senda terminaba abruptamente, bajando una estrecha vereda al fondo del cauce en el que pocos días antes viera una corriente de agua rojiza. Nack-yal hundíase mucho al bajar con pasos cortos la pina vereda. Los burros y los otros mustangs estaban bebiendo, y el de Shefford los imitó en seguida. El indio empezó después a subir, agarrándose a la crin de su montura, la pina y arenosa cuesta contraria, por la cual le parecía imposible a Shefford que ningún caballo pudiese trepar. Los burros subieron lenta pero invariablemente, animándolos sin cesar el traficante. Joe Lake pegó de firme al caballo gris y a la mula roja, y el modo como los dos animales coceaban fue una revelación y un aviso para Shefford. Cuando le llegó el turno de ascender, se apeó y subió a pie, con gran- contento de Nack-yal, que parecía agradecer tal, acción.

Desde el borde del cauce la senda iba por el cañón, que ascendía lentamente y era cada vez más ancho, atravesando grandes extensiones de arbustos, otras de hierba y algunas arenosas. Las altísimas paredes roqueñas daban al cañón cierto aspecto de angosto; sin embargo, Shefford calculó que tenía por lo menos media milla de ancho. En las laderas, bajo los riscos, crecían cedros en abundancia, y aquí y allá se veían algunos

monolitos. En los muros del cañón veíanse de cuando en cuando grandes mellas, algunas de las cuales formaban pequeños cañones sin salida, llenos de cedros, abetos y pinos. Tales mellas causaban obsesión a Shefford y las contemplaba anhelosamente.

A poco de estar en el cañón, Withers volvió grupas y se fue al encuentro de Shefford, a cuyo lado cabalgó, buen rato.

-Creo que este Cañón Sagi es el Desfiladero de la Decepción de que me hablasteis -dijo- Es un lugar muy extraño. Yo me he perdido aquí más de una vez cazando mustangs. Nas Ta Bega debe de conocer bien esta región. Hace poco me señaló unas viviendas de trogloditas. ¿Las veis allí? Allá arriba, en aquella inmensa cueva, debajo del risco.

Shefford vio una pina ladera, al final de la cual, y en la pared del cañón, había una especie de enorme oquedad y, dentro de ella, extrañas casitas con sendas y oscuras ventanas. Hubiérale gustado subir hasta allí para estudiarlas de cerca, pero no era posible detenerse.

Poco después llegaron a una parte del «Sagi» donde abundaban los cañones laterales, cruzándolo muchos de ellos. La senda interrumpíase allí con frecuencia y era preciso bajar más de una vez a profundos cauces para escalar el borde opuesto. Withers se vio obligado a volver a cuidarse de los burros, y Shefford, de su montura. Nackyal mostrábase ingobernable, tratando constantemente de girar hacia la izquierda. Era preciso emplear mucha fuerza para desviarle de los cañones de dicho lado, extrañándole a Shefford que jamás se inclinara hacia la derecha.

Al fin llegaron a un lugar donde un árbol abatido obstruía el paso. Todos los animales de la caravana salvaron el obstáculo de un salto. Mas Nack-yal se resistió tenazmente. Entonces Shefford cogió un palo y le atizó un golpe en el flanco. Apenas hubo dado el golpe, recibió un tremendo empujón que lo lanzó por el aire, haciéndole caer pesadamente al suelo. Estaba furioso cuando logró ponerse en pie, pero no fue lo suficientemente rápido para coger al mustang. El endemoniado caballo saltó con ligereza sobre el tronco y se escapó arrastrando la brida. Shefford echó a correr tras él, pero cuanto más corría, más aceleraba Nack-yal el paso. Como la caravana había avanzado mucho más, no podía pedir auxilio a sus compañeros, pues no le hubieran oído. Dejó de correr y caminó lentamente, contemplando el hermoso panorama.

Era el caer de la tarde. El sol enviaba sus últimos rayos a través de una mella, en el borde de la pared del cañón; un lado oscurecíase con sombras rojizas mientras el otro brillaba aún con un áureo tinte. Para Shefford era aquél un mundo extraño y misterioso, y de vez en cuando deteníase para preguntarse si no soñaba.

Librodot

Nack-yal se mantenía a unos cien pasos de distancia, volviéndose de rato en rato para ver como avanzaba su amo. Miraba también constantemente hacia la cuesta de la izquierda, como si buscase un sitio por donde salir del cañón, y Shefford se felicitó de que la senda corriese al pie de una pina ladera cerrada arriba por altísimos e ininterrumpidos farallones.

Desapareció el sol y el cañón perdió su hermosa irisación, invadiéndole el crepúsculo y, en seguida, la noche. Shefford calculó que había caminado unas cinco millas, y, aunque no le' importaba el ejercicio, hubiera preferido entrar en el campamento montado en Nack-yal. Por fin, después de cruzar un bosque de cedros y doblar una acantilada pared, entró en un llano ancho y herboso. Oyó el rebuzno de un burro y los resoplidos de los mustangs. Vió la enorme llama de la hoguera del campamento y la oscura figura del indio que interceptó el paso a Nack-yal y lo cazó. Cuando entró en el campamento, Withers sonreía complacido, y Joe Lake, arrodillado ante el fuego, ocupado en freír una torta de harina, se detuvo un momento para decir:

-Nack-yal se encabritó y os tiró, ¿eh?

-No sé lo que hizo. Sólo sé que me abandonó de una manera nueva y penosa... para mí.

-Lo he comprendido en la mirada del caballo -replicó Lake, y Withers rió con él.

-Nack-yal no ha sido bien domado -explicó-. Pero es un mustang excelente; no se parece al Navvy, de Joe, ni a esa yegua que se llama Dinamita. Estos caballos indios se encabritan alguna que otra vez y tiran a sus jinetes.

-Bueno, acepto el encabritamiento de los mustangs junto con las demás pequeñeces de esta vida - dijo Shefford.

La contestación complació a Withers y a Joe, v el indio sonrió por primera vez.

Poco tardaron en sentarse alrededor de la mesa improvisada, y comieron como lobos hambrientos. Después de cenar hubo un rato de descanso y charla ante la hoguera; Joe Lake mostróse chancero v dijo las cosas más serias de un modo que hacía sospechar a Shefford que bromeaba. Withers habló del cañón, de los indios, de los mustangs, de los escorpiones que surgían en las calientes arenas. Para Shefford era todo como si leyera un libro fascinador. Nas Ta Bega fumaba en silencio, contemplando, caviloso, el fuego.

V

Ala mañana siguiente un ruido singular despertó a Shefford. Sorprendido, se incorporó y advirtió que el extraño ruido tenía por causa los saltos que daban sobre el blanco césped los caballos atados.

Era ya de día; el cielo apareció rojizo, y rojo era el borde del cañón a los primeros rayos del astro rey. Withers, Lake y el indio perseguían a los caballos para llevarlos al campamento.

Los burros mostrábanse indolentes pero dóciles; en cambio los mustangs y la mula llamada Roja, lo mismo que la yegua gris, Dinamita, parecían decididos a no dejarse guiar hacia el campamento. Era sorprendente que, a pesar de la maniota, pudiesen moverse por todas partes con tanta libertad. Revelaban una asombrosa habilidad, se levantaban de manos y así saltaban. Nas Ta Bega corría de un lado a otro para evitar que huyesen mas lejos.

Shefford se calzó rápidamente y se dirigió hacia sus compañeros para ayudarlos. Se acercó demasiado a la yegua gris, y a un grito estentóreo de Withers saltó hacia atrás a tiempo de esquivar la coz del animal. Shefford dirigió entonces toda la atención sobre Nack-yal, al que persiguió por todo el llano sin poder darle alcance. Nas Ta Bega acudió en su ayuda y cazó a Nack-yal con su lazo.

-No os pongáis nunca detrás de los mustangs - avisó Withers a Shefford cuando éste regresó a! campamento-. Una coz de estos jacos mata a un hombre... Ahora desayunaos rápidamente, pues vamos a partir en seguida.

Shefford habíase despertado tarde. Los demás se habían desayunado ya. El joven comió con dificultad a causa de la agitación que se promovió en e! campamento. Nas Ta Bega sostenía las cuerdas con que estaban atadas Roja y Dinamita. La mula mostraba toda su perfidia y dejaba que Withers se acercara con la albarda. La paciencia del traficante era una revelación para Shefford. Por fin acorralaron a la Roja entre los tres y le colocaron la albarda y encima la carga, que arrojó con sorprendente rapidez, siendo preciso realizar el trabajo varias veces, hasta que por fin la Roja agachó las orejas y se mostró tratable.

Cuando Shefford se volvió a Dinamita se le antojó que era !a primera vez que veía a un caballo salvaje. Los ojos de fuego de la yegua gris miraban con fiereza a todas partes. Saltaba con las cuatro patas de una vez, relinchaba ferozmente, golpeaba el suelo, mordisqueaba el freno y luego

echaba las patas traseras al aire con agilidad inconcebible. Parecía empeñada en matar a alguien. Arrastró al indio, que tiraba de la cuerda, y cuando Joe Lake le, echó otro lazo al cuello lo arrastró también. Después le echaron otro sobre una de las patas traseras; la yegua coceó con más fuerza todavía. Golpeáronla con las cuerdas y el animal se precipitó sobre el campamento, poniendo a Shefford en precipitada fuga y derribando a dos burros. Withers acudió para ayudar a Lake, tratando entre !os dos de sostener a la yegua con todas sus fuerzas. Los dos eran hombres fornidos y corpulentos, pero a pesar de ello, Dinamita seguía dando vueltas y, por fin, después de desparramar la fogata, cayó de flanco sobre las ascuas.

-¡Dejadla... ahí! - gritó, jadeante, Withers.

Joe gritaba también

-¡Así te quemases viva, maldita yegua!

Los dos parecían encantados de que el animal sufriese el justo castigo por su perfidia. Dinamita se produjo unas cuantas quemaduras. Luego se levantó y dejó que Withers la cubriese con un encerado y la ensillase. Su furia habíase apagado, por fin.

Lake y Withers sudaban cuando terminaron la labor.

-Decidme : ¿todas las mañanas dan el mismo trabajo los animales? - preguntó Shefford.

-No nos podemos quejar hoy; casi todos se muestran muy dóciles, excepto Dinamita -replicó Withers -. Es preciso domarla más.

Shefford sintióse consternado. Apenas había traspuesto el sol el borde del cañón, había visto hacer ya a aquellos hombres trabajos más difíciles y más peligrosos que los que él hubiera podido realizar en una semana. Le encantaba la perspectiva de ser auxiliar de Withers, pero sentíase absolutamente incapaz de cumplir lo que de él se esperaba. Sin embargo, se dijo que todo lo que necesitaba era práctica, y prometióse poner de su parte cuanto pudiera para cumplir su cometido.

Poco después la caravana se puso en camino, con el indio a la vanguardia. Aquella mañana Nack-yal seguía empeñado en ir hacia la izquierda, lo mismo que había hecho el día anterior. La extraña actitud del mustang molestó a Shefford, quien acortó la rienda y tiró fuertemente de ella, lo cual nada influyó en la actitud del caballo.

Al cabo de un rato de avanzar por el cañón, Joe Lake se acercó a Shefford, con quien el mormón habíase mostrado muy amistoso.

-Fijaos en aquella manada de ciervos - dijo señalando hacia un estrecho cañón lateral.

El joven contempló unos pequeños bultos que se veían a distancia semejantes ,_ burros, atentos al paso de la caravana.

-¿Son ciervos? - preguntó con alegría.

-Naturalmente -replicó Joe con seriedad-. ¡Apeaos!

Shefford habíase dado cuenta ya de la presencia del arma colocada en la silla por Withers, lo cual le había dado qué pensar. En aquel instante felicitóse de disponer del rifle. Aquellos animales parecían, en efecto, ciervos, y Shefford sintióse embargado por la emoción de la caza.

Se apeó, desenfundó el arma y encaminóse hacia el pequeño cañón.

-¡Escuchad! ¿Adónde vais con el rifle? -gritó Withers -. Aquello es una manada de burros... Joe está haciendo una de las suyas. ¡No os fiéis de él, Shefford! Shefford volvió cabizbajo hacia el sitio donde había dejado su montura, metió el rifle en la funda y después contemplo atentamente los animales que, según Joe, eran ciervos. A primera vista podía, en efecto, confundírselos, pero, mirando con más atención, cayo en la cuenta de que eran burros y nada más.

-¡Caramba! ¡Pues hubiese apostado cualquier cosa a que se trataba de ciervos! - exclamo Joe, con aire ingenuo.

Shefford no sabia como tomar a aquel simpático mormón, pero se prometio ponerse en lo futuro en guardia contra sus bromas.

Nas Ta Bega llevo la caravana hacia la pared izquierda del cañón, y parecía que pensaba escalarla. Shefford no veía ninguna senda, y la pared creíala inaccesible a causa de su verticalidad. Mas al acercarse vio una estrecha senda que subía en zigzag por entre riscos y farallones medio derruidos por la acción del tiempo.

-¡Todos en fila y mucho cuidado! -grito Withers.

El joven advirtió pronto la necesidad del consejo. Los burros, al subir, desprendían piedras del terreno haciendo peligrosa la ascensión para los que iban detrás. Shefford desmonto y llevo a Nack-yal de la brida, sorteando más de una piedra que bajaba rodando. La subida fue muy penosa, y solo merced a la habilidad de Withers, Lake y el indio llevóse a cabo sin accidentes. Shefford volvía de vez en cuando la mirada para contemplar el fondo del cañón, hasta que éste estuvo a trescientos metros bajo él, viéndose obligado entonces el joven a desviar la mirada, porque le daba vértigo.

Por fin llegaron a la planicie. Shefford volvió a montar y cabalgo por un amplio y suave sendero que llevaba hacia un bosque de cedros. En los claros había matas de artemisa gris. El aire era frío y tenso, pero cargado de dulce fragancia.

La comarca era llana y no había para Shefford nada particular en que fijarse, excepto los cedros, la artemisa y, de cuando en cuando, algún trozo roqueño del suelo y la senda, ondulante como enorme serpiente. Los

sinsontes entonaban su melodioso canto por doquier, y el joven sentiase extrañadamente complacido. Así transcurrieron las horas de aquel día, durante el cual Nack-yal insistía en tirar hacia la izquierda y, además, se empeñaba en correr, mostrándose intranquilo, descontento y ansioso.

Al mediodía la caravana se interno en una gran hondonada, densamente cubierta de cedros y artemisa. Había en ella mucha hierba y buena sombra, pero el lugar carecía de agua. A Shefford le sorprendió que descargasen todos los bultos. Sin embargo, vio que no quitaron las mantas con que envolvieron a Dinamita.

Los hombres encendieron una fogata y empezaron a hacer la comida. Shefford, cansado, se sentó en un lugar donde había sombra y contemplo el campamento. El presente le parecía feliz, había olvidado sus cuitas y casi no se acordaba de Fay Larkin. A poco, un ruido llamo su atención y alzo la vista, divisando dos grandes rebaños de ovejas bajando la hondonada. Un pastor indio montado en soberbio mustang, tras del cual iba una jaquita y un perro, guiaba los hatajos. El indio acercóse al campamento y se apeo, mientras que los dos hatajos, uno blanco y otro negro, desparramábanse por el prado, bajo la vigilancia del perro. Withers y Joe estrecharon la mano al indio, a quien llamaban Navy; Shefford se apresuro a hacer lo mismo. Luego apareció Nas Ta Bega y los dos indios hablaron en su idioma. Cuando estuvo dispuesta la comida, todos se sentaron en derredor del encerado que servia de mantel. El recién venido no ato su caballo, sino que lo dejo suelto con la jaquita.

Shefford advirtió poco después que Nack-yal había vuelto al campamento y se comportaba de un modo extraño. Al parecer, atraíale el mustang del indio o la jaquita que iba con él; daba vueltas alrededor de los dos, relinchaba con un gemido, alzaba con frecuencia la cabeza y parecía agitado. Al principio le divirtió a Shefford; después despertóse su curiosidad. Nack-yal se aproximó demasiado al mustang, que era la madre de la jaquita, y aquélla le dio una coz en las costillas. Nack-yal dio un resoplido de queja y se alejo cabizbajo y completa mente anonadado.

Nas Ta Bega señalo hacia el mustang y dijo algo en su idioma. Luego se dirigió Withers al pastor indio, con el que cambio algunas frases ; por fin, el traficante se volvió hacia Sheforfd.

-Hace tres años compré Nack-yal a este indio. Esa yegua que monta él es la madre de Nack-yal. Éste nació aquí, en el sur; por eso tiene siempre la manía de dirigirse hacia la izquierda. Quiere irse a casa. Ahora mismo ha reconocido a su madre, pero ella lo desprecio, dándole una coz por haberse aproximado demasiado. Tiene ahora una jaquita, y seguramente no ha reconocido a Nack-yal, por lo que éste está abatido.

El traficante se echó a reír, y Joe añadió

-Estos mustangs siempre le sorprenden a uno con sus ocurrencias.

Shefford tuvo lástima de Nack-yal, y cuando llegó la hora de ensillarlo lo halló muy manso y dócil.

El joven fue el primero en salir de la hondonada por la parte opuesta a la que habían bajado. Cuando se halló en el borde de la loma se detuvo, contemplando el hermoso panorama. Ante él extendíase en suave declive una ondulada ladera ; en lontananza veíase una montaña de cima redonda; a la derecha, un rojo cañón abría su mellada garganta, y a lo lejos, en el norte, vislumbrábase un extraño y agitado mar de riscos, curvadas lomas, farallones, capiteles.

Nas Ta Bega se puso al lado de Shefford, a la cabeza de la caravana.

-Bi Nai - dijo. señalando la montaña -, ése es Natisan, el Monte Navajo. Y allí, en el norte, están los cañones.

Shefford siguió al indio ladera abajo y pronto perdió de vista la amplitud del selvático panorama. El indio llevó la caravana por una senda lateral, bajó a un cañón y volvió a subir por la parte opuesta. Shefford veía de vez en cuando la redonda cresta del Monte Navajo. Pero, por lo general, lo accidentado del terreno que cruzaban obstruía la vista. Cruzaron muchas sendas, entraron y salieron de muchos cañones poco profundos, y con frecuencia vieron grupos de mustangs salvajes que se detenían un momento al advertir la caravana y luego emprendían vertiginosa carrera.

De pronto Withers alcanzó la cabecera de la caravana y la mandó detener. Habló un instante con Nas Ta Bega, el indio hizo dar la vuelta a su caballo y desapareció por entre los cedros.

-Estoy un poco inquieto -explicó Withers -. Joe cree haber visto un grupo de jinetes siguiéndonos. Mis ojos ya no alcanzan mucho, y el indio ha ido a cerciorarse. Precisamente he dado un gran rodeo para llegar al pueblo, porque siempre trato de evitar el encuentro con Shadd.

Shefford, emocionado por lo que Withers acababa de manifestarle, cabalgó detrás del factor, que guiaba ahora la caravana.

-Otro día daremos la vuelta por la base de aquella montaña-dijo Withers, volviéndose un poco, seguro de que su caballo sabía seguir la senda-. Se trata de una .comarca de doscientas millas de rocas lisas y suaves, sin una sola línea recta, todo cañones, cuevas, puentes naturales..., el más maravilloso país del mundo. Ni siquiera los indios lo han explorado. Para ellos está poblado de fantasmas y creen que allí moran sus dioses. Los navajos cazan en este lado del monte, pero no se aventuran hacia la parte norte por considerarlo terreno sagrado. Mi mujer hace mucho tiempo que trata de que los navajos le revelen el secreto de

Nonnezoshe. Esta palabra significa «Puente del Arco Iris». Los indios lo idolatran, pero por lo que mi mujer ha podido descubrir, son muy pocos los que lo han visto. Creo que valdría la pena averiguar dónde está.

-Acaso sea el arco de que me habló Venters..., el que está en la entrada del Valle de la Sorpresa - dijo Shefford.

-Podría ser - repuso el traficante -. Tenéis ahora una excelente oportunidad para descubrirlo. Nas Ta Bega es vuestro hombre, no os apartéis de él... Bueno, ahora hemos de bajar a este cañón y ¡vaya pendiente! Hay que tentarse la ropa. Dentro de media hora veréis los lirios de sagú, el cacto rojo y el pincel de los indios.

A media tarde llegó la caravana al pueblo mormón oculto en la sinuosidad de aquella comarca selvática. Nas Ta Bega no había regresado aún de su viaje de exploración. Aunque la sensibilidad de Shefford estaba casi agotada, quedáronle apreciación y entusiasmo suficientes para comprender que el pueblo mormón era una especie de villa encantada en un país quimérico. Estaba situado en un valle, en el fondo de un cañón tan extenso que la vista no alcanzaba su fin, y cuya anchura tenía casi media anilla. El aire allí era cálido, quieto, lleno de dulce fragancia de flores desconocidas. Pinos piñoneros y cedros circundaban las casitas, hechas de piedra y de madera, y, a lo largo de las paredes del cañón, altos y verdes abetos proyectaban sus agudas copas hacia el cielo. Los muros del cañón no eran imponentes por su altura, pero tenían la conformación de suaves olas marinas. Las rocas eran absolutamente lisas y pulidas, y las largas curvas de las fajas oscuras que veteaban el color rojo de las paredes seguían las ondulaciones de la ladera de la cúspide. Muy por encima, pero sobresaliendo, estaban los picos y riscos amarillentos, y entre ellos. a mayor altura todavía, veíanse las laderas enmarcadas de pinos del Monte Navajo, que en sus partes abrigadas estaba cubierto de nieve y por cuya falda corrían, como cintas de plata, torrentes y arroyos.

Todo esto se ofreció a los ojos de Shefford al entrar en el valle, después de trasponer el último recodo. Y en seguida vio y oyó una caterva de chiquillos que, al ver a los intrusos, se desparramaron como codornices asustadas.

El terreno estaba cubierto de alta hierba, y por el centro del valle corría un arroyo de rápidas aguas, en cuyas márgenes crecían en abundancia policromas flores.

Withers llevó la caravana a un lugar cerca de la pared roqueña, donde un bosquecillo de cedros, un hirviente manantial y bancos de césped ambarino con flores purpúreas ofrecía un hermoso lugar para

campamento. Allí desensillaron a los mustangs y los soltaron, porque era poco probable que se alejasen de un sitio tan frondoso. Descargaron también a algunos burros y los restantes los llevó Withers con sus cargas al pueblo.

-¡Esto está que da gloria verlo!-exclamó Joe secándose el sudor de la frente-. Va a ser difícil que me saquen de aquí... ¡Cuánto me gusta descansar sobre este césped!... Bebed de ese manantial, amigo Shefford.

El joven no se hizo rogar, bebió a grandes tragos y halló el, agua fría, dulce y singularmente confortante. Luego se volvió al banco de césped, pero no contestó a Joe. No podía decir nada, porque todas sus facultades estaban absortas en escuchar y mirar. Permaneció echado sobre el césped aún mucho tiempo después de que Joe se levantara para dirigirse al pueblo. El murmullo del agua, el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros de desconocida especie, el aire dulce y cálido, la encantadora somnolencia del valle..., todo aumentó el sopor del cansancio de Shefford y, a poco, se durmió. Cuando se despertó, Nas Ta Bega estaba sentado cerca de él y Joe trabajaba junto a la fogata del campamento.

-¡Hola, Nas Ta Bega! ¿Qué? ¿Nos seguía alguien? - exclamó Shefford.

El navajo asintió con un movimiento de cabeza. Joe alzó la mirada y dijo con forzada brevedad

-Shadd.

-¡Shadd! - repitió Shefford, como un eco, recordando la oscura y siniestra faz del bandido que le visitara aquella noche en el «Sagi» -.Joe..., ¿es cosa grave que nos siga Shadd?

-No sé si lo será, pero a mí no me llega la camisa al cuerpo -replicó Lake -. Él y su banda nos detendrán cuando regresemos a Kayenta.

Shefford miró a Joe con interés y recelo. Las palabras del joven mormón no correspondían a su aspecto.

-Decidme, camarada: ¿sabéis disparar un rifle? - preguntó Joe.

-Sí, y tengo bastante buena puntería.

El mormón asintió con la cabeza, como si la contestación le complaciera.

-Esto va de perillas. Los bandidos no saben manejar los rifles, y yo tampoco. Pero el revólver lo manejo muy bien. Creo que haremos sudar a Shadd si se mete con nosotros.

Withers regresó del pueblo con los burros, ya sin carga, acompañándole dos hombres de luengas barbas grises. Uno de ellos, muy anciano, de venerable aspecto, se ayudaba de un bastón para andar. Shefford observó que Joe Lake mostrábase con él singularmente deferente

y respetuoso. Withers le presentó a los dos mormones diciendo sólo que se llamaban Smith y Henninger. Saludaron ambos muy cordialmente a Shefford. A poco llegó otro mormón un hombre joven, corpulento y jovial que saludó muy afectuosamente a Shefford. Llamábase Beal. Los tres permanecieron buen rato junto a la fogata, evidentemente complacidos de ver a sus semejantes y conocer noticias del mundo. Cuando al fin se marcharon, Joe se fue con ellos. Withers continuó la tarea de preparar la cena que Lake había comenzado.

-Escuchadme, Shefford -dijo el traficante-. Les he dicho a los mormones que habéis sido sacerdote protestante, o gentil, como ellos dicen, y que os habéis separado de vuestra Iglesia. Esto les impresionó y os han recibido bien. Contaré lo mismo en Stonebridge y no ten diréis dificultad alguna para entrar en aquel pueblo. Naturalmente, no creo que os conviertan al mormonismo, pero... tratarán de hacerlo. Entre tanto, podéis buscar libremente a vuestra Fay Larkin. Mañana veréis algunas de las mujeres mormonas. Son buenas almas, pero, como todas las mujeres, se pirran por saber noticias. ¡Figuraos lo que significa estar encerrado entre estas paredes.

-Todo esto me interesa enormemente, Withers - repuso Shefford -, y estoy emocionado. ¿Nos quedaremos aquí bastante tiempo?

-Yo me quedaré aquí un par de días y luego iré a Stonebridge con Joe. Él volverá, y cuando a los dos os apetezca salir de aquí (si Nas Ta Bega cree que se puede emprender el viaje sin peligro), tomaréis el camino de algunos villorrios navajos, de donde me traeréis algunas cargas de pieles y mantas. Amigo mío, podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis; os deseo buena suerte. No es mal sitio éste para vagar por él; aquí siempre me pongo sentimental. Supongo que es por sus mujeres. Algunas son muy bellas; una de ellas..., bueno, ya la veréis; la llaman Lirio. Su nombre es María, según me han dicho, pero no conozco su apellido. Es encantadora..., adorable. Apuesto que al verla os olvidaréis de Fay Larkin. Sólo que... ¡mucho cuidado! Venís aquí con credenciales un tanto extrañas, por decirlo así..., como ayudante mío y hombre sin religión. No sólo tendrán fe en vos, sino que estas pobres y solitarias mujeres os recibirán bien. Conque ¡mucho cuidado ! Recordad que se trata de «mujeres selladas» y que sus maridos las visitan de vez en cuando de noche. No es que lo sepa, pero lo supongo. Y, naturalmente, se cree que vos ni siquiera lo sospecháis.

-¿Cuántos hombres hay en el pueblo?-preguntó Shefford.

-Tres... Los que os he presentado.

-¿Tienen muchas esposas?

-¡Sí! Bueno, no lo sé, pero creo que sí. Mas yo sólo debo saber que

tienen una esposa cada uno. Joe Lake es el único mormón soltero que conozco.

-¿Y no han venido aquí otros hombres, boyeros, bandidos o ladrones de ganado?

-Excepto para los indios, parece que aún sigue siendo un secreto el pueblo-repuso con gravedad el traficante -. Pero... no es posible mantenerlo por mucho tiempo. Una y otra vez lo he repetido en Stonebridge. Sin embargo, parece que los mormones no se preocupan.

-¿Qué pasará cuando la gente se entere de su existencia y venga aquí?

-Habrá disgustos..., tal vez correrá la sangre. Las mormonas son buenas, no cabe dudarlo, pero son humanas y estarán deseando un poco de animación. Sin embargo, el mayor peligro proviene de Shadd y su banda. Shadd es mestizo de la tribu piute. Debe de conocer este lugar, y entre los suyos hay algunos proscritos blancos... Pero, basta ya; vamos a cenar, que tengo demasiada hambre para seguir hablando.

Más tarde Withers se alejó del campamento para atender a los caballos y Shefford se paseó a la luz crepuscular, bajo los cedros.

Mientras paseaba, llegaron algunas mujeres para llenar sendos cubos de agua del manantial. Llevaban chales en los hombros y sus vestidos eran todos oscuros, serios.; pero su aspecto era agradable y parecían bastante jóvenes. Le miraron con ojos curiosos; mas regresaron al pueblo por la hollada senda sin abrir la boca. Después apareció otra mujer... Una joven de ligero y garboso andar, que recordó a Shefford la hermana de Nas Ta Bega, Glen Naspa. Llevaba un tocado, a modo de sombrero, que le cubría el rostro, y traía también un cubo. Cuando llegó al manantial y subió los pocos peldaños de piedra, el forastero vio que la muchacha iba descalza. El joven contempló sus bellos pies con ojos de artista, pero advirtió que, a causa de la desnudez, la joven hacía inusitados esfuerzos para afianzarse sobre el césped y levantar el cubo de agua.. Con rápido paso llegó Shefford al manantial y asió el cubo.

-¿Me permitís que os ayude? -dijo alzando el recipiente -. La verdad es que pesa mucho.

-¡Oh..., gracias! -contestó ella, sin levantar los ojos.

Su voz era muy dulce e impresionó singularmente a Shefford. La joven bajó al sendero y caminó a su vera. Shefford se sintió azorado, pero más curioso que nunca; deseaba decir algo, volverse para contemplarla, mas continuó andando sin saber cómo empezar.

Al fin dijo

-Pero ¿de verdad podéis con este cubo tan pesado? Pues a mí me

duele ya el brazo.

-Lo llevo dos veces al día, mañana y tarde-repuso ella-. Soy fuerte.

Pasaron varias casitas de piedra; algunas mujeres saludaron a la pareja al pasar, y varios chiquillos asomáronse tímidamente a las puertas.

Shefford esforzaba su cerebro para decir algo, mas como no se le ocurriera nada, decidió contemplar a todo trance, antes de dejarla, el rostro oculto bajo la capucha.

-Vais cojeando - dijo ella de pronto, y solícitamente-. Permitid que lleve el cubo, os lo ruego. Mi casa está cerca.

-Pero ¿de verdad cojeo? Sí, sí; no me había dado cuenta-repuso Shefford -. La cabalgada que hemos hecho ha sido muy dura para mí. Mas, de todos modos, llevaré el cubo.

Pasaron por debajo de algunos piñoneros, bajaron un corto sendero, hacia una casita idéntica a las demás, con la diferencia de que tenía un pórtico de piedra. Shefford aspiró la fragancia de humo de madera de cedro y vio las volutas alzarse por encima del tejado. Al llegar al pórtico, Shefford puso el cubo en el suelo.

-Muchas gracias, señor Shefford - dijo la joven.

-¿Conocéis mi nombre? -preguntó él.

-Sí. El señor Whiters habló a mi vecina v ella me lo dijo.

-Ya comprendo... ¿Y vos?...

No insistió Shefford y la joven nada contestó. Cuando ella se detuvo en la puerta, Shefford pudo ver su rostro bajo la capucha. Pero como las sombras del crepúsculo impedíanle distinguir sus facciones, cediendo a un impulso irresistible, dio un paso hacia ella. La muchacha le miro con graves y tristes ojos y bajó rápidamente la cabeza, ocultando de nuevo el rostro, que Shefford adivinó adorable.

-Perdonadme... -dijo el forastero dando un paso hacia atrás-. He sido rudo... Withers me habló de una joven que parecía un lirio..., a la que llamaban así. Ya sé, que eso no es motivo para que os haya mirado como me he atrevido a hacerlo... Sentí curiosidad...

Shefford vacilaba, comprendiendo que su proceder no era correcto. Ella parecía contemplarle, pero no estaba seguro, porque la capucha ocultábale el rostro.

-Así me llaman - dijo al fin la joven -. Pero mi nombre es María.

-María ¿qué?

-Sólo María-repuso ella con sencillez-. Buenas noches.

Shefford no se las deseó, sin saber por qué. María cogió el cubo y se metió en la oscura casa. El joven apresuróse a hundirse en la oscuridad, cada vez más densa.

VI

Shefford apenas había visto el rostro de la joven, y, sin embargo, nunca le interesó ninguna mujer tanto como ella. Con todo, se dijo, al regresar lentamente al campamento, que el esfuerzo físico realizado durante el viaje, la excitación que le causaba la vida aventurera y el misterio de aquel pueblo oculto, no eran ajenos a la agitación que bullía en su cerebro, y que tal estado no podía durar.

Envuelto en sus mantas se echó sobre el suave lecho de césped y contempló las estrellas a través de las copas de los pinos. Quiso dormir, pero le fue imposible conciliar el sueño; entonces púsose a pensar en la joven apodada Lirio, recordando uno a uno todos los incidentes de su encuentro y el paseo hacia su casa; su rápido y garboso paso, su gracioso continente, su esbelta figura, la larga trenza de su dorada cabellera, refulgente a la suave luz crepuscular; el lindo pie desnudo, el bien torneado brazo, pero en vano trató de obtener idea exacta de sus facciones ; sólo veía la oscura belleza de su rostro con recuerdo cada vez más vago. El tono de su voz, las palabras que le dijo..., ¡cómo le habían emocionado! ¡Cuán extrañas habían sido!... ¡Y qué encanto tenía su voz! ~a en ella algo más que suave melodía, una tristeza muy honda, indefinible... Pero, no, no... Era absurdo pensar así. ¿Por qué su voz había de parecerle diferente a la de las demás mujeres del pueblo? La joven era mormona y, muy probablemente, «mujer sellada». Su interés por ella era también absurdo, y era preciso desechar lo o convencerse de que podría inspirarle el mismo interés cualquiera de las mujeres de aquel pueblo.

Sin embargo, Shefford se dio cuenta de que su inteligencia y buen sentido nada influían en aquella sensación íntima y misteriosa. Comprendiendo la verdad, sintió algo que no podía definir, pero a nadie perjudicaría entregándose a sus sueños. Era indudable que los sueños y el romanticismo que habíanle llevado a aquellas selvas cerníanse ahora sobre él como las sombras de los elevados picos sobre el valle. Henchíase su corazón al pensar que la negra e incesante desesperación del pasado había desaparecido, y, alegre, abría los brazos a todo lo que le hacía olvidar y le llenaba de nuevas sensaciones; un instinto más fuerte que la inteligencia le impulsaba a dejarse ir a la deriva.

La retumbante voz de Joe Lake despertóle a la mañana siguiente, y Shefford se levantó con peculiar diligencia. ¿Cuándo había despertado en lugar tan maravillosamente bello? Ya no le extrañaba que el recuerdo del

Valle de la Sorpresa causara obsesión a sus amigos Venters y Bess. La mañana era clara, fresca y dulce; los agrestes picos ocultábanse entre nubes sonrosadas; haces de dorada luz penetraban las purpúreas sombras, y por todas partes cantaban los sinsontes. Shefford sentía aún el cansancio del largo y penoso viaje, pero estaba alegre y satisfecho de la vida. De buena gana hubiera echado a correr, porque algo le hacía presentir que algún acontecimiento le aguardaba. El indio, el traficante y su joven amigo mormón, aquella mañana significaban más para él. Durante la noche habíase elevado un poco. La palabra Bi Nai, dicha con la voz profunda de Nas Ta Bega, le encantaba; y las sonrisas de Withers y Joe eran agradables saludos. Tenía amigos; tenía una labor que realizar y la vida presentábasele rica y misteriosa en promesas. Hasta Nack-yal, el mustang, parecía otro. Acercose a él dócilmente. No tenía ya aspecto salvaje; su mirada era dulce, y a Shefford le gustaba cada vez más.

-¿Qué hay que hacer?-preguntó el joven, sintiéndose con fuerzas para realizar cien tareas.

-No hay trabajo-repuso riendo el traficante, llevándole aparte-. No tengo prisa ninguna. Me gusta este lugar, y Joe, cuando está aquí, tampoco quisiera alejarse nunca. Hoy vais a conocer a las mujeres. Procurad haceros popular entre ellas; por mi parte, he hecho cuanto he podido para que sea así. Todas estas mujeres son jóvenes y viven solitarias. Hablad con ellas, haced que os quieran. Tal vez algún día podréis tomaros la libertad de procurar averiguar lo que os interesa. Anoche estuve a punto de preguntar a la anciana madre Smith si había oído el nombre de Fay Larkin, pero lo pensé mejor. Si hay aquí o en Stonebridge una muchacha de ese nombre, lo sabremos de todos modos, y si hay algún misterio en torno a ese nombre, vale más ser cauto. Los mormones son terribles con respecto a sus secretos y misterios. Espiar sus asuntos es indisponerse con ellos. Mi consejo es éste : mostraos todo lo amable que podáis y dejad que ocurran las cosas por sí solas.

¡Fay Larkin ! En toda la noche había pensado Shefford en ella. ¿Por qué? Meditó el caso y nuevamente sintióse invadido de la emoción y del deseo que le había llevado a aquellos parajes.

-Shefford - dijo Withers, interrumpiendo las meditaciones del joven - , ¿qué creéis que me dijo Nas Ta Bega anoche?

-No tengo idea -dijo Shefford con curiosidad.

-Estábamos junto a la fogata y os vi pasear bajo los cedros. Parecíais pensativo. El indio os vigilaba atentamente y me dijo en su idioma: «Bi Nai ha perdido su Dios. Ha venido tan lejos para encontrar una esposa. Nas Ta Bega es su hermano... » Con lo que quiso decir que hallará para vos Dios y

esposa. Poco sé de estas cosas, pero os aconsejo que tengáis a ese indio por hermano vuestro, como dice ser. Mucho antes de conocer bien a Nas Ta Bega, mi mujer solía hablarme de él. Es un sabio y un poeta..., el espíritu mismo del desierto. Vale la pena cultivar su amistad. Es más..., si Fay Larkin está aún encerrada en aquel valle, el navajo la encontrará para VOS.

-Acepto a Nas Ta Bega como hermano... y me siento orgulloso de él - respondió el joven.

-Otra cosa. ¿Pensáis confiaros a Joe?

-No había pensado aún en eso.

-Bueno, pues... podría ser conveniente. Pero esperad a conoceros mejor uno a otro. Ahora mismo ya os aprecia hasta el punto de estar dispuesto a pelear por vos.

Se. interesa por vuestras tribulaciones. A primera vista no parece que Joe sea profundamente religioso, pero lo es. Es muy posible que jamás os hable una sola palabra de su religión... Bueno, Shefford, ánimo y adelante. Habéis encontrado la pista. Es dura y escabrosa, pero os convertirá en un hombre y os llevará a alguna parte.

-Me considero muy afortunado. Yo... que había perdido... amigos, fe... todo... Withers, le estoy muy agradecido y lo probaré. Demostraré que...

Withers interrumpióle levantando la mano y Shefford comprendió que bajo el tosco aspecto exterior del traficante del desierto se ocultaban sentimientos nobles. Aquellos hombres de rudos trabajos y selvática apariencia tomaban proporciones gigantescas en la estimación del joven.

A la hora del desayuno en el campamento, las mujeres del pueblo empezaban a ir a la fuente junto a la cual se hallaba instalado. Joe Lake las favorecía con breves y cariñosas palabras. Y al alejarse una a una por el sendero, el joven mormón, con una galleta en una mano y la taza de café en la otra, decía con acento cómico, ladeando la cabeza : «Me parece que debo buscar una esposa como ésa.

Shefford, al que divertía la broma de su amigo y el incesante ir y venir de las mormonas, aguardaba, sin embargo, impacientemente la aparición de una figura blanca. Por fin la vio... La misma muchacha con la capucha, el mismo airoso andar. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y le embargó un vago sentimiento de tristeza y de lástima.

Joe Lake la miró atónito.

-No la había visto aún - murmuró.

-Es la joven que llaman Lirio - dijo Withers.

-Me parece que le voy a llevar el cubo –continuó diciendo Joe.

-¿Para que todas las demás te miren con malos ojos? No lo hagas, Joe

- aconsejó el traficante.

-Pero su cubo pesa más que el de las otras - protestó el joven mormón.

-Es verdad; sin embargo, debes conocer a tus mormones. Si ella hubiese venido la primera, muy bien. Pero como no es así, no debes distinguirla entre todas.

Joe permaneció sentado. La muchacha pasó junto al campamento; saludó con un breve «Buenos días.. llevó el recipiente y emprendió el regreso. Shefford observó que esta vez llevaba abarcas y que manejaba el pesado cubo con soltura y facilidad. Cuando desapareció, el joven sintió de nuevo una vaga e inexplicable sensación de pena.

-Creo que debo buscarme una esposa como ésa - dijo, con gravedad, y se quedó pensativo.

Joe Lake lanzó un hondo suspiro.

Withers, primero llevó a Shefford al edificio destinado' a escuela. Era algo mayor que las demás casas; constaba de una sola habitación con dos puertas y varias ventanas. Hallábase lleno de chiquillos de distintas edades, que estaban sentados en toscos bancos de madera.

Lo menos había cincuenta entre chicos y chicas, todos fuertes, de colores sanos, vestidos con trajes de confección casera. La joven maestra mostrábase tan azorada como tímidos sus discípulos, y los visitantes se marcharon sin escuchar lección alguna.

Después fueron a ver a Smith, Henninger y Beal, y a sus mujeres. Shefford vióse cordialmente recibido en todas partes. Las pocas palabras que dijo le revelaron que todos le escucharían con agrado cuando quisiera hablar. Eran gentes sencillas y bondadosas, y nada había en ellas que fuese repelente. Los hombres parecían tranquilos y suaves, teniendo un aire de austeridad cuando callaban. En cambio, lo reposado de las mujeres era sólo apariencia; advertíase bajo su superficie una gran inquietud. Especialmente en las jóvenes, a las que iba conociendo en las horas sucesivas, descubrió los esfuerzos de las reprimidas emociones. A Shefford le sorprendió mucho que casi todas fuesen atrayentes y algunas hasta hermosas. Y tanta llegaron a interesarle en conjunto, que no distinguió a ninguna especialmente. Eran todas tan distintas en carácter y aspecto, como las mujeres de cualquier otra clase social, pero le pareció advertir en todas un rasgo común, un extraño y reprimido anhelo. ¿Eran la felicidad lo que anhelaban?... Sin embargo, aparentemente eran felices, mucho más que los millones de mujeres del mundo, que sin cesar persiguen quimeras. ¿Serían en realidad .mujeres selladas», como creía Withers, y era ese estado anómalo causa de su extraña gravedad? A pesar de todo, Shefford, volvió

al campamento convencido de haberse tropezado con un caso muy notable.

Habíanle dicho solamente los apellidos de tres mujeres[1], y los maridos de las tres vivían con ellas en el pueblo. Shefford recordaba solo los nombres de algunas Ruht, Rebeca, Juana... Eran madres de hermosos hijos en cuanto a quiénes fueran los padres de éstos, era ésta una cuestión tan intangible como los mitos. Shefford había sido sacerdote, era hombre de educación y conocía, por lo tanto, hasta donde es posible a las mujeres. Las mormonas podrían ser distintas de las demás, pero la verdad fundamental en todo el mundo es que las madres son al mismo tiempo esposas; había una estrecha e inevitable relación entre las palabras madre y esposa, y Shefford adivino que, fuera cual fuese la situación de aquellas mujeres solitarias, ocultas en aquel valle, ellas se sabían casadas. Y si creíanse infelices, por lo menos no lo demostraban. Pensó Shefford si era justa la crítica de los hombres no enterados. El juicio de él sobre los mormones habíase formado por lo que había leído y oído más que por lo que en realidad podía saber de cierto. Deseaba ahora tratar el asunto con absoluta alteza de miras, sin prevenciones. Había estudiado el totemismo y la exogamia[2] de las razas primitivas y ahora brindábasele la oportunidad de estudiar la poligamia. Una mujer para un hombre..., ésa era la ley. Los mormones la infringían abiertamente; los gentiles, en secreto. Los mormones reconocían a todas sus esposas y protegían a todos sus hijos; los gentiles solo reconocían a una mujer. Indudablemente, los mormones hacían mal, pero... ¿no obraban peor los gentiles?

A la mañana siguiente, Joe Lake quiso excusarse de ir con Whiters a Stonebridge.

-Joe, más vale que vengas conmigo-le dijo el traficante-. Lo que te pasa es que has visto demasiado a Lirio.

Lake no respondió, pero su rostro reveló claramente que Withers había acertado. El traficante monto a caballo, se despidió con breves palabras de Shefford y cabalgo valle abajo. Joe Lake, tras corta vacilación, monto también a caballo y le siguió. Y como Nas Ta Bega había ido a visitar a algunos indios, Shefford se hallo solo.

Decidido, se dirigió al pueblo y trató de conquistarse las simpatías

[1] En los Estados Unidos, igual que en otros países, la mujer casada pierde el apellido paterno y adopta definitivamente el del marido. Ocultando, pues, el apellido de las restantes mujeres del pueblo, ocultaban las mormonas al mismo tiempo las condiciones de sus maridos.

[2] Ley o costumbre según la cual estaba prohibido a los primitivos casarse con individuos de la misma tribu.

de sus habitantes. Hizo amistad con los niños y charlo con las mujeres hasta quedarse ronco. La ignorancia de ellas era un estímulo para él, que en su vida había tenido auditorio tan atento. Y como por su parte no se mostró curioso ni hizo pregunta capciosa alguna, gradualmente fue desapareciendo la reserva que antes advirtiera y, al fin de aquel día, reinaba entre el y las mormonas la buena armonía que Withers le había anunciado.

Transcurridos algunos días, el interés y la amistad que le demostraban aquellas mujeres era tan grande que Shefford tuvo la impresión de haber vivido entre ellas largo tiempo. Poseía el joven el don de la elocuencia, agilidad y cultura general para avalorarla, y todo lo dio libremente, sin el menor egoísmo. Le interesaban aquellas mujeres, le gustaba ver como desaparecía de sus rostros la sombra de tristeza cuando les hablaba. Volvió a ver a María por las mañanas y por las tardes, en la fuente, cuando iba a buscar agua, mas aún no había visto bien la cara de la joven, siempre oculta bajo la amplia capucha. Y aunque esperaba siempre con placer aquellos breves instantes, ansiando trabar amistad con ella, no quiso sin embargo forzar los acontecimientos. Cuando hablaba con sus vecinas, aguardaba saber algo de la muchacha, pero nadie la mencionaba. El joven tuvo la impresión de que María no era tan íntima de las demás mujeres como había supuesto. Formaban todas una gran familia; sin embargo, aquélla quedaba un poco distanciada. No tenía pruebas que confirmasen semejante idea, pero lo presintió, y muchas de sus sensaciones eran independientes de cuanto su razón le dictaba en esos momentos.

Tenía costumbre de visitar por las tardes a madre Smith. Desde la primera conversación que con ella tuvo, observo que la anciana trataba de atraerle al mormonismo. Su marido y los otros hombres le ayudaban hablándole de su religión, de un modo casual al principio, mas gradualmente llegaron a discutir su fe con entera libertad. Shefford les prestaba respetuosa atención. Hubiese preferido ser mormón que ateo. Como le consideraban descreído, deseaban salvar su alma. Sabía el joven que nunca sena ni lo uno ni lo otro y que en aquella época sólo estaba amargado. Pero escucho y hallo a los mormones sencillos en su fe, ciegos tal vez, pero leales y buenos. Resultaba notable que madre Smith fuese la única mujer que le hablara de religión en aquel pueblo. Era anciana, pertenecía a la anterior generación. Las demás mujeres eran jóvenes. Shefford percatóse de esta significativa diferencia.

Cierta tarde dejó caer, como por casualidad, una palabra acerca de María que envolvía una sutil pregunta. La respuesta fue una dulce y envenenada observación de una mujer celosa. Shefford no insistió, pero se

afirmó en sus ideas y meditó el extraño caso.

Aquella tarde María no fue a la fuente y el joven decidió ir a verla, a pesar de que para ello tuvo que hacer un gran esfuerzo, porque una inexplicable sensación parecía retenerle.

Cuando llegó a su casa, reinaban ya las sombras bajo los pinos. No había luz en ninguna ventana, pero en el pórtico vio una figura blanca y, al bajar el sendero, se levantó. Era la joven, y pareció sorprendida.

-Buenas noches -dijo él-. Soy Shefford. ¿Me permitís que me quede un rato aquí para charlar con vos?

Mana guardó silencio. Él empezó a sentirse molesto.

-No me disgustaría hablar con vos-dijo por fin la muchacha.

A pesar de que en el pórtico había un banco, el joven prefirió sentarse en el último peldaño.

-He trabado conocimiento con todas las mujeres del pueblo menos con vos -continuó el joven.

-Sin embargo, aquí he estado...

La contestación de María era digna de una mujer, pero fue pronunciada con voz de niña. No se mostraba ni tímida ni azorada.

-Siempre he deseado venir a veros.

La joven hizo un ligero movimiento. Shefford sintióse extrañamente cortado. Aquel instante podía tener para él enorme trascendencia.

-¿No queréis sentaros aquí?-preguntó.

La muchacha le complació y Shefford vio entonces por primera vez su rostro. Quedó aturdido. Por su gracia y su pureza era, en efecto, tan sólo comparable a un lirio. María era casi una niña. Permaneció inmóvil mirando hacia la oscuridad, esperando sin duda que él hablara. Shefford percibió el rápido vaivén de su pecho.

-No deseo más que charlar un poco con vos-empezó el joven, confiando en que lograría inspirarle confianza -. Todas han sido muy buenas conmigo y he hablado... ¡he hablado horas y más horas ! , pero sin decir lo que está dentro de mi alma. Nunca hago preguntas. Por eso mi papel es tan extraño. Desearía poder explicar por qué he venido aquí. Necesito de alguien que sepa guardar mi secreto y que me ayude, si es posible... ¿Lo. haríais vos?

-Sí, sí puedo - contestó la joven.

-Como veis, es preciso que confíe en vos o en alguna de las demás. Todas sois mormonas. No quiero decir que esto mal. Creo que todas sois buenas y nobles. Pero el hecho es que el serlo... hace que no tenga libertad para hablar. ¿Qué podría hacer?

El silencio de la joven significaba probablemente que no lo sabía.

Shefford creyó advertir en ella cierta emoción; se dijo que iba por buen camino y no lamenta haber seguido su primer impulso.

Le contó en breves palabras la verdad acerca de su niñez, de su ambición de ser artista, de su renunciación para cumplir los deseos de su padre, de su carrera sacer dotal, de su fracaso en la religión y de la deshonra que le convirtió en caminante del desierto.

-¡Oh..., cuánto lo siento l -exclamó ella.

La débil luz estelar iluminaba su rostro, agrandaba sus ojos, y Shefford confesó que jamás había visto tanta belleza ni tanta espiritualidad. Parecía profundamente con movida. Habíase olvidado de sí misma. Revelábasele como una niña, con toda la rápida simpatía y dulzura de un corazón inocente y libre. Le miraba con sus grandes ojos, fijos, interrogantes, como si acabara de darse cuenta de su presencia, como si hasta entonces hubiese sido, completamente extraño y desconocido para ella.

-Gracias. Sois muy buena al lamentar mi desgracia.

Mi instinto me guió bien esta noche. Tal vez consintáis en ser amiga mía.

-Lo seré..., si puedo-respondió la joven.

-¿Podéis serlo?

-No lo sé. Nunca he tenido amistad con nadie. Yo..., pero, no, no debo hablar de mí... Temo, señor, no poder ayudaros.

¡Cuán extraña y conmovedora era su voz! Parecía como si ella necesitara ayuda, simpatía o amor. Pero Shefford no quiso fiarse de su juicio, formado en la observación de una clase de mujeres distinta a la de María.

-Acaso podáis ayudarme. No deseo obligaros a hablar de vos. Sin embargo, sois un ser humano..., una niña..., casi una mujer. Y hasta una monja puede hablar.

-¿Una monja? ¿Qué es una monja?

-Bueno..., una monja es una hermana de la caridad..., una mujer consagrada a Dios, una mujer que ha renunciado al mundo. En parte vosotras, las mujeres mormonas, parecéis monjas, pues es un sacrificio lo que os retiene en este valle... Ya veis cómo hablo. Una palabra trae la otra, un pensamiento sigue a otro y creo que acaso me aliviaría si os abriese mi pecho.

-Decidme lo que queráis -contestó ella.

Shefford vaciló y dióse cuenta del precipitado latir de su corazón. Deseaba, sobre todo, ser sincero con la muchacha.

-Después os lo diré todo - empezó -. Tengo confianza en vos y no os

ocultaré nada; pero dadme tiempo.

¡Resulta tan extraño que quiera confiaros mi secreto! Acaso sea egoísta, pero el pasado me impulsa a ello y no creo perjudicaros. Por eso voy a ser absolutamente sincero. Podría esperar algunos días más, hasta que nos conociéramos mejor; sin embargo..., algo me impulsa a hablar ahora. Todas las mujeres mormonas han despertado en mí gran interés. ¡La significación de este pueblo oculto es para mí tan terrible! ... Mas eso nada debe importarme. He pasado las tardes con esas mujeres, he entrado en sus casas. Vos no os mezcláis con ellas. Todas son solitarias, pero ninguna lo es tanto como vos. He cruzado por esta senda todas las noches. Nunca he visto luz ni oído ruido alguno en vuestra casa. No puedo menos de pensar en su significación. No me censuréis ni temáis porque esto me haya preocupado. Acaso hago mal..., pero siento una gran curiosidad... ¿Quién sois, María?... En realidad, acaso no me importe saberlo. He venido por motivos egoístas y ahora me gustaría..., ¿cómo lo diré?..., hacer que vuestra vida sea un poco menos solitaria, ya que estoy aquí. Eso es todo. En ello no hay ofensa. Si lo aceptáis, sería mucho más fácil para mí contaros mi secreto. Vos sois mormona, y yo... Yo sólo soy un caminante del desierto. Acaso podríamos ayudamos mutuamente... ¿Me equivoco?

-¡N,... , no! -exclamó ella.

-Entonces, podemos ser amigos. ¿Tendréis confianza en mí, me ayudaréis?

-Sí, si me atrevo...

-¿No podéis atreveros a lo que se atreven las demás mujeres de este pueblo?

La joven calló.

Y la ansiedad que se advertía en su silencio emocionó a Shefford. Sintióse contrito. No se detuvo a analizar sus propias emociones, pero intuyó que una vez terminada tan singular situación, tendría abundantes motivos para reflexionar. Lo que más le chocó fue la extrema palidez del rostro de la joven, sus crispadas manos, la agitación de su pecho. Ello no podía deberse únicamente a la emoción. Shefford estaba inquieto y confuso. No había dicho lo que pensaba decir. Habló impulsado por el momento. ¿Qué era lo que le guiaba?

-María -dijo con gravedad-, decidme..., ¿tenéis madre, padre, hermanos?

-Todos murieron... hace muchísimos años - repuso la joven.

-¿Qué edad tenéis?

-Creo que tengo dieciocho años, pero no lo sé cierto.

-Estáis muy sola.

Sus palabras causaron una nueva emoción en María.

- ¡Dios mío! - exclamó -. ¡ No os podéis figurar cuán sola estoy 1

Y la vio llorar amargamente. Había en ella la inconsciencia de una niña y la pasión de una mujer. Unas cuantas palabras cariñosas habíanla hecho salir de su reserva. Shefford tuvo ahora la certidumbre de que en la vida de la joven no entraron jamás la simpatía ni la bondad. A poco, se serenó, permaneciendo tranquila como antes, sólo que su rostro estaba más blanco aún y en sus ojos advertíase un destello de tragedia.

-Comprendo -continuó Shefford -. No siento haber hablado. Adiviné vuestras tribulaciones, sean las que fueren... No volváis a vuestra actitud de reserva, os lo suplico... Dejadme contaros mi secreto.

La vio dominar la apatía que iba adueñándose de ella. La influencia de su voz sobre la muchacha era para Shefford algo indeciblemente dulce. María inclinó la cabeza dando su aquiescencia, y él empezó el relato. ¿Quedábase ella inmóvil, como de piedra, o sólo eran imaginaciones suyas? Le habló de Venters y de Bess..., de Lassiter y de Juana..., de la pequeña Fay Larkin..., y luego, de la tragedia del Valle de la Sorpresa.

-Así es que cuando me vi obligado a dejar mi carrera, cuando me vi en la desgracia - terminó él -, concebí la idea de recorrer el Estado de Utah para salvar a Fay Larkin de su prisión. Éste llegó a ser el mayor deseo de mi vida. Creo que si la pudiera salvar me salvaría a mí mismo. Jamás amé a ninguna mujer. No puedo decir que ame a Fay Larkin. ¿Cómo podría amarla si nunca la he visto? Pero creo que si la mujer de mis sueños se convirtiera en realidad..., llegaría a quererla.

Era la primera vez que Shefford traducía sus vagos pensamientos en palabras, la primera vez que hablaba tan sinceramente a otro ser humano, y esto le conmovió profundamente. María nada dijo; permanecía rígida como una estatua.

-Ya conocéis el motivo de mi presencia en este país continuó Shefford -. Withers me dice que es una región en la que abunda el arco iris, tanto el verdadero, el que sigue a las tormentas, como el representado por la configuración de las rocas policromas. Ya de niño solía yo soñar con algún tesoro oculto al pie del arco iris, y ahora aguardo el momento en que la curva de un arco iris me guíe hasta el Valle de la Sorpresa. Diréis que soy un soñador, un iluso, pero he visto realizarse sueños muy singulares... María, ¿creéis que este sueño mío se realizará?

La joven permaneció aún durante largo rato silenciosa y Shefford repitió la pregunta.

-Solamente... en el cielo-respondió ella al fin. La contestación le sorprendió y le dejó frío.

-¿Creéis que mi plan de descubrir el valle y buscar a la muchacha.., es inútil?

-Creo que es noble... ¡Doy gracias al cielo por haber conocido un hombre como vos !

-No me alabéis - exclamó Shefford -. Ayudadme si os es posible... María, ¿queréis contestarme a algunas preguntas? ¡Juro por mi honor que jamás revelaré lo que me digáis !

-Si puedo, sí.

Shefford se humedeció los labios. ¿Por qué la joven le parecía tan extraña, tan distante? Las vaguedades le ponían nervioso. Siempre había tenido miedo a la oscuridad. Y ahora velase ante quimeras.

-¿Habéis oído hablar de Fay Larkin? - preguntó en voz baja.

-Sí.

-¿Hubo sólo una muchacha de ese nombre?

-Solamente una.

-¿La habéis conocido?

-Sí - respondió ella.

Shefford se sintió agradecido; la confianza de ella le honraba. Seguramente costábale un gran hacer traición a su deber de mormona. No se había atrevido a esperar tanto. Experimentó un intenso temblor al formular la pregunta esencial ; nunca creyó que fuese tan duro y tan difícil hacerla, ni que le afectase de tal modo.

-¿Dónde está ahora Fay Larkin? -preguntó con voz ronca.

Se inclinó sobre ella, tocándola casi, para oír bien la respuesta.

-¡Fay Larkin... murió!

Shefford, herido en lo más profundo, se puso en pie, vacilante, y, lleno de amargura, se internó en las tinieblas.

VII

Nas Ta Bega volvió aquella noche al campamento, y a la mañana siguiente, que era domingo, llegó también Withers, acompañado de un personaje alto, de barba gris, que llevaba levita negra.

-Señor obispo, os presento a mi nuevo ayudante Juan Shefford - dijo Withers, y dirigiéndose a éste -: Y a vos, Shefford, al obispo señor Kane.

El joven correspondió a la presentación e él; el respetuosa cortesía

que, al parecer, se esperaba obispo mormón le miró de hito en hito con sus penetrantes osos, de un azul claro. Era un hombre de edad madura, de carácter algo áspero y muy dado a la introspección.

Su modo de hablar era bastante original; introducía constantemente frases bíblicas en la conversación y tenía el porte de un hombre que se sabe investido de autoridad. Con frase breve rogó a Shefford que fuera a escuchar el sermón que pensaba dirigir a los fieles aquella mañana, y luego se marchó al pueblo.

-Creo que le habrá gustado vuestro aspecto - observó Withers.

-No será por no haberme mirado - repuso Shefford.

-Es natural... El caso no es para menos... Un joven guapo y apuesto solito en el pueblo con tan gran número de mujeres mormonas... Y ¡qué mujeres ! Cuando conozcáis mejor a los hombres mormones, sabréis lo que esto significa. El obispo Kane es un hombre muy singular, un fanático de la religión; pero, por lo demás, es buena persona. Explicó vuestra presencia aquí del mejor modo posible. Los mormones de Stonebridge protestaron contra mí, por no haberlos consultado antes de traeros acá. Si lo hubiese hecho, no habríais venido, naturalmente. Fué Joe Lake quien os defendió y arregló la cuestión. Joe Lake está muy bien visto entre los dignatarios, y salió fiador vuestro.

-Entonces, le debo estar reconocido -observó Shefford -. Confío en que mis deberes de gratitud no lleguen a ser superiores a mis fuerzas. ¿Habéis dejado a Joe en Stonebridge?

-Sí. Él mismo manifestó deseos de quedarse allí, y, además, yo tenía trabajo para él. Shefford, tenemos noticias de Shadd... Malas noticias. Ese mestizo está armando camorra en todas partes. En la frontera, él y su banda tirotearon a unos indios piutes. Hace pocas semanas tuvo que salir precipitadamente de Durango a causa de un asesinato. Una docena de boyeros le persiguieron, pero logró escapar. Es un zorro. Como sabéis, iba detrás de nosotros también, mas, según dice Nas Ta Bega, ha desistido de atacamos por ahora. En Stonebridge me enteré de que Shadd guarda buenas relaciones con los mormones. éstos saben tratar a todo el mundo. Shadd conoce la existencia de este pueblo; por eso dejó de perseguirnos. Sin embargo, es posible que aguarde en el desfiladero nuestro regreso. Por lo cual creo que es mejor que yo me vuelva solo a Kayenta, tomando otra ruta que conozco. Vos os quedaréis aquí hasta que venga Joe Lake y el indio crea que es seguro el regreso. Con ellos iréis al lugar donde viven los navajas; para recoger una caravana de mulas. Desde allí lo mejor seá bajar por el o del Oeste hasta Laguna Roja, y regresar Kayenta por mismo camino que vinisteis. Joe dirá lo que os conviene hacer. Y un consejo :

armaos de una buena pistola y acostumbraos a su manejo. Más tarde o más temprano tendréis que abriros paso a tiros en algunos sitios.

Shefford no mostró el acostumbrado entusiasmo y, al advertirlo, el traficante le miró detenidamente...

-¿Qué os pasa? - preguntó- Tenéis los ojos apagados ; parecéis triste.

-No descansé bien anoche -repuso Shefford -. Es toy algo deprimido; pero se me pasará en seguida.

-¿Habéis podido trabar amistad con las mujeres?

-¡Ya lo creo! Y lo he pasado muy bien. Es un lugar singularmente hermoso este valle.

-¿Os han gustado las mujeres de aquí?

-Sí.

-¿Habéis visto con frecuencia a la muchacha llamada Lirio?

-No. Una tarde le llevé el cubo de agua, y desde en tonces solamente la he visto una vez. La mayor parte del tiempo lo he pasado hablando con las otras.

-Más vale que no hayáis frecuentado a María. Joe está loco por ella. No conozco a ninguna mujer tan hermosa. Este lugar es peligroso para cualquier hombre, Shefford. Hasta para vos, que creéis haber terminado ya con las cosas del mundo. Cualquiera de esas mormonas puede enamorarse de vos. No es posible que quieran a sus maridos. La religión las encadena, pero no el amor. Añadid a eso que las que están aquí son segundas, terceras o cuartas esposas, lo cual significa que sus maridos son viejos, que las han escogido por su juventud y encantos físicos, por ser precisamente lo opuesto a sus primeras esposas, y las han encerrado en ese valle solitario... ¿Habéis pensado alguna vez en lo terrible que es eso?

-No, Withers, no he pensado en ello.

-Acaso es eso lo que os ha deprimido. Pero no vale la pena. Portaos todo lo mejor que podáis. Bien sabe Dios que sería una dicha para cada una de esas mujeres enamorarse de vos. Eso no las perjudicaría, mientras vos conservaseis la serenidad. ¿Me comprendéis? Tal vez os parezca rudo y grosero lo que os digo, pero lo cierto es que la naturaleza humana no entiende de distinciones en eso. En este xtraño y maravilloso lugar podríais incluso amar impunemente a una india, no hablemos ya de Lirio. Esto es todo. Me siento más tranquilo después de hablaras con franqueza. Espero no haberos ofendido...

-No, de ninguna manera. Muchas gracias, Withers repuso Shefford poniendo una mano sobre el hombro dei traficante-. Hacéis bien en aconsejarme prudencia. Es natural que yo os dé la impresión de un hombre algo loco, de un buscador de aventuras, de un perseguidor de qui-

meras. En mi estado de inquietud no puedo responder de mi corazón, pero sí de mi honor. Esas desgraciadas mujeres están tan seguras en mi compañía como en la vuestra y en la de Joe.

Withers se echo a reír.

-Escuchadme, hijo mío. Hay que mirar las cosas de frente y tal como son. Los hombres de vida solitaria y azarosa, de carácter enérgico, vamos acumulando hambre de mujer, hambre de mujeres extrañas, si queréis. La naturaleza se impone. Parece como si todas las mujeres jóvenes y bellas del Estado de Utah se hallasen en este valle. Cuando vengo aquí no pierdo la serenidad, pero tampoco soy feliz. Me gustaría hacer el amor a... a esa muchacha cuyo rostro parece una flor. No me avergüenza decirlo. Se lo he dicho a mi esposa y ella lo comprende. En cuanto a Joe, el caso es más duro para él, porque no tiene ni Mujer ni novia. Os digo que está loco por esa chica. Y vo, si me quedara un mes aquí, lo estaría también.

Lo que Withers acababa de decir con tanto calor era una brutal verdad que sorprendió a Shefford; pero una vez dicho, no parecía tan extraño. El traficante era un hombre que decía lo que sentía, y dio a comprender a Shefford de un modo claro toda la horrible significación de la tragedia de aquellas mujeres, especialmente de la muchacha solitaria, cuya vida era más triste y desdichada que la de las demás.

-Withers, os ruego que tengáis confianza en mí - dijo el joven con gravedad.

-Muy bien. Sacad el mejor partido posible de este mal asunto - repuso el traficante, y se dedicó a sus tareas .

Shefford y Withers acudieron al sermón, que se prounció en el edificio de la escuela. Excepto los niños, te dos los del pueblo se hallaban presentes. Las mujeres, menos las de edad, iban vestidas de blanco, y su aspecto era agradable. Su indumentaria demostró a Shefford que las mormonas no eran pobres, fuesen cuales fueren sus infortunios. Todas llevaban joyas, riquísimos encajes, hermosas flores de especies desconocidas para el joven. Shefford anhelaba ver a María, pero ésta sentóse lejos de él y no le saludo. Inmediatamente después del sermón, olvidando que había determinado ver el rostro de la joven a la luz del sol, Shefford se marcho al campamento, donde habló con Nas Ta Bega acerca del mormonismo. El indio le confirmó en su idea de que la religión mormona era un absurdo.

-No tienen realmente a Dios -dijo Nas Ta Bega -. Están ciegos, como los mokis. Sus dignatarios no piensan más que en acumular riquezas y aumentar el poder de la Iglesia. Eso no puede ser religión.

Ya muy avanzada la tarde, el obispo Kane paso por el campamento;

de regreso a Stonebridge, y se detuvo para hablar con Shefford. Mostrose bondadoso y paternal.

-Decidme, joven, ¿sois asequible a la fe? - preguntó gravemente.

-Creo que sí, reverendo señor - replico Shefford, satisfecho de poder contestar de acuerdo con la verdad.

-Entonces, entrad en nuestra Iglesia. Sois una oveja extraviada. Venid a verme cuando vayáis a Stonebridge.

Con una ramita de cedro fustigó al caballo y se marcho con Withers, perdiéndose a poco de vista entre el verdor del valle. Shefford los vio marchar con sentimientos encontrados : por una parte no se alegraba de que le dejasen solo en el pueblo, y por otra, tampoco le causaba sentimiento.

Más tarde llegaron al campamento tres jóvenes mormonas : Ruth, Juana y Esther, y entre risas y bromas le llevaron al pueblo para que asistiera a la oración y al canto de la tarde. Después se agruparon alrededor de él y le manifestaron su simpatía. Ya antes había sido muy popular en el pueblo, pero ahora era diferente. Cuando una hora más tarde regreso al campamento bajo el cielo estrellado, comprendió que la llegada del obispo había motivado un cambio muy sutil en las mujeres. Era al principio muy difícil de definir, pero considerándolo desde distintos puntos de vista llegaba siempre a la misma conclusión : el obispo no se había opuesto a su presencia en el pueblo. Y la consecuencia era un comportamiento más natural en las mujeres, cesando el estado de perpetua contención y reserva. Shefford podría convertirse al mormonismo. La idea le hizo reír. Mas reflexionando, no era para tomarlo a broma. ¡Qué situación tan singular! ¡Veinte mujeres jóvenes y atractivas, solas con un hombre l Shefford sintió instintivamente que su deber era huir de aquel valle oculto, pero no le sería posible hacerlo, aun cuando no se hallase sujeto al servicio del traficante. La situación era provocadoramente seductura. Parecía un cuento de las Mil y una Noches. ¿Qué harían aquellas extrañas mujeres encadenadas por el destino? ¿Se enamoraría alguna de él? ¿Qué sucedería después? Ya había visto particulares destellos en los ojos de algunas, y muchos labios le habían sonreído.

Mil pensamientos cruzaron su mente, y cuando logro por fin serenarse comprendió que se hallaba en una situación intrincada y fascinadora, llena de posibilidades, que le atemorizaba y atraía a la vez, y tenía la certeza de que, fuera cual fuese el resultado del cambio motivado por la visita del obispo, aquellas pobres mujeres eran ahora mucho más felices. Este hecho pesaba más en la mente de Shefford que el temor que para él pudiese encerrar la situación. Había dado su palabra a Withers,

mas de todos modos hubiese obrado de una manera recta y honrada.

Sin embargo, Shefford no ignoraba, y también el traficante lo dio a entender de un modo bastante rudo, que no había hombre alguno que pudiese resistir ciertas situaciones sin un áncora. Y nadie hubiera podido crear una situación más peligrosa y fatal. Fatal porque no era posible evitarla. El joven apretó los dientes al darse cuenta de esto y, de pronto, sin saber por qué, pensó en la muchacha a quien aquellas amargadas mujeres dieron el nombre de Lirio.

La más triste desilusión de su vida, el mayor de los desengaños, la más grande pena que experimentase irían siempre unidas al recuerdo de la joven. Su intención había sido contemplar solamente una vez su rostro a la luz del sol y, luego, no volver a verla más. Y ahora se le ocurría que si frecuentara el trato de Lirio, las demás mujeres le encontrarían indiferente con ellas. Acaso sería una locura, pero la muchacha sería más feliz así. Y Shefford tembló al decidir su suerte.

Después enterró el recuerdo de Fay Larkin. Al día siguiente Shefford se aprestó, con todo el ardor juvenil de que era capaz, a la tarea que se había impues to. Ayudo en lo que pudo a las mujeres e invento mil juegos para los niños. Hablaba y escuchaba sin mostrar fatiga ni frialdad. Al caer de la tarde iba a ver a Ruth, ha blaba un rato con ella y se iba a ver a Juana, y de casa de ésta, a la otra. Cuando el valle quedaba sumido en las ti nieblas, marchaba sin ser visto hacia la solitaria cabaña de María.

Ella siempre le esperaba en el pórtico, sombra blanca sobre el fondo negro de la pared. Al responder al saludo de él, su voz era dulce y parecía querer expresar algo que no podía decir. Shefford pensó que seguramente la joven se consideraba más feliz de lo que correspondía a su triste suerte. Y hablaba rápida y elocuentemente sobre cualquier tema que pudiera interesarle. Permanecía largo rato a su lado y siempre se marchaba sin ver aquel rostro más que vagamente en la sombra. Y la sensación del fuerte apretón de manos al despedirse le duraba mientras alejábase de la vivienda.

Los días transcurrían velozmente. Joe Lake no volvía. El indio entraba y salía frecuentemente del campamento, cuidando a los burros de carga y a los mustangs. Shefford se hizo cada vez más fuerte y más atractivo. Construyo jardines para las mujeres, hizo un dique para contener las aguas del arroyo y cavo un pequeño canal para irrigacion del campo.

Por las tardes todos descansaban. A ninguna mormona favorecía Shefford expresamente; dejaba al azar depararle la compañía de alguna de ellas. Celebraban pequeñas fiestas en las cabañas, y meriendas campestres

bajo los cedros. Recorría el valle a caballo, acompañado de Ruth, que sabía montar cual ninguna mujer del pueblo. Paseaba a solas con Juana, y a solas escalaba las pinas. cuestas con Esther. Casi siempre trataba de incluir varias mujeres en las cortas excursiones que había, aunque no era raro que le acompañase una sola.

Y cada vez comprendía mejor a aquellas pobres mujeres y las estimaba más, compadeciéndolas y procurando mejorar su suerte en cuanto de él dependía. Le dolía y le avergonzaba observar que, en su compañía, las pobres víctimas de una religión absurda tuviesen que hacer esfuerzos para olvidar.

Todas las noches acudía a la cabaña de la otra joven. Nunca entraba; siempre permanecía sentado bajo el portico. Estaba seguro de que las vecinas ignoraban sus visitas, aunque nada le habría importado que las descubriesen. Le gustaba hablar con María; a su lado hablaba como nunca supo hablar a nadie. La presencia de Lirio estimulaba su imaginación y sus pensamientos. La joven ocupaba su mente por completo.

María hablaba pocas veces; casi siempre se limitaba a escucharle. Y lo más maravilloso para Shefford era que reía de vez en cuando, como si ningún mal la oprimiese. Cuando se le ocurría que la muchacha pudiera enamorarse de él, desechaba en seguida tal pensamiento. Solo deseaba vivir en el presente y dar a la joven toda la felicidad que fuese posible.

Ella nunca le rogaba que se quedase más tiempo, aunque su actitud implicaba tal deseo. Esto le hacía más difícil elegir el momento oportuno para marcharse, si bien procuraba siempre no alargar demasiado su permanencia al lado de la joven.

Una noche, al despedirse, dijo

-He estado buscando un lirio del valle.

-¿No habéis visto nunca esa flor? - pregunto María.

-No.

Su intención era decir algo con doble sentido, refiriéndose al rostro de ella y al nombre de la flor, pero la ingenuidad de la muchacha le obligo a callar. Era completamente distinta a las demás mujeres.

-Yo os enseñaré donde crecen los lirios - dijo la muchacha.

-¿Cuándo?

-Mañana. Iré temprano por la tarde a la fuente y entonces os llevaré.

A la mañana siguiente regresó Joe Lake, y las noticias que trajo turbaron a Shefford. En Stonebridge se había sabido que Shadd había visitado varias aldeas indias, y Joe no quería perder más tiempo en aquel campamento; insistia en emprender inmediatamente la marcha.

Shefford se dio entonces cuenta de que no deseaba irse, y el hecho le

dio qué pensar. Aquella mañana no entro en el pueblo; quedo solo en el campamento, muy deprimido. Mas su depresión paso como por encanto cuando, a primeras horas de la tarde, vio bajar por el sendero de la fuente una figurita esbelta v graciosa vestida de blanco. El recuerdo de la proyectada excursión con María borro todo lo demás.

La joven llevaba la capucha negra que tan bien le ocultaba el rostro. Por el tocado asemejábase a las mormonas, pero su gentil figura y -las trenzas de su dorada cabellera desmentían aquella impresión.

-Buenas tardes-dijo la muchacha dejando el cubo en el suelo -. ¿Deseáis aún ir a ver... los lirios?

-Sí - repuso Shefford con breve risa.

-¿Sabéis trepar?

-Iré donde vos vayáis.

Ella echo a andar bajo los cedros y Shefford se puso a su lado. Dióse cuenta de que Nas Ta Bega los vio partir juntos. Aquel día Shefford no tenía deseos de hablar, y como la joven callaba por costumbre, recorrieron la primera parte del camino en silencio. Al fin llegaron a un lugar donde la pared del cañón elevábase en suave y bajas ondulaciones, no muy pinas, pero en tan acentuado ángulo que Shefford, de propio intento, no hubiese pensado en trepar por allí.

Ligera, rápida, con la seguridad de una oveja montés, subió María la primera parte. Shefford la vio ascender lleno de admiración v de asombro. Trato de imitarla, pero resbalo y se hizo daño. La segunda prueba tuvo igual resultado. Entonces se alejo para tomar carrera, mas de nuevo se cayo.

Quiso dar poca importancia al incidente, pero María se mostró solícita. Cuando Shefford le aseguro que no estaba herido, la muchacha le recordó que había dicho que iría donde fuera ella.

-Pero... vo no soy un pájaro - protesto él.

-Quitaos' las botas y podréis subir mejor. Una vez arriba, el camino será más fácil.

En efecto, descalzo, a causa de la mayor adherencia de los calcetines, no tuvo dificultad en trepar la primera parte de la cuesta. Desde allí la joven le condujo pendiente arriba por entre rocas de extrañas formas ; la ascensión era mayor de lo que había supuesto, y lo resbaladizo de las bermejas rocas obligábale a prestar únicamente atención al sitio donde ponía el pie. Jadeante y cansado, llego por fin a la curvada cima.

Desde allí contempló el valle en el que se escondía el pueblo. A no ser por las tenues columnas de humo que subían por encima de los pinos, el lugar hubiese parecido deshabitado. La pared de enfrente era casi de la

misma altura que la en que se hallaban. Más lejos elevábanse otras paredes, riscos y farallones que ascendían hacia los altos picos, entre los que se veía la montaña. Por el lado que acababan de escalar, la vista quedaba obstruida por riscos bajos y suaves lomas de roca, entre las cuales veíanse bosquecillos de pinos y cedros. La compañera de Shefford se encaminó hacia uno de ellos y, tras breves pasos, perdió de vista el valle y el pueblo mormón en que ella vivía. Shefford advirtió de pronto cierta diferencia, y dióse cuenta de que María se había quitado la negra capucha. Su pequeña y bien formada cabeza brillaba con áureos reflejos al sol.

El joven la alcanzó con rápido paso y caminó a su lado, pero no tuvo valor para mirarla deliberadamente a la cara. Penetraron en un pequeño prado donde crecían densos los pinos y los cedros. El aire era cálido y fragante, y entre la hierba veíanse flores.

-Ésta se llama «pincel de los indios» - dijo María señalando unas florecillas rojas, y después fue nombrando una por una todas las flores que crecían en aquel paraíso.

Continuaron andando por el prado, que se abrió de pronto entre dos redondos farallones, contemplando Shefford un panorama de tal magnitud y grandeza como jamás había imaginado ni en sueños.

Lo que parecía ser una verde falda de montaña, bajaba en un declive sin fin hacia la llanura, y ésta extendíase en ondulaciones hacia una ilimitada región de rocas de extrañas formas. No era posible abarcar la grandeza del escenario con una sola mirada. La ladera era interminable ; la llanura no era tan lisa como parecía a primera vista aquí y allá alzábanse de entre el verdor rojas rocas, aisladas y extrañas, como solitarios castillos. Más allá del verdor de la llanura toda la tierra aparecía desnuda, y la roca viva y lisa reflejaba mil destellos. Era un formidable muro roqueño lo que se alzaba allí, en lontananza, cortado por miles de cañones, murallas, cúpulas, picachos, formando todo ello un conjunto de indecible hermosura. Abajo, el color de la roca era rojo y azul oscuro, v en las grietas, de un tono purpúreo; más arriba dominaba el color amarillento, y a lo lejos todo adquiría la policromía del arco iris. ¡Una región de curvas y de colores!

Shefford lanzó un grito de asombro.

-Ése es el estado de Utah -dijo la joven-. Vengo aquí con frecuencia a contemplarlo. ¿Veis aquella línea azul que serpentea allí a la derecha?... Es el Cañón del río San Juan. Y aquella otra línea más oscura es el Cañón Escalante. Todos van bajando hacia aquel enorme abismo rojo... aquel de la izquierda... Ése es el Gran Cañón, el del río Colorado. Dicen que ni los indios han bajado hasta Shefford no tuvo palabras con que expresar su

sorpresa ante tanta maravilla. El momento era solemne. ¡Y que lugares como aquéllos permaneciesen desconocidos de los hombres!... ¡Cuánta grandiosidad! ¡Qué confortación, qué gloria se experimentaba con sólo estar allí sentado una hora, contemplando lentamente aquel prodigio! Una indecible sensación de paz le invadió, resolviendo visitar aquel promontorio con frecuencia, solo y con espíritu de humildad, para descifrar por qué aquel panorama imponía la muda admiración, por qué la paz invadía allí el alma.

Profundamente emocionado, se volvió hacia su compañera, que le miraba con fijeza. Era la primera vez que podía contemplar el rostro de la muchacha descubierto, a plena luz, y felicitóse de que el azar le reservara tal privilegio para un momento tan solemne. Las facciones de María eran las de una niña, adorables y puras como las de una virgen, singular y trágicamente tristes. Sus ojos eran grandes, de un gris oscuro como el de la artemisa, y tan transparentes como el aire que acorta las distancias; pero parecían llenos de vagas sombras, como la superficie rizada de una laguna a la luz estelar. Su boca tenía las dulces curvas y el color bermejo de la juventud, mas estaba contraída por un vago rictus de amargura y de pena.

-¿Dónde están los lirios del valle? - preguntó Shefford de pronto.

-Más abajo. Aquí no crecen a causa del frío. Venid - respondió ella.

Shefford la siguió por la serpenteante senda, que en rápido declive los llevó al fondo de un cañón lleno de verdor, por el centro del cual se deslizaba un torrente y donde el aire era cálido y estaba cargado del fragante aroma de las flores. Era el cañón del eterno verano y todo florecía en él.

La muchacha se inclino y cogió algo de entre la hierba.

-¡Mirad, un lirio blanco ! -dijo-. Los hay también amarillos y rosa, pero ésos crecen más abajo aún.

Shefford tomó la flor y la contemplo con gran interés, porque nunca había visto una cosa tan delicada. La formaban tres grandes pétalos curvados a modo de copa, de una blancura más pura que la nieve; el centro era color de oro, y su aroma tan leve, que apenas se percibía y, sin embargo, tenía una inolvidable dulzura. Mientras estaba contemplando la flor, oscurecióse la blancura de sus pétalos y el oro se tomó pálido. El lirio se marchitó en un instante entre sus curtidas manos.

-No me gusta arrancar los lirios -explicó María-. ¡Mueren tan pronto!

El joven vio las blancas flores por todas partes, a lo largo del torrente y en los sitios soleados, meciéndose con sublime gracia al suave impulso del aire. Parecían estrellas de tres puntas destacándose sobre la verde alfombra de hierba. Shefford inclinóse sobre una de tallo alto v fino y,

después de examinarla brevemente, se incorporó para contemplar el rostro de María. Su actitud decía bien claro que comparaba. Advirtiéndolo, la muchacha se echó a reír y dijo que las mujeres hacían mal en llamarla Lirio. Dijo esto sin coquetería, con naturalidad, como hubiera podido hablar de las piedras que estaban a sus pies; no sabía que era hermosa. Shefford imaginó que existía cierta semejanza entre ella y el lirio; la misma blancura, el mismo tono de oro pálido y, más sorprendente que esto, la extraña calidad de su belleza, de su vida, como el espíritu que se evadió rápidamente de la flor al marchitarse. ¿De dónde procedía aquella joven? ¿Dónde había nacido? ¿Cuál había sido su vida? Era tan diferente de todas las mujeres que conocía, como aquel lirio silvestre lo era de las flores de los jardines.

Cuando subieron de nuevo la cuesta, la joven le tomó la delantera. Ascendía ligera e incansablemente. Al llegar Shefford, jadeante, a la cima, la halló muy animada, con las mejillas teñidas de rojo.

-Volvamos a nuestro valle por el camino de las rocas - dijo -. ¡Hace tanto tiempo que no he podido trepar por los montes !

-Iré donde vos vayáis - repuso Shefford,.

Y, rápida como una gacela, echó María a correr. El joven la siguió, maravillándose del espíritu que la animaba en aquellos instantes, tan diferente de la actitud quieta y reposada que adoptaba en el pueblo. Era tan extraño, tan maravilloso, hallarse en su compañía que, cuando la volvió a alcanzar, no se atrevió a hablar por miedo de romper el encanto. Al llegar a una altura mayor, el viento soltó la dorada cabellera de la muchacha, que cayó como cascada de oro sobre sus hombros. Shefford se dio cuenta de que María había cambiado de dirección, encaminándose hacia un risco cercano. Llegaron a una parte más difícil de ascender, y allí la muchacha se tornó montaraz, corriendo, saltando y trepando con asombrosa agilidad, y habría dejado a Shefford muy atrás si éste no la hubiese llamado.

En su rostro no quedaba vestigio de su anterior palidez ; estaba completamente sonrosada.

-¿Dónde habéis aprendido a correr así por las rocas? - preguntó Shefford, jadeante.

-No he hecho otra cosa en mi vida - contestó María -. ¡ No podéis figuraros cuánta alegría siento de hallarme otra vez aquí arriba, donde el viento me azota el rostro y donde me siento... tan bien!

Shefford no se separó ya de su lado, sin reparar en el esfuerzo. No quería perder un solo momento su compañía. Imaginóse a la muchacha como una joven india o una salvaje que amase los lugares altos y

silenciosos. Al saltar emitía un extraño sonido gutural de triunfo, por lo que dedujo que María sentíase libre de su prisión, que olvidaba el pasado inmediato y que sólo vivía en el recuerdo de horas felices de su juventud. Sin embargo, no le olvidaba a él. En los sitios peligrosos, le esperaba y le brindaba la mano, y muchas veces el apretón duraba largo tiempo. Incansable y ágil, con la seguridad de una cabra montés, corría, saltaba y trepaba, no sabiendo Shefford qué pensar de tanta maravilla. Aquella aventura antojábasele la realización de un sueño. Tal vez ella le llevaría hacia el tesoro que se hallaba al pie del arco iris. Pero no, este ideal hallá base irrevocablemente ligado al triste recuerdo de una muchacha que ya no existía. Cuando el joven tendía la mano para estrechar la de ella y sentía su fuerte apretón, su juventud y vitalidad, experimentaba el temor del hombre que corre hacia el precipicio y no puede detenerse.

Así continuaron y, al fin, enlazadas las manos aun en los sitios donde no había peligro alguno, sin que la joven pareciese advertirlo, llegaron a la última eminencia del terreno, una desnuda cima; allí María soltóse, y subió corriendo. Cuando Shefford la alcanzó, la muchacha se hallaba en la cumbre, con los brazos abiertos, el pecho agitado, el esbelto cuerpo erguido como una palmera, la cabellera flotando a merced del viento, centelleante a la luz del sol. Parecía querer abrazar el lejano Oeste, como si anhelase alcanzar algo en aquella dirección, ofreciéndose ,al viento y a la distancia. Su rostro estaba congestionado por la rápida ascensión, y sus ojos tenían la penetrante luz del águila. Instintivamente comprendió Shefford el significado de tan extraña actitud. No era ahora la mujer ,que él hallara junto a la fuente del valle secreto, con la capucha mormona; aquélla había desaparecido; la que estaba ahora allí era una criatura totalmente distinta.

Shefford adivinó que la muchacha pertenecía a las alturas, que formaba parte de su fragosidad. Debió de nacer y criarse en la soledad de las montañas, donde el viento soplaba fuertemente, donde reinaba el silencio. El sol poniente proyectaba sus últimos rayos en el borde del muro distante, y como si se alejara con pesar, intensificó la viveza de su fuego. Un halo de oro nimbó a la muchacha.

El joven la amó desde aquel instante. Comprendiéndolo así, pensó que tal vez su amor había nacido cuando la vio por primera vez. Tembló un poco, como si le atemorizase el destino, pero sin lamentar su amor. Todo lo que estaba relacionado con su aventura por aquella abrupta y desierta región había sido extraño, y su pasión lo más extraño de todo.

El sol desapareció con rapidez y, con el cambio del ambiente, cambió también la muchacha. Pareció recordar otra vez y, como si de pronto se

encontrase cansada, sentóse sobre la roca. Shefford hizo lo mismo a su lado.

-El sol se ha puesto, tenemos que irnos -dijo María, pero no hizo el menor movimiento.

Seguía contemplando el horizonte; de sus ojos había desaparecido el brillo, la palidez invadió de nuevo sus mejillas, y con ella volvió también su expresión de tristeza. Shefford tuvo que morderse los labios para no decir lo que sentía, para no dirigirle el cúmulo de preguntas que hervían en su mente. El privilegio de haberla visto aquel día tan cambiada, de haber estado a su lado cuando olvidaba sus penas, debía bastarle. Aquéllo había sido maravilloso, había sido la revelación de su amor por ella y no debía mezclar con aquel recuerdo feliz el de la tragedia que adivinaba en la vida de la joven, fuera cual fuese. Shefford trató de pensar sólo en ella y la observó atentamente.

María seguía mirando hacia el oeste, como si de allí surgiera el torturante recuerdo de su pasado, de días felices que no podían volver.
Al fin, con visible esfuerzo, se levantó.

-Es preciso que nos vayamos-dijo.

Shefford se levantó también para acompañarla. Ella le :viraba, y sus ojos parecían revelar lo que sus labios callaban: que la había ayudado a olvidar el presente, a revivir su niñez, y que el presente de una tarde venturosa iría siempre unido al recuerdo del joven.

-María, éste ha sido el día más feliz y más revelador de mi vida -dijo Shefford con sencillez.

Rápidamente, como sorprendida, la joven se volvió y echó a andar cuesta abajo. Al llegar a la cima del muro que dominaba el valle y el pueblo mormón, tomó a ponerse le capucha.

Las sombras eran tan densas en el valle, que Shefford tardó en hallar el cubo de María. Lo llenó en la fuente y ofrecióse a llevarlo, mas ella declinó la ayuda.

-¿Vendréis más tarde? -preguntó la joven.

-Sí -asintió él rápidamente, y, emocionado, vio desaparecer la blanca y esbelta figura en la sombra.

Shefford halló a Nas Ta Bega y a Joe atareados junto a la fogata del campamento, y se reunió con ellos, pero sin hablar. Joe le miraba con curiosidad, y más tarde, después de cenar, cuando Shefford se paseaba intranquilo, el joven mormón dijo gruñonamente:

-Haréis bien en no alejaros esta noche del campamento.

Shefford lo entendió claramente, pero no le hizo caso.

Sin embargo, el propósito de la observación, que igual podía ser

advertencia desinteresada que expresión de celos, le preocupó por lo que pudiera significar.

Se alejó del campamento y, poco a poco, fue acercándose hacia el hogar de la mujer cuya belleza le había fascinado. Sentía que se acercaba a su destino...

El pórtico estaba desierto. En vano trató de percibir la blanca figura de la muchacha sobre el fondo oscuro. En el profundo silencio de la noche sólo se oía el anhelante respirar de Shefford.

De pronto percibió ruido de cascos de caballos y, rápidamente, se ocultó tras el tronco de un cedro, para vigilar la senda. Al cabo de breve rato vio pasar un grupo de jinetes. Contó hasta diez. Y con la rapidez del relámpago se hizo la luz en su cerebro : los mormones acababan de llegar para visitar, en el misterio de la noche, a sus mujeres selladas.

Shefford se dirigió descorazonado valle abajo y se perdió entre las solitarias sombras del cañón.

VIII

La casa de Nas Ta Bega hallábase en el último termino de la inmensa ladera cubierta de cedros; detrás de ella se alzaban los amarillentos riscos, la altiplanicie surcada por los profundos y oscuros cañones, y tras estos, la cima del Monte Navajo, bordeada de pinos. Al pie de la ladera extendíase la llanura ondulada, en la que los bosques de cedros alternaban con praderas de artemisa y grandes terrenos de aluvión.

En una de las praderas observó Shefford una larga faja en que los arbustos y la hierba yacían mustios en el suelo. El navajo le informó de que en aquel lugar los jóvenes de su tribu solían celebrar sus carreras de mustangs y luchar por la supremacía en fuerza y destreza ante los ojos de las muchachas y de los ancianos de la tribu.

-Nas Ta Bega, ¿habéis tomado parte alguna vez en esas lides?- preguntó Shefford.

-Soy el jefe por nacimiento, pero de niño me robaron de mi casa y ahora no puedo cabalgar para igualarme con los bravos de mi pueblo - repuso el indio con tono amargo.

En otro lugar fue Joe Lake quien detuvo su caballo para llamar la atención de su amigo sobre una gran roca amarillenta. Luego habló en navajo al indio.

-Ya había oído hablar de esa piedra. Le llamaban Isende Aha - dijo Joe, después de escuchar la contestación del indio-. Vamos a verla de cerca.

Shefford y Joe se apearon; el indio no se movió de la silla de su caballo.

El joven mormón puso la mano sobre la ovalada piedra y trató de moverla. Shefford calculó que debía de tener tres pies de altura y dos de ancho. Joe se quitó el sombrero, hizo una profunda aspiración e inclinándose abrazóse al peñasco para tratar de levantarlo. Joe era un hombre corpulento y fuerte, pero Shefford veía el enorme esfuerzo que estaba realizando, pues las venas del cuello se le hinchaban, congestionábasele la cara y crujíanle los huesos. Tras un violento esfuerzo logró mover la roca y correrla algunos centímetros. Al soltarla, agotado, se dejó caer al suelo, y cuando se incorporó le caía copioso sudor de la frente.

-Ahora os toca a vos -dijo a Shefford, sonriendo-. Veamos si podéis levantarla.

Shefford era vigoroso, y hubo un tiempo en que se enorgullecía de ello. El supremo esfuerzo del mormón y el rostro velado del indio espoleó su amor propio. Inclinóse sobre la roca y la abrazó como había hecho Joe. Empleó toda la fuerza de que era capaz, hasta que se le nubló la vista y la cabeza parecía estallarle; pero no logró siquiera moverla.

-Amigo Shefford, acaso más adelante lograreis levantarla-exclamó Joe Lake, y luego, señalándola, se dirigió al indio hablándole en su idioma.

El navajo movió la cabeza y le contestó.

-Como os he dicho, esta es la piedra de Isende Aha de los navajos -explicó el mormón a Shefford -. Los jóvenes de la tribu prueban siempre sus fuerzas en ella.

Tan pronto como logran levantarla del suelo y transportarla, son considerados como hombres. Y el que más lejos la lleva es el hombre más fuerte. Cuando el indio ya no puede alzarla del suelo, se considera viejo. Nas Ta Bega dice que durante su vida esta roca ha sido transportada a una distancia de dos millas. Su propio padre la trasladó tres metros.

- ¡Muy bien! -exclamó Shefford riendo-. De lo cual se deduce que yo aún no soy hombre... o que ya soy viejo.

Joe Lake rió también la broma y monto a caballo,_ Shefford se acercó al indio.

-Bi Nai - le dijo Nas Ta Bega -, yo soy jefe en nuestras tribu, pero, en ese sentido, nunca he sido homJamás logre alzar esta piedra. ¡Ya veis lo que la educación de los rostros pálidos ha hecho del indio !

La amargura del navajo dio que pensar al joven. ¿Podía inferírsele a un hombre mayor daño que este... robarle el vigor y la fuerza de su raza?

Joe Lake llevo la reata de burros hacia los cedros, por entre los cuales veíanse columnas de humo que se elevaban de las cabañas indias. Y poco despues Shefford se hallo en medio de una animada escena. Grandes,

fieros y peludos perros precipitábanse como lobos sobre los visitantes. Por todas partes veíanse cameros, ovejas y corderitos tan pequeños que apenas podían andar, rodeados de otros, saltarines y juguetones. Los había de una blancura absoluta, y otros que parecían pintados; algunos eran blancos excepto el morro y las orejas, que eran negros. los cedros que circundaban las cabañas había varios musstangs que llamaron la atención de Shefford. Vio uno, gris con crines blancas y cola tan larga que le arrastraba por el suelo, y una jaca negra más indómita que ninguna de las que había visto en su vida. Advirtió asimismo la presencia de un caballo con manchas que parecía tambien pintado, como los corderos. El que más le choco fue un mustang de pelambre amarilla, graciosas y finas líneas, hermosas crines y cola, y, cosa rara, de ojos azul claro. Este mustang albino se fue en derechura a Shefford, acción que contrastaba singularmente con la de los demás caballos, mostrándose manso y amistoso con el y con Nackyal: tan simpático le resulto al joven, que avergonzose del mal genio con que Nackyal correspondió a los avances de aquel singular caballo.

Los primeros indios que hicieron su aparición fueron una caterva de chiquillos, medio desnudos, con enmarañadas cabelleras, negras como el azabache y el cutis de bronce. Después salió de la cabaña principal un hombre pequeño, muy viejo, y encorvado por el peso de los años. Llevaba una manta sobre los hombros. Sus nobles y arrugadas facciones contrajéronse en suave sonrisa. Seguíale su squaw, de aspecto tan venerable como él. Shefford vio tambien fugazmente a la tímida Glen Naspa, pera esta no salió.

Nas Ta Bega soltó los caballos, llevándoselos hacia el sitio donde Shefford había visto los mustangs y, a poco, estos empezaron a relinchar y a cocear, levantando una nube de polvo que los oculto, emprendiendo una loca carrera por entre los cedros.

Joe Lake contemplo los enormes montones de pieles y sacos de lana que había entre las cabañas.

-Creo que se nos prepara buen trabajo para llevar todo esto a Kayenta -dijo gruñendo -. No es que pese mucho, pero hace demasiado bulto para ser manejable.

Más tarde resultó que aquel montón que había asustado a Joe Lake no era sino la mitad de la carga que era preciso conducir a Kayenta. La otra mitad estaba en el campamento de los piutes, a algunas millas de distancia. Hostin Doetin dijo que podría mandar aviso al campamento de los piutes para que estos trajesen su parte. Joe acepto, agradecido, esta indicación porque deseaba que los burros de Withers se mantuviesen frescos y descansados. Enviose, pues, un mensajero a los piutes, y

Shefford, sin ocupación y para olvidar un amor imposible, decidió estudiar a los navajos y conocer sus costumbres.

Cuando empezaba a alborear el día, cuando el silencio de la noche del desierto aún imperaba sobre la tierra, el indio despertábase debajo de su manta y entonaba un himno a la luz mañanera. Principiaba su canto muy suave y quedamente; era un extraño murmullo, como la melodía de un arroyo y, al subir, el tono triste y doliente trocábase en alegre y esperanzado. El alma del indio surgía de la noche, de las negruras, del sueño que semejaba la muerte, a la luz del día, que era la vida.

Luego aparecía en la puerta de su cabaña, envuelta en su manta mirando al este.

La noche desaparecía lentamente de las anfractuosidades y barrancos; las ondulantes lomas pobladas de cedros y las llanuras de artemisa estaban envueltas en sutiles velos de neblina que se elevaba como el humo y disipábase misteriosamente; las incoloras rocas se transformaban. Una ancha faja de luz, rosada en el centro, distinguíase a lo lejos en el horizonte, aumentando por momentos. Una a una palidecían las estrellas en el azul del cielo, y la bóveda del firmamento tornábase de un color más intenso. La noche habíase desvanecido como por encanto y la alegre melodía de los sinsontes quebraba el silencio. El color rosáceo del este acentuábase; una nubecilla se cubrió de oro; las lejanas montañas destacaban su oscura silueta contra el rojo horizonte, y por entre una mella, en lontananza, surgía el disco de fuego. Sobre las suaves lomas y valles operóse una maravillosa transformación. Era como si cada brizna de hierba, cada hoja de artemisa, cada rama de cedro, las flores, los árboles, las rocas, todo, renaciese a la vida al aparecer el astro rey. El rojo disco ascendía lentamente, inundando con su dorado fuego la faz de aquel solitario mundo.

Y el navajo, de porte gentil, de rostro inescrutable, miraba al sol... su dios. Aquél era el Gran Espíritu. El desierto era su madre, pero el sol era su vida. El navajo elevaba entonces sus preces al mantenedor de los vientos y de las lluvias, al señor de la luz, al hacedor del fuego, al dador de la vida

De todas las cosas buenas de la tierra, dejadme siempre
[tener abundancia.
De todas las cosas buenas de la tierra, dejadme siempre
[tener abundancia.
Haced que pacíficos vayan mis caballos y pacíficos vayan

[mis carneros.
Dios de los Cielos, dadme muchos carneros y caballos. Dios de los Cielos,
ayudadme a hablar rectamente.
Dios de la Tierra, madre mía, ayudadme a andar recta
[mente.
hora todo está bien, ahora todo está bien, ahora todo
[está bien.

Suyas eran la fe y la esperanza.

Un jefe nacería para salvar la desvaneciente tribu de los navajas. Una esposa surgiría del viento..., del beso de los lirios a la luz de la luna.

Bebió en la clara y fría fuente que fluía a borbotones bajo las musgosas rocas. Entró en el bosque de cedros y las huellas del camino habláronle de los visitantes nocturnos. Sus mustangs le saludaban con relinchos desde las cimas, erguido el testuz ; luego, en tropel, con las crines al aire, bajaron hacia la pradera.

Los perros pastores, guardianes del ganado, dábanle la bienvenida con alegres ladridos, los carneros balaban y los corderitos brincaban en su derredor.

En la cabaña, junto al rojo y cálido fuego del lar, sus mujeres cocían el pan y asaban la carne. Él satisfizo su hambre. Luego llevó carne escogida a la cabaña de un pariente enfermo y tomó parte en los cantos, en las alabanzas y en las oraciones que ahuyentaban los espíritus malignos de la enfermedad.

Abajo, en el valle, en un lugar arenoso y soleado, estaban sus trigales ; allí hizo penetrar el agua de riego, trabajó un rato y se marchó contento.

Amaba a su pueblo, a sus mujeres y a sus hijos. A estos les dijo: «Sed atrevidos y bravos. Creced como el pino, trabajad, cabalgad y jugad para que seáis fuertes. Hablad rectamente. Amaos fraternalmente. Dadle la mitad a vuestro amigo. Honrad a vuestra madre para que podáis honrar a vuestras esposas. Rogad y escuchad a vuestros dioses.

Después, con su rifle y sus mustangs, subió la ladera del monte. Amaba la soledad, pero nunca se hallaba solo, porque había voces en el viento y pisadas en las veredas. El altísimo pino, las rocas llenas de liquen, las campanillas azules y diminutas, el risco desnudo, todos murmuraban sus secretos. Hablábanle sus espíritus. En la mañana, el Viejo Rostro de Piedra, el monte, era un rojo dios que le llamaba a la caza. Era un hermano del águila familiarizado con las alturas, donde soplaban fuertes los vientos y a cuyos pies se revelaba la tierra.

Durante la calurosa tarde, con el sol en la espalda y los azules

cañones a sus pies, conocía el dulce goce de no hacer nada. No tenía necesidad de descansar, porque nunca sentíase cansado. Aspiraba el suave aroma de la artemisa de las praderas ; le rodeaba el silencio, tan lleno de murmullos, y la. soledad de la selva era suya. Sus ojos de halcón columbraban los mustangs y los cameros, la nube de polvo en el profundo valle, el indio que cabalgaba por la lejana loma, los muros grises y las grietas azules. Aquí estaban sus]ares, libres aún, por nada corrompidos. Y veía con los ojos de sus antepasados. Sentíalos en torno suyo.' Vivían en los elementos y llegaban sus voces en alas del viento. Eran sus guardianes en los caminos.

A la hora de la puesta del sol volvíase hacia el oeste, cantando así su oración

Gran Espíritu, Dios de mis padres.
Guarda mis caballos en la noche.
Guarda mis carneros en la noche.
Guarda mi familia en la noche.
Déjame despertar al nuevo día.
Haz que sea digno de la luz.
Ahora todo está bien, ahora todo está bien.
Ahora todo está bien.

Observaba la desaparición del sol, como bajaba el oro de los picos y oscurecíase el rojo del oeste, como las sombras grises surgían de los cañones para confundirse con el crepúsculo, y la lenta, queda y misteriosa llegada de la noche con el regalo de sus estrellas.

Reino la noche. Lucían los blancos luminares celestes. El viento gemía en los cedros. Los perros pastores lardraban a los tristes. coyotes. Y el indio acostóse en sus mantas, con la bronceada faz serena y tranquila a la luz estelar. Todo estaba bien en su mundo solitario. Acechaban los fantasmas, la enfermedad rondaba cerca, las heridas, los dolores y la muerte hallábanse allí, la sombra de tina extraña y blanca mano había oscurecido el rostro de la luna... Pero ahora todo estaba bien... El navajo había rogado al dios de sus antepasados. ¡Ahora todo estaba bien

""Y esto es-pensó Shefford, rebelándose-lo que el hombre blanco ha destruido en las tribus indias y lo que trata ahora de aniquilar en aquel último resto de los navajos. El trampero, el aventurero, el buscador de oro, el traficante y el misionero... blancos de toda laya habían venido; algunos

buenos, sin duda; pero malos, muy malos, los más; y el joven y bravo indio conocía una sed que jamás lograría calmar en la clara y fría fuente, bajo las rocas musgosas; y las jóvenes indias sentían; el fuego de la fiebre en sus venas y perdían las dulces y extrañas costumbres de su tribu..

Joe Lake acercóse a Shefford y le dijo:

-Withers me ha contado que tuvisteis un incidente con un misionero en Laguna Roja.

-En efecto, lamento tener que confesarlo -repuso el joven.

-¿A causa de Glen Naspa?

-Sí, se trataba de la hermana de Nas Ta Bega.

-Así me lo dijo Withers. ¿Quien fue el hombre?

-Presbrey, el traficante, me dijo que se llamaba Willets.

-¿Como es?

Shefford le dio las señas del individuo.

-No se si será el mismo-dijo Joe -, pero apostaría cualquier cosa a que es el que ha estado aquí. El viejo Hostin Doetin acaba de explicármelo. Es la primera visita que ha tenido de un sacerdote con falda larga, como el dice. Pues bien, Willets ha estado aquí dos veces para llevarse a Glen Naspa, y el anciano está furioso. No quiere que la muchacha se vaya. En cuanto a ella, creo que de buena gana se iría.

-¿Donde está Nas Ta Bega? - pregunto .Shefford.

-Se marcho ayer no se adonde. Acaso al campamento de los pintes. Los indios de allí trabajan con lentitud; tal vez tarden una semana en traer la mercancía. Si Nas, Ta Bega no viene hoy ni manda ningún mensajero, yo mismo ire allí a verle.

-Joe, ¿que pensáis vos de ese misionero? -pregunto Shefford.

-Creo que no puedo pensar gran cosa hasta que le vea. Oí hablar de Willets antes de que Whiters me contara lo vuestro. Es amigo de los mormones; tengo entendido que trabaja para ellos; pero esto os lo digo en secreto, ¿sabeis? Creo que es natural que vaya tras Glen Naspa. Todos los misioneros van tras la gente joven. ¿De que les servirá convertir también a los indios ancianos?

-Entonces, ¿aprobáis la conducta del misionero?

-Shefford, si comprendieseis a los mormones no lo preguntaríais. ¿Habéis oído hablar de Jacobo Hamblin? ¿No ... ? Pues bien. Hamblin fue misionero mormón entre los navajos. Éstos eran tan fieros como los apaches hasta que apareció Hamblin. Él los convirtió en amigos de los blancos.

-Eso no prueba que los convirtiese -replico Shefford.

-No, es verdad. Además, Hamblin dejaba a un lado la religión. Hacía regalos a los indios, traficaba con ellos y, luego les enseñaba mil conocimientos útiles. Aunque sea mormón no dejo de comprender las cosas. Se que un hombre bueno y fuerte, hábil y con algunos conocimientos de medicina, puede mejorar la suerte de los indios, mas en el momento en que les hable de religión, pierde toda influencia sobre ellos. Y es natural, porque tienen pus ídolos y sus dioses.

-Que los blancos harían bien en respetarlos - replicó Shefford.

-Eso es cuestión de apreciaciones. Sin embargo, no arguyamos... Willets va tras Glen Naspa y, por lo que yo sé de las indias jóvenes, conseguirá persuadirla de que aya a su escuela.

-¡Persuadirla! - exclamó Shefford con sarcasmo, y relato al joven mormón lo sucedido en Laguna Roja.

-Creo que el fin justifica los medios -repuso Joe, ¡m-, perturbable -. Que le haga el amor, que la arrastre o que le pegue, la cuestión es que la convierta al cristianismo.

Shefford sintió que una oleada de sangre le invadía el rostro y le costo gran trabajo dominarse. No era posible razonar con el mormón, dado su punto de vista unilateral.

-Eso es también cuestión de apreciaciones -dijo-. Pero... si el viejo Hostin Doetin se opone a que la muchacha se vaya, y si Nas Ta Bega opina lo mismo, ¿no queda resuelto el asunto?

-Creo que no. Al fin y al cabo, es Glen Naspa la que debe decidir. Si ella quiere, se irá.

Shefford optó por callarse. Era la primera vez que una actitud del joven mormón (por lo demás tan bueno y tan simpático) le repelía, y quería olvidarlo. Por lo mismo que no había hablado de hombres a las mujeres mormonas del valle oculto, tampoco podía hablar de mujeres a Joe Lake.

Nas Ta Bega no regreso aquel día, pero al siguiente mando un recado, y Lake se marcho al campamento de los pintes. Shefford paso la mañana recorriendo la ladera, dándose cada vez más cuenta de que la soledad y el silencio templábanle el alma, haciendole fuerte para' las adversidades que el destino le deparase.

Al regresar al campamento, vio venir a Glen Naspa en compañía de un blanco. Al reconocer en éste a Willets, cierto azoramiento y un instinto de prudencia le hizo resguardarse tras un opulento cedro. Cuando pasaron, evi- tado ya el encuentro, se alejó del camino.

El ruido de cascos de caballos le obligo a dirigirse nueamente al caserío de los navajos y, cuando salió del bosque, vio a tres jinetes indios

que acababan de llegar. Sus monturas eran soberbias y los tres iban muy bien armados, dando la impresión de ser diferentes de los navajos. Tal vez fueran piutes. Desmontaron y llevaron sus mustangs a la charca de agua, delante del manantial. Allí había también otro mustang con la brida arrastrando; detrás de la silla llevaba un gran equipo. Algunas squaws con sus hijos estaban ante la puerta de Hostín Doetin. Shefford, al verlos, se acerco. Dentro se hallaban Glen Naspa, pálida, serena, y Willets, con las manos en alto. El anciano navajo hacía esfuerzos para erguir su encorvada espalda, queriendo parecer más digno, y su voz sonaba fuerte al hablar:

-No conozco vuestra religión. ¡Tengo hambre! Yo no puedo comer Jesucristo.

Shefford se echo atrás como si hubiese recibido un golpe. Aquélla había sido la contestación del viejo a las exigencias de Willets. Hostin Doetin sentíase viejo, no podía trabajar ya. Sus hijos se habían ido, su squaw era vieja tambien. Solo tenía, pues, a Glen Naspa para que le ayudase. ¿Que significaba para él la religión del hombre blanco?

Shefford entro con paso rápido en la cabaña. El misionero, al verle, no aparentó la bondad que esperaba. Shefford, ni siquiera se mostró sorprendido. El joven toco a Hostin Doetin en un hombro y le dijo:

-Contadme lo que ha pasado.

El anciano navajo alzo la mano temblorosa.

-No conozco vuestra religión. ¡Tengo hambre! Yo no puedo comer Jesucristo.

Shefford le entendió por gestos que el misionero había venido a llevarse a Glen Naspa.

-No quiero que se la lleve-repuso el indio.

-Willets - dijo Shefford dirigiéndose al misionero, ¿es pariente de la muchacha este anciano?

-Hay un lazo de parentesco entre ellos, pero no sé cuál. No debe de ser muy cercano.

-¿No os parece mejor aguardar a que venga Nas Ta Bega? Como sabeis, es hermano suyo.

-¿Para qué? - pregunto Willets -. El indio puede tardar todavía una semana en volver. La muchacha está dispuesta a seguirme.

Shefford miro a la joven.

-Gien Naspa : ¿tú deseas irte?

La joven guardó silencio, al parecer avergonzada, pero decidida a acompañar al misionero. Shefford medito el caso. No sabía qué hacer, hubiérale gustado que Nas Ta Bega volviese, pero, ante la imposibilidad, resolvió seguir sus propios impulsos, pues había advertido que desde que

se hallaba en el desierto rara vez le engañaban.

-Willets, ¿qué pensáis hacer con la muchacha?-preguntó fríamente.

El misionero se puso rojo.

-¡Absurda pregunta para un misionero!-exclamo con señales de impaciencia.

-¿Amáis a Glen Naspa?

-¿Qué derecho tenéis a interrogarme? -pregunto a su vez Willets -. Sois un aventurero..., un excomulgado. Yo cumplo aquí mi deber. Soy misionero, tengo el apoyo de la Iglesia, del Estado y del Gobierno.

-Es verdad, soy un aventurero -repuso Shefford con amargura -. Y vos podéis ser todo lo que decís, no he de negarlo; pero aquí estamos solos y el hermano de esta joven se halla ausente. Aún no me habéis contestado a mi pregunta... ¿Hay algo más que la religión entre vos y Glen Naspa?

-¡No, señor aventurero!

Shefford comprendió que habíale tocado en. lo vivo, y la mentira que brotó de los labios del sacerdote condeno a éste definitivamente.

-Willets, ¡sois un embustero! -le dijo.

-Y vos, ¿que sois? -grito Willets, furioso-. Me han contado muchas cosas vuestras. ¡Sois ateo! ¡Os han echa(lo del seno de la Iglesia! ¡Habéis blasfemado!

Y siguió dando rienda suelta a su furor, maldiciendo a Shefford como hubiese podido maldecir un religioso fanático al más abyecto de los pecadores. Shefford le escucho enardeciéndose interiormente, pero sin revelar su emoción. El misionero habíase enterado de su secreto... probablemente por :les mormones de Stonebridge. Sin embargo, Shefford no se inclino, como otras veces, humildemente. ante el insulto. Poco a poco su emoción, en vez de humildad, se trocó en ira, en furia.

-Pues no os llevareis a la muchacha-dijo con firmeza cuando el otro terminó-hasta que su hermano vuelva.

-¡Me la llevare! -grito Willets.

Entonces Shefford arrojóle de la cabaña y le siguió. El misionero se había caído. Al levantarse, estaba pálido y temblaba. Sin perder de vista a Shefford, monto a caballo y se alejo rápidamente. El joven le vio detenerse un momento bajo los cedros y hablar con los tres indios desconocidos. Shefford dióse cuenta de que el incidente no le había conmovido, de que había conservado la serenidad y de que, en aquel momento, tenía la mano sobre la culata de su revolver. El desierto había hecho de él otro hombre, y no le pesaba.

Oyó que las viejas reñían a la muchacha, y cuando se acerco a la puerta vio que Glen Naspa se había echado al suelo y lloraba. Hostin

Doetin salió, y señalando al misionero que se alejaba por la ladera

-¡Mucho hablar de Dios..., siempre hablar, hablar! -exclamo, y luego dio a Shefford un golpe en el pecho-: ¡Poco hablar..., mucho más hombre!

El asunto parecía arreglado por el momento, pero Shefford comprendió que se había creado un feroz enemigo, un enemigo muy poderoso, tal vez.

Aquella noche preparose él mismo la cena y la comió a solas, porque ni Joe Lake ni Nas Ta Bega aparecieron. Observo que los tres indios forasteros manteníanse alejados y, por lo que observó, dedujo que no tenían relaciones con ninguno de los navajos. Esto no le habría llamado la atención si no hubiera visto a Willets hablar con los tres. ¿Qué tenían que ver con el? Con gran satisfacción suya vio que los indios forasteros se marcharon poco antes de caer la noche y, aliviado en cierto modo, Shefford se acostó.

Poco antes del alba le despertaron violentamente. Unas oscuras figuras le sujetaron y amordazaron con un trapo ; ligáronle las manos mientras le sujetaban los pies. No podía gritar ni moverse. Atado, como si fuese un saco, le pusieron sobre un caballo.

Todo sucedió con tal rapidez, que Shefford apenas se dio cuenta, hallándose demasiado asombrado para sentir miedo. Cruzado sobre el lomo de la montura, con la cabeza hacia abajo, empezó a encontrarse mal. El trote del caballo aumentó su malestar. La caminata duró cerca de una hora,. y cuando al fin terminó, le hicieron bajar del caballo con la misma rudeza anterior. Le registraron, los bolsillos y después le arrancaron !os vestidos hasta dejarle desnudo. Hecho lo cual le cogieron entre tres, lo transportaron a corta distancia y le echaron sobre una cosa blanda, donde quedo, amordazado y atado de pies y manos. Shefford se dio cuenta, por el ruido de los cascos de los caballos, de que sus raptores se alejaban.

La primera sensación que experimentó fue de un gran alivio. No le habían asesinado. El robo de que le habían hecho objeto nada importaba. Asociaba el incidente a los tres indios desconocidos que había visto el día anterior. aunque no tenía ninguna prueba de ello ni poseía el más pequeño indicio para descubrir el misterio.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, mas de pronto notó frío. Como estaba echado de bruces, sólo advirtió el frío en la espalda. El terreno sobre el que descansaba era blando, esponjoso, y cedía un poco a su peso. La creciente claridad advertíale que el día no estaba lejos. El frío le hacía sufrir, entumeciendole los miembros. Al hacer un esfuerzo para dar la vuelta, advirtió que no podía moverse, ya fuese a causa de la posición, ya debido a las ligaduras o bien por el entumecimiento general. Shefford

empezó a sentirse intranquilo; la situación !e parecía cada vez más seria. ¿Que efecto causarían algunas horas de sol sobre su desnuda pie!? Era posible que le buscasen y que le hallasen, pero acaso llegaran ya tarde.

Vio por fin aparecer el sol, pero pasó largo rato hasta notar el calor de sus rayos. De pronto sintió un fuerte dolor en el hombro izquierdo, como si le hubiesen pinchado. Se dijo que probablemente sería una abeja. Luego sintió otro pinchazo en la pierna y, al mismo tiempo, una punzada en el costado. Le invadió una sensación de náuseas como si en su sangre hubiese penetrado algún veneno. En la piel del pecho sintió una punzada como de alambre candente. Indudablemente se trataba de la mordedura de algún bicho. Con un gran esfuerzo dobló la cabeza de manera que pudiera verse el pecho y descubrió una enorme hormiga roja. Y, al mismo tiempo, vio en la _parte baja del montón de tierra blanda en que estaba echado una larga y compacta fila de hormigas que se esparcieron por su cuerpo.

Al instante comprendió la situación. Habíanle echado a propósito sobre un hormiguero, el cual se hundió a causa de su peso, medio enterrándole en é!. ¡Se hallaba a merced de las terribles hormigas rojas del desierto! Frenéticamente trató de salir de allí, pero no le fue posible; las violentas contracciones musculares parecían enfurecer a las hormigas, y a los pocos momentos Shefford retorcíase con dolores tan terribles que parecía iba a perder el sentido. Sin embargo, era demasiado fuerte para desmayarse. Un baño che vitriolo, el despellejamiento o ascuas encendidas echadas sobre su cuerpo no hubieran podido igualar el dolor del tormento a que estaba sometido. ¿Era acaso la brutal venganza de los indios instigados por el misionero? Shefford comprendió que tardaría poco en sucumbir; cada vez sentíase menos fuerte para moverse; parecía que sudaba sangre, aunque seguramente esta procedía de las mordeduras de las hormigas.

Luego creyóse en el infierno, sufriendo terrible agonía sin llegar a morir, y ya tenía cerrados los ojos y estaban rígidos sus miembros, cuando de pronto, a través del zumbido constante de sus oídos, percibió un grito

- ¡Bi Nai! ¡ Bi Nai !

Con un esfuerzo entreabrió los ojos y vio vagamente !a figura de Nas Ta Bega.

Después sintióse arrastrado por unas manos poderosas que lo revolcaron por la arena y le frotaban el cuerpo dolorido con anchas ramas de arbustos para librarle de sis pequeños verdugos.

IX

Aquella dura prueba no fue sino el principio de muchas y crueles experiencias para Juan Shefford.

No supo nunca quienes habían sido sus raptores ni si sus motivos fueron otros que el robo. Poco habían podido llevarse, porque no encontraron la gran cantidad de billetes que llevaba cosida en el forro de la chaqueta. Joe Lake declaró que aquello era obra de Shadd. Nas Ta Bega movió la cabeza pero no quiso decir lo que pensaba, aunque en sus ojos ardía un fuego sombrío.

Los tres partieron con la reata de burros de pesada carga y bajaron por la ladera de la montaña hacia el Cañón del Oeste. El segundo día sufrieron un tiroteo desde el borde de una de las paredes del cañón. Lake fue herido, a pesar de lo cual pudieron huir rápidamente para buscar refugio en lo más profundo del despeñadero. Allí detuviéronse durante varios días, mientras el joven mormón se curaba v el indio hacía excursiones para averiguar por donde andaban los enemigos. La falta de agua y de hierba para los burros los obligo a continuar el viaje. Salieron hacia la altiplanicie por un cañón lateral, pero a causa de la extensión de fragoso terreno perdieron varios burros. Ya camino de Laguna Roja, fueron atacados mientras montaban el campamento en un bosquecillo de cedros. Shefford recibió una dolorosa herida en la pierna, que afortunadamente no interesaba ningún hueso. El ardor de la herida revelo al joven la significación de una batalla y, furioso, empezó a disparar el rifle hasta calentar su cañón. Solo la llegada de la noche salvo a los tres de ser aniquilados. Al abrigo de la oscuridad, el indio ayudo a Shefford a escaparse; Joe Lake se cuido dé sí mismo, más avezado a las incidencias de las desiertas selvas. La reata de burros y su cargamento se perdió por completo. También perdieron los mustangs, excepto Nack-yal.

Shefford supo entonces lo que significaba pasar las noches tras un mal refugio, atento a la llegada de los perseguidores, helado hasta los huesos, muerto de miedo y sufriendo horribles dolores de la herida abierta por una bala de plomo.

Al día siguiente el indio llevo al joven a la balsa roja, donde el sol era fuerte y la arena reflejaba el tórrido calor. Realizando un esfuerzo supremo, Nas Ta Bega pudo llevarle al fin a la factoría de Laguna Roja, donde Presbrey atendió la herida de Shefford. Al día siguiente llego co-

jeando Joe Lake, mustio y cabizbajo, con la noticia de que Shadd y sus bandidos habíanse apoderado de la caravana.

Poco tiempo tardó Shefford en poder montar nuevamente a caballo, y entonces los tres se dirigieron a Kayenta. Withers se había enterado ya de la perdida sufrida, y su único comentario fue decir que esperaba encontrarse algún día con Shadd.

Shefford mostróse reacio a volver al oculto valle de las mormonas. El traficante pareció sorprendido, pero no hizo ninguna presión para obligarle. El joven había decidido explicar a Withers más tarde o más temprano sus motivos, pero no se determinaba nunca. El principio del verano trajo consigo un aumento de trabajo para la pequeña factoría, y Shefford se afano como todos. Le gustaba el trabajo al aire libre, y por las noches felicitábase de estar demasiado cansado para poder pensar y recordar. Luego siguieron varias excursiones a Durango, Bluff y Monticello. Durante varias jornadas cabalgo cincuenta millas y aprendió a saber que el mejor jinete era aquel que cargaba poco al caballo y cabalgaba ligero. Mientras el indio estaba a su lado, todo iba muy bien, pero Nas Ta Bega dejábale muchas veces solo, porque de ningún modo quería entrar en las ciudades. Así, muchos incidentes desagradables convirtieronse al final en suerte para Shefford.

Muchas veces y durante muchas millas tuvo que seguir tras su montura, porque Nack-yal jamás se olvidaba del «Sagi», y siempre se inclinaba hacia aquella dirección cuando lograba romper la maniota.

Shefford acompaño a un carro indio tirado por cuatro fieros mustangs, destinado a Durango. Durante el regreso, con el carro lleno de provisiones, un accidente obligo al joven a encargarse de la expedición. Desesperado, se vio frente a la tarea más dura que pudo imaginar : cuidarse de un indio baldado, abrevar, dar de comer, enjaezar y guiar a cuatro fieros mustangs que no le conocían, que trataban de cocearle y morderle a cada momento, y llevar a Kayenta la valiosa carga. El hecho de que realizara al fin la tarea le demostró la enorme cantidad de paciencia y aguante que puede tener un hombre. Desde entonces jamás flaqueo ante un deber.

Ausente cierto jinete indio, Shefford se vio obligado a ir a Durango y volver en viaje rapidísimo. Cierta vez se vió perdido durante días en un cañón, sin comida y con poquísima agua. En otra ocasión le sorprendió un temporal de arena en el desierto y logro recorrer las cuarenta millas de camino sin desviarse. Cuando aquella noche entro sobre su mustang en Kayenta, el traficante, con grave y breve alabanza, le dijo que no había nada peor.

En Monticello, Shefford tuvo que hacer frente a una banda de desesperados, y aquella vez experimentó una sensación de náuseas al herir a un hombre. Más tarde sostuvo otras luchas, pero no se enteró de si había vertido sangre humana o no.

Llegó por fin la canícula, con su tórrido sol, sus oleadas de sangre ardiente y las terribles tormentas que llenaban todos los cauces secos de riadas. Shefford estaba al aire libre día y noche; quien le hubiera conocido en el pasado no hubiese podido reconocerlo ahora.

Al principio del otoño, y con Nas Ta Bega por compañero, se marchó al sur de Kayenta para arreglar unos asuntos relacionados con la factoría de Withers, que habían estado durante largo tiempo abandonados. Visitaron Laguna Roja, Cañón Azul, Keams, Oribi, los villorrios de los indios moki, Tuba, Moencopie y Moen Ave. Aquella excursión duró muchas semanas y dio a Shefford todas las oportunidades para estudiar a los indios y las condiciones predominantes al borde de las regiones civilizadas.

Al regresar escogió la misma ruta que un día recorriera solo : pasó por Laguna Roja y, de allí, penetró en el «Sagin, pareciendole que habían transcurrido años desde que entró por primera vez en aquella región selvática que ahora habíase convertido en su hogar, y durante cuyo tiempo se fundió en el duro y fiero crisol del desierto.

X

A principios de octubre, Shefford proyectó con Joe Lakee y Nas Ta Bega una cacería en el monte Cresaw. El indio había ido a su pueblo para pocos días, y a su regreso emprenderían la excursión. Pero Nas Ta Bega no regresó el día fijado y, al siguiente, un jinete trajo noticias que inquietaron a Withers y conmovieron a Lake. Al ver el estado de los dos, Shefford se dijo que algo anormal debía de suceder.

Raras veces velase el desorden de ahora en la pequeña factoría. Shefford no había visto nunca que Withers descuidara tanto el trabajo. Joe Lake ensilló un mustang que en otras circunstancias hubiera despreciado por malo, y, sin una palabra de explicación ni de despedida, tomó el camino de Stonebridge.

Shefford había aprendido, con el tiempo, a tener paciencia. Sentía curiosidad, pero no le importaba mucho lo que pudiese suceder. Sin

embargo, cuando Withers salió de la casa y mandó a un indio reunir varios caballos, preguntó distraídamente:

-¿Qué pasa?

-Me molesta decíroslo - respondió el traficante.

-Decídmelo, de todos modos - añadió con presteza Shefford.

-¿Os he hablado ya de que el Gobierno ha mandado un juez especial del Tribunal Supremo al Estado de Utah para castigar a los polígamos?

-No -repuso el joven.

-Lo olvidé, sin duda. Habeis estado casi siempre ausente. Pues bien, desde hace seis meses las cosas andan mal en Utah. Ahora ese juez y sus ayudantes han ido bajando hacia el sur; hace pocas semanas estuvieron en Bluff y en Monticello... ¿Qué creéis que pasará?

-¡Withers! ... ¿Irán también a Stonebridge?

-Allí están en este momento. Alguien reveló la existencia del pueblo secreto y todas las mujeres han sido arrestadas y llevadas a Stonebridge. Hoy mismo empieza la vista.

-¡Que han sido arrestadas! - exclamó Shefford, muy sorprendido -. ¿Aquellas pobres y solitarias mujeres? ¿Por qué?

-Por ser lo que llaman «mujeres selladas, - explicó Withers -. El juez persigue a los polígamos. Dicen que es inexorable.

-¡Pero… si las mujeres no pueden ser polígamas! Ese juez sólo puede obrar contra sus maridos.

-Naturalmente. Pero para descubrir a los polígamos es preciso hallar primero a sus varias esposas. ¡Trabajo tendrá, o no conozco a los mormones! ... ¿Vais a venir conmigo a Stonebridge?

A Shefford le disgustaba la idea. Los meses de duro trabajo y de crueles experiencias no le habían hecho olvidar a la muchacha que amaba, pero quería conseguirlo a todo trance.

-Más vale que vengáis conmigo - dijo el traficante -. Habéis olvidado ya a Lirio? Le tocará también ocupar el banco de los testigos... ¡Pobre niña! Bien sabeis, Shef- ford, que ella no tiene amigos, y ahora ningún mormón se atreverá a protegerla por miedo a ser procesado.

-Iré -replicó Shefford concisamente.

El indio trajo los caballos. Nack-yal estaba muy flaco a causa de los muchos viajes realizados durante el verano, pero era fuerte como el hierro. Withers montó su bayo y con un breve adiós a su esposa se puso rápidamente en camino. Shefford se tomó el tiempo necesario para sacar sus armas y colocar sobre su montura el ligero equipo que siempre llevaba. Luego fue en pos del traficante.

Era más difícil seguir a Withers que a un indio, porque cabalgaba sin

cesar, sin dar tregua al caballo, y además los indios encontraban más fácilmente los atajos y sendas de suave ascensión. El traficante se empeñó en subir por laderas demasiado pinas y Shefford no tuvo más remedio que seguirle. Sin embargo, cruzaron la abrupta altiplanicie sin sufrir ningún accidente y llegaron por fin a una especie de promontorio desde el cual se veía un ancho valle y los campos de alfalfa, con su color verde oscuro, que circundaban a Stonebridge.

Stonebridge, en el centro de aquel fertil valle, debía de ser una ciudad bastante antigua, seguramente mucho más que Bluff y Monticello, aunque más pequeña que estas, pero de construcción sólida v duradera. Sólo había una calle, muy ancha, que dividía la ciudad y cruzaba en ángulo recto un río, salvado por un puente natural de piedra[3]. Ambas aceras estaban bordeadas por álamos. Las pequeñas casitas estaban casi todas ocultas por el follaje, ahora de tonos otoñales. En el centro de la población había una plaza y en ella varios edificios. Sobresalía entre éstos una iglesia de madera, enjalbegada; Withers la encontraba muy notable a causa de que en su construcción no se había empleado ni un solo clavo. Cerca de la iglesia había un edificio de piedra que, al parecer, era la casa consistorial.

Shefford advirtió, aun antes de llegar a la plaza, que aquel día había una actividad extraordinaria en Stonebridge. La ciudad estaba llena de gente y, a juzgar por los caballos que se veían atados en todas partes y los muchos carros entoldados, había allí gran número de forasteros.

Cerca de la casa consistorial velase una muchedumbre de hombres polvorientos, con grandes sombreros y botas altas con espuelas, que no tenían aspecto de mormones. En efecto, tratábase de jinetes, boyeros, vaqueros, domadores de caballos, algunos de los cuales habíalos visto Shefford en Durango. También estaban allí algunos navajos y pintes, pero se mantenían en segundo termino.

Withers llevó a Shefford al lado opuesto de la plaza, bajo un árbol al que ataron sus cabal.

-Nunca he visto una multitud tan abigarrada en esta ciudad -dijo el traficante-. Los mormones deben de estar furiosos con tanta gente. Veo allí una cuadrilla de Durango que se las trae... Si descubren un sitio donde poder beber o si se han traído whisky, oiremos tiros. Venid..., vamos a entrar allí dentro.

Pero antes de llegar a la casa consistorial se detuvo violentamente y,

[3] De ahí su nombre Stonebridge significa «Puente de Piedras

haciendo un esfuerzo para aparentar indiferencia, se volvió hacia su joven amigo. El rostro del traficante estaba pálido y sus ojos centelleaban.

-Mirad hacia la izquierda- murmuró-. Fijaos en esos indios, allí, a la izquierda, junto al gran carro. ¿Veis aquel indio pequeño? Aquel de la cara gruesa y oscura... ¡Es Shadd...! ¡Es preciso que lo conozcáis...! ¡Pues no es nada, Shadd y su banda aquí! Creo que se entiende bien con los mormones.

Shefford se fijó atentamente en el grupo, compuesto de diez o doce indios y varios blancos. No se diferenciaban gran cosa de los demás corros, excepto que estaban más aislados y armados hasta los dientes. Tras breve escrutinio, Shefford distinguió al mestizo y reconoció en él al personaje tetrico, de ancha cara, que le había visitado hacía tiempo en su. campamento, a la entrada del «Sagi»». Shadd se fijó a su vez en Shefford y cambió breves palabras con uno de sus bandidos blancos. Su actitud atrajo la atención de los demás forajidos sobre Shefford y Withers.

El traficante renegaba en voz baja.

-De buena gana arremetería contra ese maldito mestizo, pero son demasiados; nada podríamos hacer. Además estamos aquí para un asunto mucho más importante.

De todos modos, amigo Shefford, permitidme que os diga que Shadd os ha. echado el ojo encima desde que habéis llegado a esta región. Un amigo piute me lo dije en confianza. Decidme : ¿acaso algún indio ha visto ese fajo de billetes que lleváis siempre encima?

-Me parece que sí-respondió Shefford -. Creo que fue en Tuba, antes de venir a esta comarca.

-Pues bien... Shadd tiene la intención de quitároslo... Pero vamos ya, estamos perdiendo el tiempo.

Los grupos dejaban paso a Withers, quien, al parecer, conocía a todo el mundo. Un hombre alto y fornido, de luengas barbas, guardaba la puerta de entrada.

-¡Hola, Meade! - exclamó Withers -. Dejadnos entrar.

El hombre abrió la puerta y la volvió a cerrar tras Shefford y su compañero.

Shefford, cegado por el sol, no vió al principio, y lo mismo le pasó a Withers, quien se quedó un momento aturdido. Sin embargo, pronto se acostumbró a la semioscuridad y llevó al joven a través de la gente hacia el lado derecho, hasta que una barrera les impidió el paso. Allí Shefford miró en tomo suyo lleno de curiosidad.

La sala era muy grande y tenía muchas ventanas. Sobre un estrado había un grupo de hombres al parecer en consulta. Unas veinte mujeres

estaban sentadas en los bancos y detrás de ellas había muchas más de pie. Las que estaban en los bancos eran las que más interesaban a Shefford, porque eran las arrestadas. Algunas llevaban capuchas, otras velos, todas vestían de negro, excepto una del primer banco, que iba de blanco. Llevaba una capucha muy grande que Shefford reconoció al instante, lo mismo que su esbelta figura. Era María, la joven a quien sus celosas vecinas habían apodado Lirio. Al reconocerla, sintió un agudo dolor en el pecho.

Withers le decía algo en voz baja, pero el joven no prestó atención. Con un gran esfuerzo dejó de mirar a la muchacha y se volvió para contemplar a la multitud. Todas las mujeres llevaban capuchas y no se podían distinguir sus facciones. Había muchos jóvenes mormones de recia estructura y clara mirada, semejante a la de Joe Lake, y todos parecían inquietos y aturdidos. Poco había en ellos que se pareciese a la serena austeridad de los hombres maduros y a la extraña y fría impasibilidad de los patriarcas de encanecidas barbas. Estos venerables ancianos eran los mormones de la antigua escuela, los hijos de los exploradores, los despiadados fanáticos. Shefford intuyó que eran ellos los que sostenían la poligamia, ellos los maridos de las mujeres selladas. Concibió una curiosidad absorbente por comprobar si su intuición era fundada y más aún por saber cuál de ellos sería el marido de María.

-Allí está el obispo Kane -murmuró Withers, dando al mismo tiempo un codazo al joven-. Y el que está a su lado es Waggoner.

Shefford vió al obispo y al lado suyo un hombre de notable aspecto.

-¿Quién es ese Waggoner?-pregnto.

-Un mormón muy influyente- repuso el traficante-. Es el mormón más rico del sur de Utah, y en Stonebridge no hay nadie que tenga su influencia. No se que relaciones tiene con la Iglesia, porque nunca he oído que le hayan dado título alguno. Pero lo es todo aquí, donde sólo se hace su voluntad. Fijaos bien en la dura expresión de su cara.

Shefford seguía contemplándolo, y se dijo que no le sería posible olvidarlo. Waggoner parecía tener unos sesenta años, pero, a pesar de su edad, estaba en el apogeo de su vida física. Contrario a los demás, llevaba recortada la grisácea barba, tanto, que se le veía la lupina línea de la mandíbula. Sus facciones eran de chocante agudeza, y sus fríos ojos, de un color azul muy brillante. Las pobladas dejas dábanle un- aspecto feroz, y todo su rostro, que acusaba clara inteligencia, revelaba una voluntad imperiosa.

-Waggoner tuvo cinco mujeres y cincuenta y cinco hijos antes de entrar en vigor la nueva ley-murmuró Withers-. Nadie sabe, ni sabrá nunca, cuántas esposas tiene ahora. Estoy convencido de que sigue

teniendo bastantes.

El movimiento de los hombres que ocupaban el estrado parecía indicar que la vista iba a empezar. Algunos descendieron de el, otros sentáronse a la mesa, sobre la cual había libros y documentos, y algunos quedaron en pie. Estos últimos llevaban botas de montar provistas de espaelas; sus trajes eran toscos, y bajo las chaquetas se advertía el bulto de las armas. Parecían sheriffs de servicio.

Alguien dijo en voz baja que el juez se llamaba Stone[4], y el nombre le sentaba bien. No era joven y su aspecto era el de un hombre avezado a la labor que le estaba encomendada.

Shefford se hijo que el individuo que estaba a la derecha del juez debía de ser un abogado, y el de la izquierda tal vez el fiscal. A poco, este último dio un golpe sobre la mesa v se levanto como para hablar. Ceso el murmullo de la sala y el fiscal dijo brevemente que ciertas mujeres habían sido arrestadas porque se sospechaba que fuesen mujeres selladas de mormones polígamos y que por tal motivo iba a juzgarlas un juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Uno de los sheriffs llevo entonces la mormona más próxima del primer banco a una silla vacante que había en el estrado y le rogó que tomase asiento. Ella parecía no haberle oído. El juez le rogó a su vez, cortésmente, que se sentara. La mujer se negó. Y Stone movió la cabeza dando a entender que esperaba aquella resistencia pasiva.

Se acarició el mentón con ademán de cansancio y Shefford presintió que, aunque juez inexorable, era un hombre bondadoso.

-Haced el favor de quitaros el velo - ordenóel fiscal.

La mormona lo hizo, y se vio que era joven y bella. Shefford se emociono al reconocer en ella a Ruth, una de sus mejores amigas del pueblo oculto. Estaba pálida, enojada ; respiraba agitadamente. No se mostraba avergonzada, pero sí ofendida. Sus negros ojos, llameantes y desdeñosos, miraban por encima del juez y sus auxiliares a la multitud que estaba detrás de la barrera. El fiscal, con palabras medidas y corteses, le ordeno que besara la Biblia y que jurase decir la verdad. Ella hizo el juramento y el público lo acompaño con suave murmullo.

-¿Vuestro nombre? -pregunto el juez inclinándose.

-Ruth Jones - fue la fría respuesta.

-¿Vuestra edad?

-Veinte años.

-¿Donde nacisteis? -continuo el juez, dejando tiempo

[4] Piedra.

al escribano para anotar el interrogatorio.

-En Panguitch, Estado de Utah.

-¿Vuestros padres fueron mormones?

-Sí.

-¿Sois mormona?

-Sí.

-¿Estáis casada?

-No.

La respuesta fue instantánea, fría, definitiv; parecía que fuese verdad. Shefford casi lo creyó así. El juez volvió a acariciarse el mentón y espero un instante; luego continuo, vacilando:

-¿Tenéis... hijos?

-No-respondió Ruth, y sus ojos centellearonShefford sabía que, en efecto, Ruth no tenía hijos, y hubiera podido atestiguarlo.

-¿Vivís en la aldea oculta cerca de esta ciudad?

-Sí.

-¿Como se llama la aldea?

-No tiene nombre.

-¿Habéis oído hablar de Fredonia, un pueblo que está bastante lejos de aquí, al oeste?

-Sí.

-Está en el Estado de Arizona, cerca de la frontera de Utah. Allí hay pocos hombres. ¿Es la misma clase de pueblo que el vuestro?

-Sí.

-¿Que significa Fredonia?

-Mujeres libres.

El juez guardo silencio durante algunos momentos, volviose para hablar en voz baja a sus auxiliares y, a poco, sin alzar la vista, dijo a Ruth

-Podeis volver a vuestro asiento.

La joven fue llevada otra vez al banco, y su vecino ocupo su sitio en el estrado. Tratábase de una mujer más dura, de figura y andares reposados. Al quitarse el velo se vio el rostro de una mujer de unos cuarenta años, con la misma firmeza e impasibilidad de los mormones viejos.

Se sentó tranquilamente en la silla y se encaro sin pestañear con sus jueces. La vista de la causa no parecía tener importancia para ella, y se presto al juramento como si fuese cosa de cada día.

-¿Vuestro nombre? -pregunto el juez, despues de consultar sus notas.

-María Danton.

-El apellido, ¿es de vuestro padre o de vuestro marido?

-De mi marido.

-¿Vive vuestro marido?

-No.

-¿Dónde vivíais cuando os casasteis con él?

-En St. George, v más tarde aquí, en Stonebridge.

-¿Mormones los dos?

-Sí.

-¿Habéis tenido hijos con el?

-Sí.

-¿Cuántos?

-Dos.

-¿Viven los dos?

-Uno solo.

El juez se inclinó sobre sus papeles y alzó luego lentamente el rostro.

-¿Estáis casada actualmente?

-No.

El juez volvió a consultar los documentos y habló en voz baja con los hombres sentados a la mesa con el.

-Señora Danton, cuando os arrestaron había cinco niños en vuestra casa. ¿De quien son?

-Míos.

-¿Sois madre de los cinco?

-Sí.

-Vuestro difunto . esposo sólo era padre de uno de ellos, el mayor, de acuerdo con lo que habéis declarado antes. ¿Es exacto?

-Sí.

-Entonces... ¿quién o quienes son los padres de los restantes hijos vuestros?

-No lo se.

La mujer respondió con absoluta calma y con absoluto desprecio del significado que tenían sus palabras.

-¿No conocéis a ninguno de los padres de esos hijos? -preguntó el juez con voz aguda.

-No los conozco.

-Señora, os recuerdo que habéis jurado decir la verdad.

La mujer no respondió.

-Entonces... esos hijos vuestros ¿no tienen nombre..., son ilegítimos..., naturales?

-Así es.

-¿Juráis no ser la mujer sellada de ningún mormón?

-¡Lo juro!

-¿Cómo vivís..., de que os mantenéis?

-De mi trabajo.

-¿Cuál es?

-Coso, tejo, cuezo pan y cultivo mi huerto.

-Mis auxiliares advirtieron que tenéis una cabaña grande y cómoda, hasta lujosa, teniendo en cuenta la abrupta región en que vivís. ¿Cómo es eso?

-Mi marido me dejó bien acomodada al morir.

Stone la amenazó con el dedo.

-¿Y si os mandase a la cárcel por perjura y tuvieseis que pasar un año fuera de vuestro hogar, lejos de vuestros hijos? ¿No preferís decir la verdad?

-He dicho la verdad. Podéis sentenciarme, si os place. No puedo decir lo que no sé...

Con un gesto de impaciencia y disgusto, el juez ordenó que se la llevasen.

-Basta. ¡Otra!

Una a una interogó a tres mujeres más y llegó, mediante varias preguntas y diversas contestaciones, al mismo resultado que obtuvo con la señora Danton. El juez interrumpió la vista durante breves minutos para celebrar una consulta con sus compañeros.

Shefford felicitóse del respiro. Sabía que el próximo interrogatorio sería el de la mujer amada y deseaba serenarse antes, porque se hallaba muy emocionado para no delatarse. Las contestaciones de las mormonas no le habían sorprendido, mas dichas con tanta sangre fría y bajo juramento, el yugo misterioso que las sujetaba tomaba para él gigantescas proporciones de tragedia. Estaba asombrado y sentíase triste. Quería meditar acerca de la significación de la falsedad de aquellas mujeres que a el le constaba eran buenas. Seguramente la religión, en lugar del temor y de la lealtad, era la base y la fortaleza de aquella deshonra, de su enorme sacrificio. No podía haber sentimientos desvergonzados en ellas aunque confirmasen actos de vergüenza. Habíaseles obligado a dar tan sorprendentes contestaciones, cada una de las cuales las marcaba, no como madres desvergonzadas de hijos naturales, sino como fieles y desgraciadas esposas selladas. Para Shefford la verdad no estaba en sus declaraciones, sino en sus sombríos rostros.

¿Fue sólo su exaltada imaginación, o se hicieron realmente más intensos el silencio y la expectación al conducir el sherif f a la silla a la

esbelta muchacha vestida de blanco cubierta de capucha oscura? No anduvo con la ligereza de las otras y, al llegar al asiento, se dejó caer en el como si no pudiese dar un paso más.

-Quítese la capucha-rogó el fiscal.

¡Qué bien recordaba Shefford aquellas manos fuertes y bien formadas! Las vió temblar al deshacer el nudo, y el joven retuvo el aliento mientras ella se descubrió, mostrando - pensó Shefford - el rostro más adorable y más trágico que jamás se había visto en tribunal alguno.

Un murmullo lento que aumentaba poco a poco corrió por la sala revelando al joven claramente que el rostro de María era desconocido hasta entonces para aquellos mormones.

El murmullo se extinguió. El juez y sus compañeros miraban con fijeza a la muchacha. Sin duda Stone había interrogado a muchas mormonas, pero comprendía que esta vez se hallaba ante una mujer totalmente distinta de las demás. Sin capucha, María semejaba tan sólo una muchacha muy joven, y el tribunal, enfrentado de pronto con su juventud y con la sospecha que pesaba sobre aquella criatura, había de conmoverse profundamente. Además, en aquel sombrío ambiente, su belleza le daba el aspecto de la blanca flor cuyo nombre llevaba. Aunque lo más seguro era que fuese la angustia revelada en su rostro lo que mantenía a todos en aquel profundo silencio. Shefford adivinó en todos los rostros la creencia de que en aquel testigo el juez disponía de una mujer de menos temple a quien se le podría arrancar la amarga verdad.

Cuando el fiscal le tomó juramento, la joven no pareció pronunciar la fórmula : sólo se la vió mover los labios.

-¿Cómo os llamáis? -preguntó el juez.

-María -respondió esta, con ligero temblor en la voz.

-¿Vuestro apellido?

-Me niego a decirlo.

La singular respuesta, el tono de su voz y su actitud dábanle un aspecto de extraña sencillez. Era evidente que la muchacha no estaba acostumbrada a los interrogatorios judiciales.

-Decidme los nombres de vuestros padres.

-Me niego a decirlos - dijo María en voz baja.

El juez no insistió en este punto. Tal vez deseaba hacerle el interrogatorio lo más fácil posible, o esperaba
hasta que la muchacha se hubiese serenado.

-¿Fueron mormones vuestros padres? - continuó.

-No, señor. - Añadió el tratamiento en tono de singular respeto, contrastando notablemente con das secas

respuestas de las otras mujeres.

-Entonces, ¿no sois mormona de nacimiento?

-No, señor.

-¿Vuestra edad?

-Diecisiete o dieciocho años. No lo sé seguro.

-¿Que no sabeis qué edad teneis exactamente?

-No.

-¿Dónde nacisteis?

-No quiero decirlo.

-¿Fue en Utah?

-Sí, señor.

-¿Cuánto tiempo habéis vivido en este Estado?

-Siempre..., excepto desde hace un año.

-Este último año habeis vivido en el pueblo oculto donde os detuvieron, ¿verdad?

-Sí.

-Pero seguramente vendríais muchas veces aquí, a Stonebridge, ¿no es verdad?

-Nunca vine aquí... hasta ayer.

El juez la miraba como si el interes que por ella sentía como hombre no se compaginase con sus deberes de magistrado. De pronto, inclinóse.

-¿Sois mormona ahora? -preguntó.

-No, señor -repuso la joven, y su voz era más clara que antes.

Fue una respuesta inesperada. El juez la contemplaba fijamente. Hubo un murmullo de asombro en la multitud. Shefford se sintió aturdido, pero reflexionando sobre lo que había visto en el pueblo, comprendió que María había dicho la verdad, y una alegría desconocida inundó su pecho. Por un instante olvidó la tragedia que implicaba aquella dura prueba para la muchacha.

El juez inclinóse otra vez hacia sus compañeros y habló con ellos en voz baja. La tensión en la sala aumentaba visiblemente. El secreto, el misterio, el poder, el odio, la religión de un extraño pueblo quedaban patentes y tangibles. El ambiente parecía caldearse por la pasión y la ansiedad.

-Tengo entendido - continuo el juez - que habéis vivido casi siempre en la montaña..., lejos de la gente, ¿es así?

-Sí, señor-repuso María.

-¿Conocéis algo acerca del Gobierno de los Estadas Unidos?

-No, señor.

El juez volvió a meditar, pensando sin duda las preguntas que fatal e

inevitablemente habían de llevarle a la cuestión principal. Sin embargo, veíasele interesado por aquella testigo.

-¿Teneis idea de las consecuencias de jurar en falso?

-No, señor.

-¿Sabéis lo que es perjurar?

-Es decir una mentira.

-¿Acostumbráis mentir?

-No, señor.

-¿Habeis dicho alguna vez alguna mentira?

-Aún... no-replicó María en voz baja.

Su respuesta fue la de una niña, e impresiono al juez, que removió sus papeles. Acaso no le agradaba la tarea. Después inclinóse de nuevo hacia ella y fijo sus cavernosos ojos en el compungido rostro de la joven.

-¿Sabéis lo que es una mujer sellada?

-Nunca me lo han dicho.

-Pero ¿verdad que sabéis que en Utah hay mujeres selladas?

-Sí, señor, así me lo han dicho.

Stone guardo silencio, observándola. La quietud en la sala era absoluta. La pregunta vital pendía como una espada sobre la muchacha de pálido rostro. Acaso adivinaba el golpe, porque estaba rígida y miraba con ojos suplicantes a su verdugo.

-¿Sois una mujer sellada?-le espeto.

La joven no pudo contestar en el acto. Quiso hablar, pero las palabras no salían de su boca. Stone volvió a preguntar lo mismo con mayor dureza aún.

-¡No ! -grito ella entonces.

Y reino otra vez el silencio en la sala. Shefford sintió una punzada en el corazón. Creía que la muchacha había mentido, y se dijo que era una infamia obligar a mentir, a ser perjura, a una criatura tan pura como ella. El restoldo que ardía en el fondo de Shefford se trocó en llama viva.

-¿No estáis casada? - continuo el juez.

-No, señor.

-¿Estuvisteis casada?

-No, señor.

-¿Esperáis casaros?

-¡Oh! No, señor.

María estaba pálida como la cera y temblaba visiblemente; además, no miraba ya al juez.

-¿Habéis tenido... hijos?-pregunto Stone con tono vacilante.

-No.

El juez se inclino sobre la mesa y Shefford, al ver su rostro congestionado por la ira, comprendió que Stone había perdido la serenidad. Apretaba los puños nerviosamente.

-Niña, ¿tampoco jurareis que allí..., en el pueblo, os visitaban de noche..., los hombres? No jurareis eso, ¿verdad?

-¡Oh! No, señor.

El juez volvió a reclinarse en su asiento y mientras se secaba el sudor de la frente, se oyó en la sala un murmullo que casi era una amenaza.

Shefford sentíase asqueado y tenía miedo de sí mismo. Habíase encendido en el la llama de la ira y luchaba contra su impotencia.

-¡Vamos! ¡Confesad que sois una mujer sellada! -exclamo el interrogador de María.

Ésta guardo silencio, pero movió la cabeza negativamente.

De pronto el juez se inclinó sobre la mesa y

-¡Desgraciada ! ¡Confesad! - exclamo con energía.

La orden la obligo a alzar el rostro para encararse con el, pero guardo silencio. Era la fuerza de la desesperación; la joven no podría resistir mucho tiempo.

-¿Quien es vuestro marido? - dijo el juez con voz de trueno.

María se levanto asustada, como enloquecida. Dominábala ahora el terror, no del juez severo (porque dio un paso hacia el y levanto la mano, temblorosa), sino de otra persona o de otra cosa mucho más terrible que cualquier castigo que el Tribunal pudiese imponerle. Sin embargo, la voluntad del juez era más poderosa que la suya; habíase mostrado débil y el terror debía de ser consecuencia de la debilidad.

-¿Quien es el mormón que os visita? - tronó inexorablemente el juez.

-Yo... nunca... supe... su nombre.

-Pero conocereis su rostro. Mandare arrestar a todos los mormones de esta región y los traeré ante vos. ¿Conoceis su rostro?

-¡No, no, no le conocería...! No podría decirlo. ¡Nunca le vi... a la luz!

La trágica belleza de la muchacha, la certeza de que se cometía un crimen monstruoso con su juventud y su inocencia, la angustia y el terror a algo inexplicable traspasó al Tribunal y al auditorio y lo tuvo suspenso hasta que María elevó sus brazos y cayó desvanecida al suelo.

XI

Shefford hubiera saltado la barrera de no haberlo retenido Withers con su ferrea mano. Cuando el joven vió que las otras mujeres del pueblo mostraban por fin compasión hacia la pobre niña, socorriendola, se apresuró a abrirse camino a través de la multitud y salió de la sala.

Las gentes de afuera, que no pudieron entrar, se abalanzaron sobre Shefford acosándole con preguntas y bromas que le molestaron. Con un empujón echó a un lado a los importunos, y los demás, mirándole sorprendidos, le dejaron franco el paso.

De pronto se vió frente a Nas Ta Bega y el encuentro impresionó a Shefford, porque por nadie sentía tanto afecto como por el indio.

-¡Nas Ta Bega! ¿Vos aquí tambien? Parece que toda la región está en Stonebridge. Os esperábamos en Kayenta. ¿Qué os ha detenido tanto tiempo?

El indio, siempre lento en responder, no abrió la boca hasta que los dos estuvieron alejados de la ruidosa multitud.

-Di Nai, en el hogar de Hostin Doetin ha entrado la desgracia - dijo.

-¡Glen Naspa! -exclamó Shefford.

-Mi hermana se ha marchado de casa. Se marchó sola durante el verano.

-Ha ido a reunirse con el misionero. Nas Ta Bega, Glen Naspa debe de estar en Cañón Azul. Creí verla; no me atreví a asegurarme de que fuese ella. Temí que pudiera ser verdad.

-Lo es. Un indio que amaba a mi hermana la descubrió en Cañón Azul.

-Nas Ta Bega, ¿vais..., vamos a buscarla..., a traerla a casa?

-No. Ella vendrá algún día.

¡Que amarga tristeza y sabiduría contenían sus palabras!

-Pero, amigo mío, ese maldito misionero... - empezó Shefford, iracundo, pues el indio lo había encontrado en mala hora.

-Willets está aquí. Le he visto entrar en esa casa-le interrumpió Nas Ta Bega, señalando la sala.

-¿Aquí? En todas partes se mete. ¿Qué vais a hacer con él?

El indio guardó silencio; su inescrutable rostro no revelaba sus pensamientos. Parecía amargado, pero prudente, completamente alejado del temperamento salvaje de su tribu. Shefford adivinó que sus sutrimientos eran hondos.

-¡Pues que se guarde de encontrarse conmigo! -murmuró Shefford, más para sí que para su compañero.

-También está aquí el mestizo- dijo Nas Ta Bega.

-¿Shadd? Ya lo hemos visto. ¡Miradlo, ahí está! ¿Sabéis lo que prepararán esos bandidos?

-Robarán lo que puedan.

-Withers dice que Shadd está en buenas relaciones con los mormones.

-Sí, y con el misionero también.

-¿Con Willets?

-Los vi hablar y, al parecer, tenían intereses comunes.

-Es extraño... Ese mestizo es audacísimo y sería capaz de presentarse en Kayenta. He de andar con cuidado con él, porque dice Withers que me sigue los pasos.

-Bi No¡, lleváis una cicatriz que es prueba de ello - dijo el indio.

-Entonces, debe de saberse hace tiempo que tengo
algún dinero.

-Puede ser. Pero, Bi Nai, ese mestizo tiene otros fines además del dinero.

-¿Que quereis decir?-preguntó Shefford, inquieto.

-Nas Ta Bega no puede decir lo que no sabe - repuso el navajo -. Algún día lo sabremos... Bi Nai, he de deciros también una pena que no lo es sólo para el indio... Una pena para mi hermano.

Shefford alzó la vista y vió una gran tristeza en los ojos del navajo.

-Bi Nai, hace mucho tiempo contasteis una cosa al traficante. Nas Ta Bega estaba aquella noche sentado ante el fuego. Vos ignorabais que comprendía vuestro idioma. Nas Ta Bega escuchó. Y supo lo que os había traído al territorio de los indios. Aquella noche os hizo su hermano... Todas sus solitarias excursiones han sido para hallar la niña de los cabellos de oro, la muchachita perdida..., Fay Larkin... Bi Nai, he encontrado a la joven que deseabais por esposa.

Shefford no supo que decir; la vista se le nublaba. Las últimas palabras del indio parecían venir de muy lejos.

-¡Bi Nai, he encontrado a Fay Larkin ! - repitió Nas Ta Bega.

-¡Fay Larkin ! -dijo Shefford por fin, con voz anhelosa-. ¡Pero si murió !

-La pena sería menos grande para Bi Nai si fuera así.

Shefford asió el brazo del indio. Iba a oír alguna revelación terrible. Temblaba como un azogado, porque adivinaba la revelación..., presentía el golpe que iba a recibir...

-Ahí dentro está-murmuró el navajo señalando la sala.

-¿Fay Larkin? - murmuró Shefford.

-Sí, Bi Nai.

-¡Dios mío! ¿Cómo lo sabéis? ¡Oh, yo hubiera debido comprenderlo! ¡He estado ciego! Decid..., ¿quién es?

-Fay Larkin es Lirio.

Shefford se refugió en un silencioso rincón de la ancha plaza, donde a la sombra y quietud de los árboles pudiese resistir la tormenta que nacía en su corazón. Durante el breve rato, de cuya duración no tuvo conciencia,, el indio no se apartó de el. Cuando cesó la crisis de dolor agudo y en su tumultuosa mente se hizo un poco de orden, vió en Nas Ta Bega la misma cualidad - silencio o fortaleza o ayuda que había encontrado en los profundos cañones y las altas rocas. Entonces comprendió que el indio era verdaderamente un hermano para el. Y lo necesitaba. Lo que el tenía que vencer era más fatal que los sufrimientos o el amor, era el odio que surgía de pronto de los insospechados abismos de su corazón, comprendía plenamente la tragedia de Juana Withersteen, la pasión de Venters y el porque Lassiter se convirtió en gun-man.

El desierto había transformado a Shefford. Las fuerzas elementales habíanle endurecido todo el cuerpo, hasta las mismas fibras del corazón. El sol, el viento, la arena, el frío, las tormentas, el espacio, las rocas, el cacto venenoso, el duro trabajo, la terrible soledad, el temple del hombre del desierto, la bravura de los mustangs, la ferocidad del halcón y del lobo, la eterna y amarga lucha de cuanto quería sobrevivir, todo ello parecía haberse fundido en él, convirtiéndose en una tenebrosa y apasionada corriente que ahora latía en sus venas. Shefford sentíase otro hombre, y estaba orgulloso de su transformación. Sin embargo, aún veía ante sí, mirándole con ojos graves y serios, su alter ego, el hombre razonable,. inteligente, educado; el hombre que había sido bueno a pesar del vergonzoso fracaso de su vida. Y obedeció a la voz de la conciencia.. No sería buscando vengativamente al mormón que había arruinado la vida de Fay Larkin, ni infligiéndole el castigo de la ciega justicia del desierto, como podría ayudar a la desdichada muchacha. La razón había de templar esa su nueva y fiera fuerza para no convertirse en un ser que sólo respondiese a impulsos primarios. En las tinieblas de aquella hora ahondó en su corazón, trató de comprenderse y tembló ante lo que veía..., mas, por fin, triunfó sobre sí mismo. Desde aquel momento era un hombre. Acaso luchase y quizá la muerte le aguardaba al final de esa lucha, pero jamás se dejaría vencer por el odio.

Mirando al porvenir, concibió el extraño e irrevocable propósito de

salvar a Fay Larkin. Ésta era joven, muy joven, y era preciso que la vida le deparase aún años de felicidad. Soñó con alcanzar el arco iris, estuvo dispuesto a encontrar a la niña en el perdido Valle de la Sorpresa. ¡Y, por fin, la hallaba! No se le ocurrió preguntar a Nas Ta Bega como había descubierto que Lirio era Fay Larkin; lo sorprendente era que el no lo hubiese adivinado.

Sí, salvarla había sido su sueño. Se había encariñado con la idea y así llego a amar también a la niña. Luego vino la amarga noticia de su muerte.

A la luz de la subsiguiente revelación, ¡qué natural era su amor por María! Ahora ya nunca más se llamaría así para el. Fay Larkin y Lirio eran una y la misma. No estaba lejos en aquel momento y, sin embargo, nada podía hacer para ayudarla, ni siquiera podía revelarle la verdad. Reteníanle en la sombría sala aquellos tétricos mormones, enemigos de las mujeres, y estaba encadenada de un modo fatal a uno de ellos. Ahora, a causa de la debilidad mostrada durante el juicio, seguramente la odiarían. Al pensar en el pasado, en el presente, en el porvenir de la joven y en el misterioso mormón cuyo rostro ella jamás había visto, Shefford sufrió una terrible punzada y le flaqueo el ánimo. Fay había jurado que no era mujer sellada. Pero ¿no habría mentido? Shefford comprendió todo su desamparo, toda su impotencia para ayudarla.

Mas, para salvarle, vino en su ayuda aquella misteriosa revelación que le dio el desierto. Fay no había muerto. ¡La había encontrado! ¿Qué importaban los obstáculos, que importaba el implacable credo al que ella había sido sacrificada, ante tan bendita y aturdidora verdad? Ésta era grande como el amor que de pronto alboreó en su corazón. El destino de la niña habíale atraído y ahora era su angustia, su inocencia y su belleza lo que le encadenaban a ella para siempre. Todo lo daría, hasta la misma vida, con tal de salvar a la mujer amada.

Sus armas habían de ser la paciencia y la astucia. El juez fracasaría seguramente en su empeño de condenar a los mormones por el delito de poligamia, lo mismo que había fracasado en otras partes. Él y sus auxiliares se marcharían, y Stonebridge volvería a la quietud, a la vida de antes. El valle oculto había dejado de ser un lugar secreto, para los buenos y para los malos, mas este hecho no haría cambiar a los mormones de un modo repentino. No tenían el hábito de cambiar con facilidad. Volverían a mandar las mujeres al pueblo y, pasada la Momentánea agitación, irían otra vez a visitarlas corro antes. Acaso solo la muerte podría hacer cambiar a los inveterados mormones.

Shefford decidió quedarse en Stonebridge para congraciarse más aún con los mormones. Trataría de hallar trabajo en el pueblo y, si las

mujeres volvían al valle, él tomaría a llevar allí las expediciones de Withers y, si le faltase esta oportunidad, buscaría otra clase de trabajo o algún pretexto que le permitiese ir al cañón.

A su debido tiempo revelaría a Fay Larkin que conocía su secreto. ¡Como le emocionaba la idea! Ella lo negaría todo, acaso insistiera en guardar silencio, pero de nada había de valerle; el sabría al fin su historia, la suerte de Juana Withersteen y de Lassiter, y si, como sospechaba, éstos vivían, los encontraría y sacaría de la región con Fay Larkin.

Cuando Shefford y Nas Ta Bega volvieron a la Casa Consistorial, el juicio había terminado ya; el edificio estaba cerrado y solo quedaban en la plaza unos pocos indios, a punto de alejarse también. Pero en la calle, en los senderos y en los pórticos de las tiendas, veíanse grupos en animada conversación. Shefford se paseo por la calle principal con la esperanza de encontrar a Withers o a Joe Lake. Nas Ta Bega le dejo diciendo que iba a abrevar los caballos y que luego volvería a reunirse con él.

Había indicios de que Stonebridge podría ser escenario de agitación y tumultos sangrientos, tales como los que ocurrían con frecuencia en ciudades como Monticello y Durango. Solo había un salón de baile y juego en Stonebridge, y se hallaba lleno de ruidosos boyeros y domadores de caballos; tambien estaban en él Shadd y sus bandidos. El edificio contiguo era el «Hopewell House», una taberna respetable. Shefford entro y vio que en la gran sala había muchos hombres. Encontró allí a Joe Lake hablando con el obispo Kane y otros mormones. El obispo saludo cariñosamente a Shefford, y los demás desconocidos, a los que Joe le presento, tambien lo recibieron con simpatía.

-¿Habéis visto a Withers? - pregunto Shefford.

-No -replico Joe -; pero no debe de andar lejos. Quedaos aquí, pues seguramente vendrá de un momento a otro.

-¿Cuándo vais a volver a Kayenta? - continuó Shefford.

-Es difícil decirlo. Tendremos que suspender nuestra proyectada cacería. Nas Ta Bega se halla tambien aquí.

-Sí, he estado con el.

Los mormones apartáronse un poco. Joe dijo que estaba muerto de hambre. Shefford fue con el a otra habitación, una especie de comedor, donde había unos seis hombres sentados a una larga mesa. Joe y Shefford ocuparon un asiento al extremo de ella.

-Os vi en el juicio - dijo Joe -. Un infierno, ¿verdad

-Joe, para mí siempre ha sido difícil hablar con vos de estas cosas, porque no se hasta donde puedo llegar. Pero, ya que lo habéis dicho, confieso que, en efecto, aquello parecía un infierno - contesto Shefford.

-No debéis tenerme tanto miedo - repuso Joe con impertinencia.

-No es miedo, Joe. Pero, como os aprecio, no puedo hablar mucho de... de los vuestros.

-¿Habéis visto toda la función? -pregunto Joe.

-No. Me basto con... con lo de María... –contesto.

Shefford en voz baja, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Oyó el rechinar de los dientes del mormón. Hubo ni largo rato de silencio.

-Creo que el juez estuvo bastante comedido-dijo poco Joe.

-Sí, tal creo. Hubiera podido... - Shefford no terminó la frase-. ¿Cómo acabó la cosa?

-Muy bien.

-¿No hubo, pues, sentencia?

-¡Ca! -dijo Joe con desdén-. Ese Tribunal hubiepodido ahorrarse el trabajo.

-Tal vez. Pero, Joe, aquí para entre nosotros, como dejos amigos, ese juicio estableció una verdad, aunque no fue posible probarla... Esas mujeres son esposas selladas.

El joven no contesto. Su mirada era sombría, y un rictus de firmeza contrajo su boca. Parecía en aquel momento un verdadero mormón.

-El juez lo sabía tan bien como yo-continuo Shefford -. Cualquiera con un poco de penetración hubiera podido verlo. ¡Que tremenda prueba para esas buenas mujeres! Yo se que son buenas. Y juran que…

-¿Acaso no me dio náuseas a mí verlo?-le dije.

Irrumpió Joe, con una especie de gruñido -. Creo que el juez tambien se apiadó. Despues del interrogatorio de María, condujo el juicio maquinalmente. Deseaba terminarlo. No forzó ninguna pregunta... En mal sitio se han metido al venir a Stonebridge, que parece estar en el fin del mundo. Y sólo con seis hombres para guardar al juez v a sus auxiliares. La verdad es que, aunque sean personajes oficiales del Gobierno, no están muy seguros. Creo que se han dado cuenta de ello.

-¿Se han marchado ya?-preguntó Shefford.

-Hace una hora. No los he visto, pero me lo han dicho. Dicen que tomaron el camino de Bluff, que es el único que podían tomar, si no querían ir al Estado de Colorado por Kayenta. Acaso hubiese sido más seguro que el otro.

-¿Que puede pasarles, Joe?

-Bien conoceis lo malo que es ese camino. Muy difícil, para los caballos..., las laderas son pinas..., hay allí muchas rocas..., siempre es posible que en un momento dado se caiga alguna encima. Además..., allí

está Shadd con su cuadrilla. Y los endemoniados piutes.

-¿Que ha sido de las mujeres? -preguntó Shefford, tras breve silencio.

-Están en casa de gente amiga.

-¿Dónde están sus hijos?

-Quedaron en el pueblo con algunas ancianas. No fue posible traerlos aquí, pero hay niños muy pequeños entre ellos y necesitan a sus madres.

-Claro..., es natural - repuso Shefford haciendo un esfuerzo-. ¿Cuándo volverán allí?

-Esta misma noche, si esa cuadrilla de boyeros v domadores salen de la ciudad... Mala cosa, Shefford, porque si esos hombres se emborrachan, es posible que traten de acercarse a las mujeres.

-¿Quereis decir que estando borrachos pueden tomar en serio el juramento de esas mujeres..., tomarlo en sentido literal..., pretender que son lo que juraron ser?

-Creo que lo habeis adivinado -contesto Joe lúgubremente.

-¡Dios mío ! ¡Sería horrible ! -exclamó Shefford.

-Horrible o no, es posible que suceda. Las mujeres pueden permanecer aquí algún tiempo si es preciso, pero, de todos modos, han de volver a su pueblo y puede que entonces suceda la cosa. A propósito de esto, Shefford la misión de llevar las mujeres al cañón me ha sido encomendada a mí. Ya he reunido algunos amigos que me van a acompañar. ¿Puedo contar con vos? Me satisface poder deciros que os tienen en buen concepto. El obispo Kane os aprecia, y lo que el dice es ley.

-Sí, Joe, podeis contar conmigo - aseguró Shefford.

Terminaron la cena y se dirigieron otra vez a la sala. Shefford vió al obispo Kane y a dos desconocidos hablar con Withers. El traficante parecía expresarse con inusitada energía y recalcaba sus palabras con rápidos ademanes.

-Creo que ocurre algo grave - murmuró Joe con voz ronca.

Withers debía de esperar la aparición de Shefford, porque al instante que Joe y el se acercaron, dijo:

-Aquí está Shefford. Deseo que le oigáis personalmente.

-¿Que sucede? -preguntó el aludido.

-Decid lo que hay y hablare yo también - exclamó Joe Lake.

-Shefford, se trata ante todo de vuestro buen nombre-continuó el traficante-. No hace mucho dije al señor obispo que pensaba daros otra vez el empleo de llevar las provisiones a aquel valle, como hacíais antes. El obispo se mostró complacido y dijo que tal vez el os daría también algún

trabajo. Pero bien, ahora llego aquí y resulta que vos... sois indeseable. He insistido en saber la verdad y me la han dicho. Willets os ha difamado. Entre otras cosas dijo (fue lo que más me molestó) que vos seríais capaz de todo, hasta de mostraros inclinado al mormonismo, con tal de poder estar en aquel pueblo entre las mormonas. Willets es vuestro enemigo y procede peor de lo que me había figurado. Ahora lo que yo deseo es que digáis al señor obispo por que ese misionero os quiere tan mal.

-Caballeros, le derribe de un buen puñetazo - repuso Shefford con sencillez.

-¿Por que? -preguntó el obispo, curioso y sorprendido.

Shefford relató el incidente ocurrido en Laguna Reja.

-¿Insinuáis que tenía malas intenciones con la muchacha india? - preguntó Kane.

-No insinúo nada. Sólo hago constar lo que me llevó a realizar esa agresión.

-¿Acaso se trata de principios religiosos, señor?

-No. Se trata de principios de hombre.

Withers interrumpió el interrogatorio con su habitual rudeza:

-Señor obispo, ¿habeis visto alguna vez a Cien Naspa?

-No.

-Pues es la mujer navaja más bonita de esta región. Willets iba tras ella, eso es todo.

-Querido Withers, no puedo creer eso de un misionero cristiano. Conocemos a Willets desde hace años. Es un hombre influyente. Realiza una buena labor; el Gobierno le sostiene económicamente. Vos insinuáis que se trata en este caso de relaciones amorosas.

-No, no insinúo nada -respondió Withers con impaciencia -; lo se. No es la primera vez que ha sucedido. Señor obispo, vivo entre los indios ; veo muchas cosas que jamás relato. Mi tarea consiste en traficar con los indios y nada más. Pero no he de permitir que Willets u otro canalla difame a mi amigo. Juan Shefford es el joven más noble que he conocido en el desierto. Y es preciso que su nombre quede ahora mismo sin tacha o no vuelvo yo a poner los pies en Stonebridge... Willets iba tras Glen Naspa; Shefford le asestó un buen puñetazo. Más tarde lo echó de la casa del indio en la montaña. Eso explica la enemistad de Willets, que iba tras de la india.

-Y, lo que es más, caballeros, la tiene-añadió Shefford -. Glen Naspa abandonó su casa hace seis meses. La vi en Cañón Azul... Quisiera enfrentarme con ese Willets delante de todos.

-Eso es muy fácil - repuso Withers sonriendo -, porque está ahí fuera.

El traficante salió, siguióle Joe Lake y detrás fueron los tres mormones. Por último salió Shefford, se detuvo en la puerta y contempló los grupos allí presentes. Su sentir contrastaba con sus movimientos. Ardía en el la llama de la ira. Mas pareció como si un rostro se interpusiera de pronto..., un rostro dulce y trágico, que habría de tener fuerza suficiente para que el joven se reprimiese en momentos mucho más críticos que aquel. E instantáneamente se serenó, comprendiendo el poder que había logrado.

Willets estaba hablando con el mestizo Shadd, rodeados los dos por algunos indios y los bandidos blancos.

-¡Willets, escuchad un momento! -gritó con voz estentórea el traficante, imponiendo en seguida silencio.

Cuando Willets se volvió, Shefford ya había avanzado decididamente. El misionero no sólo le vió a él, sino también a Nas Ta Bega, que venía por la derecha. Así quedaron todos frente a Willets, que había palidecido. Shadd y su cuadrilla se acercaron un poco, manteniéndose, sin embargo, a prudente distancia.

-Willets, aquí está Shefford. ¡Repetid ahora delante de él lo que habéis dicho ! -ordenó el traficante, que estaba enojado y quería despejar la situación.

El misionero, aunque pálido, se mostró osado. Shefford observó un momento el suave rostro y los claros ojos de su enemigo.

-Willets, tengo entendido que me habéis difamado ante estos señores - dijo secamente.

-Os llamé ateo - replicó Willets con dureza.

-Y algo más. Yo he explicado a estos señores por qué me colmáis de injurias.

Willets se echó a reír.

-Las acusaciones de un hombre como vos no pueden hacerme daño - dijo.

A Shefford le sorprendió la actitud del misionero y meditó un instante. Era preciso tratarlo de otro modo.

-Pero yo sí puedo haceros daño - tronó Shefford con sorprendente viveza-. ¡Mirad a este indio! ¿Le conocéis? Es el hermano de Glen Naspa. ¡Miradle! Veamos cómo os encaráis con él mientras yo os acuso... ¡Vos habéis hecho el amor a Glen Naspa..., la habéis obligado a abandonar su casa!

-¡Maldito hereje! -replicó Willets con voz ronca-. ¡Conque ése es vuestro juego! Sabed, pues. que Glen Naspa vino por su propia voluntad, y así lo atestiguará ella.

-¿Ah, sí? Será porque la habeis sugestionado... Willets, voy a

emplear un poco de mi precioso tiempo con vos.

Y, rápido como una pantera, saltó sobre el misionero, cogióle por el cuello obligándole a arrodillarse y le dobló la cabeza hacia atrás. Willets quiso resistir, librarse de su enemigo, pero las férreas manos de Shefford no se aflojaron.

-¡Maldito hipócrita! ¡Canalla..., te voy a matar! - gritó Shefford-. Te vigilé aquel día en la montaña cuando estabas con Glen Naspa. Vi que la abrazabas. Vi que ella te amaba. ¡Confiésalo, miserable embustero! Confiesa o...

El rostro del misionero enrojeció bajo la presión de las manos de Shefford.

-¡Mira que te mato ! -repitió el joven-. ¿Quieres comparecer ante tu Dios sin la debida preparación? Di que hiciste el amor a Glen Naspa..., di que la obligaste a abandonar su casa y su familia. ¡Pronto!

Willets alzó su temblorosa mano y Shefford le soltó. Medio estrangulado, jadeó unas cuantas palabras confesando su mala acción, aunque su lívido rostro la revelaba suficientemente.

Shefford le dio un empujón y Willets rodó a los pies del navajo.

-Señores, lo dejo a merced de Nas Ta Bega -dijo Shefford, pasando extrañamente de la ira a la calma.

Muy avanzada la noche, cuando los ruidosos visitantes dormían despues de emborracharse a su gusto, salió de Stonebridge una extraña y silenciosa procesión. Joe Lake y sus compañeros, armados, escoltaban a las mujeres mormonas hacia el valle oculto. Montaban en burros y mustangs, destacándose en la oscura y sombría hilera una sola figura blanca.

Al comienzo, hasta que aquella blanca figura apareció, Shefford pasó indecible angustia. Despues sintió un dulce consuelo al verla y poder estar cerca de ella para preservarla de todo mal.

Poco a poco las nubes desaparecieron y la luna iluminó la extraña cabalgata. La noche era tranquila; las altas v oscuras montañas proyectábanse hacia el firmamento; las innumerables ondulaciones del rocoso terreno que era. preciso cruzar yacían en profundas sombras. Sólo se oía el invariable chocar de los cascos de las monturas.

Shefford ocupaba un sitio al final de la hilera y se mantenía siempre a distancia, acercándose sólo de vez en cuando a alguna de las mujeres encomendadas a su cuidado. Aquellas esposas selladas iban donde las llevaban sus monturas, tan ciegas bajo sus capuchas como las mujeres árabes bajo su velo en los palanquines. Al cabo de una hora llegaron a la altiplanicie, y allí, a causa de lo quebrado del terreno y los difíciles

senderos, empezaba el verdadero trabajo de la escolta. La hilera se alargo y cada uno de los guías se mantuvo al lado de las mujeres cuya custodia le estaba encomendada. A Shefford le correspondían tres, siendo una de ellas la mujer querida. Tan pronto como se juzgase suficientemente sereno, iba a hacerle saber que junto a sí tenía a un hombre al que tal vez no hubiera olvidado, un verdadero amigo. ¡Seis meses hacía que no se hablaban! Para él había sido una eternidad. ¿Y ella...? ¿Le recordaría? Shefford sintióse como un cobarde que la hubiera vilmente abandonado. ¡Si hubiera podido adivinar la verdad... !

La muchacha iba montada en un burro de lento paso, que interrumpía constantemente la marcha. Cuando empezó además a renquear, las otras mujeres pasaron delante. Shefford desmonto y detuvo el burro. Ella no se dio inmediatamente cuenta de la detención v, durante aquel intervalo, el joven trato por dos veces de hablarle, sin conseguirlo.

-Montad en mi caballo -pudo decir al fin, y su voz sonó extrañamente.

Sumisa y cansada, la muchacha apeóse y monto sobre Nack-yal. Los estribos resultaron demasiado largos para ella, y Shefford los acorto con torpe y temblorosa mano.

De pronto se dio cuenta instintivamente de que un sutil cambio se había operado en la joven, y la emoción le impidió continuar la tarea. Si la vida hubiese dependido de mantener baja la cabeza, no hubiera podido hacerlo. Alzo el rostro y vio que ella le estaba mirando.

Luego se inclino un poco hacia él. Con mano rápida se quito la negra capucha para poder ver mejor. Shefford contemplo su blanca faz. Sus ojos eran como la noche.

-¡Vas! -murmuro la muchacha con singular entonación.

Shefford sintió que la sangre le afluía al rostro. ¿Como interpretar aquella breve exclamación? ¿Hubiera podido expresar tanto otra palabra?

-Sí..., yo-repuso vacilante.

La joven le tendió su blanca mano ; el la cogió cónmovido, contemplándola, hasta que ella se soltó, volviendo a cubrirse con la capucha, mientras Shefford vió desaparecer el rostro adorable con sus tristes ojos y sus labios contraídos en trágico rictus de dolor.

Despues tomo la brida de Nack-yal, guiándolo por el camino iluminado de luna.

XII

Ala tarde siguiente empezaron a llegar al pueblo del oculto valle, al que las mormonas habían vuelto, grupos de boyerós y domadores de caballos, los cuales eran tan buenos rastreadores como los indios y hallaron fácilmente el camino.

En todos los cedros del bosquecilló veíanse colgados los equipos de los rudos hombres, y junto a aquéllos, los caballos maniatados y los encerados que servían de cobijo a los invasores. Shefford y Joe Lake habían montado su campamento en el sitio de siempre, junto al manantial. Los demás hombres de la escolta albergáronse en el mismo pueblo. Aquella misma tarde se cerraron las casitas, permanecieron oscuras y desiertas en apariencia, como si sus habitantes se hubiesen marchado. Ninguna de las mujeres se dejo ver.

Shefford y Joe, a causa de la situación de su campamento, y dada su viveza, recibieron a cada uno de los visitantes a medida que iban llegando. El camino desde Stonebridge era largo y duro, y disipaba los efectos del alcohol que los buscadores de aventuras habían ingerido antes de ponerse en marcha. La situación se salvo gracias a este hecho. Sin embargo, Joe temía que sucediese algo desagradable. La mayoría de los visitantes era gente buena y pacífica, pero lo suficientemente cándida para creer que aquel pueblo era realmente lo que los mormones pretendían que fuese..., de mujeres libres. Mas había entre ellos sujetos peligrosos y de malas intenciones.

A la hora de la cena había unos veinticinco acampados todos junto a la pared oeste del cañón. Por todas partes se veían fogatas, y las alegres canciones de los visitantes interrumpían la serena quietud del valle. Más tarde, y en grupos de dos a tres, fueron al pueblo y atisbaban las oscuras casitas, divirtiéndose y embromándose mutuamente. Joe informó a su amigo de que todas las mujeres estaban en tres o cuatro cabañas donde su protección resultaba fácil. Por lo que Shefford pudo saber que no hubo ningún incidente desagradable en el pueblo, pero cuando los visitantes regresaron a los cedros detuviéronse junto al manantial y su actitud era inquietadora.

A pesar de que la mayoría de aquellos boyeros y sus camaradas eran gente buena y empezaban a ver la realidad, no estaban dispuestos a ser corteses con Shefford. La situación de este, gentil entre mormonas, dio lugar a las críticas. Acaso influyesen también los celos, porque cuando

pasaban cerca de el hacían ciertas observaciones, con el fin de que las escuchase, resultándole a Shefford muy duro tener que callar por prudencia. Además, la creciente impaciencia de Joe Lake contribuía a hacer la situación más difícil, por lo cual Shefford se alegro de la llegada de Nas Ta Bega. El indio escuchó un momento la ruidosa charla de los intrusos boyeros agrupados cerca de las fogatas, y después se quedó taciturno y alerta.

Sin embargo, ninguno de los vaqueros, cuyo sarcasmo había molestado a Shefford, precipitó los acontecimientos. Un domador de caballos, un tal Hurley, hombre de mala fama, casi un proscrito de la Ley, fue quien los determinó.

-Oye, Shefford : ¿que diablo de empleo es el tuyo aquí, vamos a ver? - preguntó, al echar de un puntapié una nueva rama a la fogata. La llama, súbitamente avivada, revelo un rostro sucio, sin afeitar, de facciones desagradables.

-He trabajado para Withers en varios asuntos - respondió Shefford sin inmutarse -. Supongo que ahora volvere a traer aquí las caravanas de provisiones, como antes.

-Los mormones deben de tenerte en buen concepto. ¿Acaso eres mormón?

-No - fue la seca respuesta del joven.

-Pues me gusta tu empleo. ¿Necesitas ayuda? Se manejar los caballos mejor que nadie en este país.

-No necesito ayuda.

-Pero me llevarás a ver a esas señoras, ¿verdad? - continuo Hurley, con siniestra risa.

Shefford simuló no haberle oído. Hurley aguardó un momento, mirando a sus compañeros, que escuchaban atentamente, y después a Shefford.

-Las quieres todas para ti, ¿eh? - dijo con sorna.

Shefford lo derribó de un tremendo puñetazo; el domador rodó como un tronco. Al cabo de un rato incorporóse, blasfemando, y extrajo el revólver del cinto. Nas Ta Bega, rápido como el rayo, hizo caer el arma dándole un puntapie en la mano. Y Joe la recogió.

- ¡Arriba ! - ordenó.

Hurley se levantó lentamente y, al estar de pie, Joe le dio un golpe con el cañón del arma amartillada. Shefford, asustado, temió que el revolver se disparase, y los demás creyeron lo mismo, sobre todo Hurley, que se echó atrás sobrecogido de pánico.

-¡En marcha ! - dijo Joe, y le dio otro golpe con el arma, cuyo gatillo

no debía descansar sobre el pelo.

-Cuidado, Joe, que quizás está cargado - protestó uno de los boyeros.

Hurley siguió retrocediendo y, de pronto, se volvió, poniendo pies en polvorosa, seguido muy de cerca por el mormón. Los dos desaparecieron en la oscuridad. Se hizo un silencio forzado en el campamento. A poco, algunos de los hombres se alejaron, y otros empezaron a hablar en voz baja. Todos oyeron el ruido de cascos de caballo. El ruido se perdió por fin y, pocos momentos despues, regresó Lake, llevando aún el revolver en la mano.

Entonces los grupos se dispersaron definitivamente, y de nuevo volvió a reinar la paz y la quietud en el valle. Sin embargo, Shefford, Joe y Nas Ta Bega montaron, alternando, la guardia.

A la mañana siguiente, muy temprano, hubo un éxodo en el valle, marchándose el grupo más decente de los intrusos. «No se divierte uno aquí», observó uno de ellos, y, con tan buen humor como habían venido, alejáronse nuevamente. Quedaban, sin embargo, unos siete, todos inclinados al mal. Un poco más tarde, recibieron refuerzos con la llegada de nuevos visitantes que venían de Stonebridge. Todos evitaban el campamento junto al manantial, y cuando Shefford y Lake trataban de acercarse, los esquivaban. Al observarlo, Joe dijo que los intrusos estaban tramando algo feo. Al parecer, los recien llegados habían traído consigo whisky, pues al mediodía veíase claramente que algunos estaban ebrios por el escándalo que armaban entre los cedros. Joe Lake expresó la creencia de que alguien moriría de un balazo, y Shefford comprendió tambien que el vertimiento de sangre era más que probable.

Por consejo de Joe se refugiaron los tres en una de las cabañas abandonadas, vigilando el campo. Pasaron, sin embargo, algunas horas durante las cuales no vieron a los rufianes. Luego se oyó una detonación, un grito de agonía y, fueron interrumpidos poco despues por el ruido de muchos cascos de caballos. El navajo llamo a Joe y a Shefford para que mirasen por la ventana junto a la cual estaba el apostado. Desde allí pudieron ver que los intrusos se alejaban rápidamente. Joe, que los había contado antes, dijo que faltaba uno.

-Creo que pago por todos - añadió.

Así resulto, en efecto; uno de los hombres, un famoso ladrón de ganados, llamado Harker, había muerto de un tiro, disparado por no se sabía quien. El ahora muerto había tratado de forzar la entrada de una de las casas, y su desvergonzada audacia le costo la vida. Naturalmente, Shefford, incapaz de librarse de pensar de acuerdo con las normas establecidas en las regiones civilizadas, expreso la esperanza de que la

muerte de Harker no fuese causa de que las pobres mujeres sufriesen otro arresto para ser puestas a la disposición de un juez menos considerado que Stone.

-¿La ley, decís? -exclamo Joe -. Aquí no hay leyes. El sheriff más próximo está en Durango, en Colorado. Y ese sheriff nos daría una condecoración por haber quitado de en medio a Harker. Ha sido un golpe excelente, porque les ha dado a esos rufianes una saludable lección.

Al día siguiente reanudóse la antigua vida en el valle. La llegada de una gran caravana, guiada por Withers, demostró que los mormones no solo pensaban seguir ocupando el valle, sino que querían ensanchar el pueblo haciendo nuevas edificaciones. Las noticias complacieron a Shefford, porque así tendría trabajo y pretexto para seguir allí. Además, Withers trajo un mensaje del obispo Kane con objeto de que se le ofreciera a Shefford un empleo de maestro en la escuela, en colaboración con dos maestros mormones. El joven no experimento ningún remordimiento de conciencia al aceptar el cargo.

A la quinta noche después de la inolvidable cabalgada nocturna, Shefford se decidió por fin a ir otra vez a la cabaña de Fay Larkin. Iba con cierto temor porque no sabia como empezar ni como presentarse a la joven despues de su prolongada ausencia.

Dio un suave golpe en la puerta y salió ella en seguida. El encuentro fue totalmente distinto de lo que Shefford se había imaginado. La muchacha se mostró nerviosa y asustada, como todas las demás mujeres del pueblo, a causa de los acontecimientos. Shefford se apresuro a asegurarle la imposibilidad de que se repitiese lo ocurrido. Como había hecho siempre en sus anteriores visitas, hablo de prisa, empleando todo su ingenio para ser elocuente; evito hablar de cosas personales y trato, sobre todo, de apartar los pensamientos de Fay de su propio estado. Con gran alegría advirtió que la joven se iba animando, perdiendo su nerviosidad y su tristeza.

Despues de desearle una buena noche, Shefford comprendió lo falso de su situación. Sabía que no podría mantener el engaño durante mucho tiempo. Y el pensamiento de la próxima revelación le tuvo despierto casi toda la noche. A la mañana siguiente emprendió con entusiasmo la labor que le correspondía hacer en el pueblo. La bondad y la buena voluntad que le eran inherentes no necesitaban estímulo, pero, además, su profunda pasión por la extraña muchacha le convirtió en un astuto intrigante para lograr amistad e influencia en el pueblo. ¿Habría en el alguna mujer a la que pudiera confiarse en caso de necesidad? Su instinto le condujo a la mormona que más le había distinguido... Ruth. Ruth Jones había dicho

llamarse en el juicio, y cuando Shefford se dirigió a ella pronunciando tal nombre, la mujer se echo a reír burlonamente. Ruth no era muy religiosa y, a veces, mostrábase amarga y dura. Ansiaba vivir y se veía encerrada como prisionera en aquel valle solitario. Agradábanle las visitas del joven. Éste creyó advertir que estaba ligeramente cambiada, pero no sabía a que era debido. Después cayo en la cuenta de que en ella se había operado la inefable reacción : no poseía suficiente fe para soportar la carga que había aceptado, ni valor para librarse de ella. Veíase que estaba dispuesta a amarle. Esto no asustaba a Shefford, porque, si tal ocurría, acaso fuera su amor su áncora de salvación. Comprendió el peligro en que estaba Ruth, y entonces el llego a ser lo que no había sido durante todo el tiempo que ejerciera el sacerdocio : un verdadero auxiliar espiritual. Con altruismo, solo por ella, halló el medio de ejercer influencia sobre la mujer, y con egoísmo, a causa de Fay Larkin, empezó a conquistarla lentamente por si pudiera servirle más tarde en un momento de necesidad.

Los días transcurrieron con rapidez. Los mormones iban al pueblo de día, como trabajadores; erigieron nuevas cabañas y un almacen, y se hicieron muchas mejoras. Las mujeres murmuraban amistosamente acerca de las andanas de Shefford, pero hablaban de Lirio con lengua celosa y mordaz. Joe informaba a su amigo de lo que se decía en el pueblo. Todo lo que concernía a Lirio lo tomaba el simpático mormón muy a pecho. El flechazo había llegado hondo y el joven no lo ocultaba. A veces iba con Shefford a la cabaña de ella, pero solía hablar poco y se marchaba pronto. Shefford había temido el antagonismo del joven, pero no pudo descubrir tales sentimientos.

El joven vivía en realidad la jornada atareado, sólo para poder pasar aquella hora del crepúsculo junto a Fay Larkin. Y toda las noches parecían iguales. La hallaba siempre sola en la oscuridad, silenciosa, ensimismada, triste. Su tristeza no le causó perplejidad, sino el deseo de hacer algo para que ella no se sumiera cada vez más en la desesperación. Agotó todos sus recursos para hacer por ella lo que había podido hacer por Ruth. No obstante, fracasó. Algo había embotado los sentidos de Fay. Las sombras de aquel vergonzoso juicio debían cernerse sobre ella y estaba poseída de un extraño terror. ¿Pensaría acaso en Juana Withersteen y Lassiter, muertos o prisioneros en el valle del que ella saliera tan misteriosamente? Shefford se devanaba los sesos para hallar una respuesta. La suerte de sus amigos y la cruz que llevaba era el origen de su tragedia, pero su terror sólo podía causarlo la inminente y temida visita del mormón cuyo rostro jamás había visto. Shefford oró fervorosamente para que aquel hombre no se presentase nunca. Finalmente, se desesperó. Al principio, la joven solía

mostrarse animada, pero en seguida volvía a caer en el abatimiento. Y cuando él se despedía, advertíase en ella un anhelo, una inconsciente confianza en él, un deseo indecible de ser protegida.

Por último, Shefford ya no pudo más. Era precisa hablar, iniciar siquiera la revelación.

-Nunca me preguntáis nada -dijo -, ni siquiera respecto a mí.

-Contadme algo - repuso ella tímidamente.

-¿Os parezco un hombre desgraciado?

-De ningún modo.

-Bueno, pues... ¿qué os parezco?

-Un hombre bueno, muy generoso para con nosotras las mujeres - replicó ella tímidamente.

-No sé, no sé... Si lo soy, no me reporta ninguna felicidad... ¿Recordáis lo que os conte hace mucho tiempo? ¿Que he sido sacerdote..., mi ruina, mi sueño de hallar el arco iris..., de encontrar a la niña perdida?

-Recuerdo todo lo que me dijisteis - contestó la joven en vox muy baja.

-¡Escuchadme! -La voz de Shefford era un poco ronca, mas advertíase en ella una irresistible vehemencia -. La pérdida de la fe y de la fama no me trajo a esta región selvática, sino el amor..., el amor hacia aquella niña perdida llamada Fay Larkin. Tanto soñé con ella que llegué a quererla. Soñé que hallaría mi tesoro, ella, al pie del arco iris. Cuando me dijisteis que había muerto, lo creí. Vuestra vox tenía el tono de la verdad. Respeté vuestra reserva. Pero algo en mí murió entonces. Perdí lo mejor que tenía, lo bueno que hubiera podido elevarme. Me marché, bajé a la región desierta y yerma, convirtiendome en un ser más duro. Sin embargo, aunque parezca extraño, nunca la olvidé, si bien mi sueño habíase desvanecido. Mientras viví la dura vida del desierto y me iba transformando en otro hombre, seguí amándola cada vez más, si no a ella, a su recuerdo. Ahora he vuelto a estos valles profundos..., a la fragancia de los pinos, de los cedros y de las flores, al viento en las alturas, al silencio, la soledad y la belleza de los cañones. Y, con todo esto, vuelve mi sueño... y ella siempre va conmigo. Su espíritu es el que me hace ser bueno y generoso, como decis vos. Pero sufro; anhelo que la mujer de mis sueños viva. Si la amo creyéndola muerta..., ¡cómo la amaría si viviese! Siempre me torturo con la vana esperanza de que acaso no esté muerta. Siempre he sido un soñador. Aquí trabajo durante el día, y paso las noches en vela pensando sólo en ella..., en la niña perdida..., a la que amo. ¿Os parece extraño? No os lo parecería si comprendierais... ¡Figuraos... ! Había perdido la fe, la esperanza. Me impuse una gran misión..., hallar a Fay Larkin. Y

comprendí que en el sacrificio que me imponía había de encontrar alguna fe... Mi finalidad no está conseguida, puesto que no he podido salvarla, pero, aunque parezca extraño, precisamente porque sigo amándola y porque vivo en esta región selvática, donde ella está en alguna parte, ha vuelto a renacer en mí la esperanza. También ha de venir, pues, la fe. Por Fay Larkin he llegado a conocer a Nas Ta Bega, que me ha salvado la vida y me ha enseñado mucho. ¿Qué hubiera yo sabido de la desnuda y vasta tierra, qué de lo sublime de estas altiplanicies, qué de las tormentas de la noche y del sol, si no hubiese seguido el sueño que ella me inspiró? Persiguiendo a una niña perdida, tal vez me he adentrado en un lugar donde podré hallar a Dios y mi salvación. ¿Os maravilla, pues, que ame a Fay Larkin..., que para mí no haya muerto? ¿Os maravilla que la ame, cuando sé que si viviese prisionera en un cañón, o en otra parte cualquiera, mi destino me habría de llevar hacia ella para salvarla?

Shefford terminó, vencido por la emoción. No podía, ver el rostro de la muchacha a causa de la oscuridad. pero la figura blanca que permanecía silenciosa parecía animada de más vida. Shefford sabía que su peroración era absurda; sin embargo, no creyó que fuese vergonzoso haberle revelado que la amaba, aun creyendola muerta. Si sus palabras llevaran ese amor al corazón secreto de Fay Larkin viva, tal vez hiciera la luz en su alma. No había pensado que Fay Larkin pudiera llegar a ser suya. Presentía la existencia de un crimen..., había visto la mortal angustia de la joven. Y su confesión era un paso hacia su liberación.

Fay se levantó suavemente y retrocedió en la oscuridad.

-Perdonadme... si os he molestado -dijo Shefford -. Pero deseaba que lo supierais, ya que la conocisteis. No soy feliz. ¿Lo sois vos...? Permitid que el recuerdo de Fay Larkin sea un lazo entre nosotros... Buenas noches.

-Buenas noches.

Débilmente, como el más quedo murmullo, llegó su respuesta, y aunque era de una niña obligada prematuramente a ser mujer, hablaba de una juventud aún viva, de dulce incredulidad, de asombro, de aturdimiento, de un anhelo frenetico de huir y esconderse, de la perplejidad que causa la primera insinuación amorosa.

Shefford se marchó, perdiendose en las sombras de la noche. Aquel tenue murmullo henchía su alma. ¿Habría ella escuchado jamás una palabra de amor? No, no; nunca el amor que él acababa de esbozarle. En aquel murmullo habló claramente la solitaria vida de Fay Larkin.

A la mañana siguiente, cuando el sol doraba los elevados picos y haces de oro penetraban en el valle, la joven recorrió con paso rápido el

sendero del manantial.

Shefford, que estaba cortando leña, interrumpió el trabajo. Joe Lake, de rodillas, con las manazas en una sarten donde se freían tortas, alzó la cabeza y se quedó mirándola fijamente. La muchacha no llevaba ya la capucha negra, y aunque su aspecto era completamente distinto, no bastaba para explicar la sorpresa de los dos hombres.

-Buenos días - exclamó ella con viveza.

Los dos contestaron, pero sin espontaneidad. Lirio se detuvo junto al manantial y, con un rápido movimiento de su poderoso brazo, llenó el cubo y lo alzó. Luego acercóse al campamento, donde se detuvo, dejando el recipiente en el suelo, y dijo:

-Joe..., ¿aún estáis orgulloso de las tortas que sabeis hacer?

-Creo que sí - respondió Joe haciendo una mueca.

-He oído muchas veces que os envanecéis de hacerlas mejor que nadie, pero nunca las he probado.

-Pues os invitaremos algún día a comer con nosotros.

-No lo olvidéis - respondió la muchacha.

Y, con una tímida mirada a Shefford, le preguntó

-¿Toda esa leña habéis cortado esta mañana?

-¡Vaya! -contestó él riendo-. Muy temprano he de levantarme si quiero que Joe no haga solo todas las obligaciones del campamento.

Ella sonrió y a Shefford parecióle radiante su rostro, porque la sonrisa era siempre extraña en el.

-La mañana es espléndida para trepar por las alturas. Ojalá no tuviera trabajo, para poder ir con vos.

-Joe, ¿querríais acompañarme algún día a la montaña?

-Creo que no habría nada mejor para mí - declaró el joven.

-Pero os advierto que trepo por los muros perpendiculares.

-Lo creo, María; no me sorprendería tampoco veros volar.

-¿Quereis decir que soy una golondrina o un ángel?

Joe se quedo con la boca abierta, sin saber que decir, y la muchacha recogió el cubo, se despidió y echó a andar con su rápido y gracioso paso.

-Está muy animada - dijo el joven mormón viéndola marchar-. Hasta ahora no le había oído decir más que monosílabos.

-Sí, en efecto, parece más alegre - observo Shefford.

Éste se hallaba aturdido. ¿Qué le había pasado a la joven? No parecía ni María, la mujer sellada, ni Lirio, flor extraña entre las mujeres mormonas. De pronto se dio cuenta : aquél era el aspecto de Fay Larkin. La que se consideraba como muerta, había vuelto a la vida. Una sola noche basto para realizar el prodigio...

-Shefford, ¿la habéis visto alguna vez así? - pregunto Joe.

-Nunca.

-¿Tenéis vos... algo que ver con eso?

-Acaso... Por lo menos, tal creo.

-Supongo que os habéis dado cuenta de lo que se ha desmejorado... desde aquel juicio.

-No -repuso Shefford rápidamente -, pero tampoco la he visto de día desde entonces.

-Pues es así -repuso Joe sombríamente-. Ha empezado a .marchitarse como el lirio del cañón cuando lo arrancan. Y se morirá, a no ser que...

-¡Pero, hombre ! ... -exclamo Shefford -. ¿No habéis visto...?

-Claro que lo he visto -le interrumpió el mormón -. Veo muchas cosas que vos no veis. Marta está tan blanca que casi es transparente. En una semana ha adelgazado mucho. No come. Lo se porque me he empeñado en saberlo. No es ninguna novedad para las demás mujeres de aquí. Pero a éstas les gustaría que muriese. Y repito que morirá, a no ser que...

-¡Dios mío ! -dijo roncamente Shefford -. No he reparado en ello, nunca creí... Joe, ¿es que ella no tiene amigos?

-¡Ya lo creo! Os tiene a vos, a Ruth y a mí. Tal vez a Nas Ta Bega también. Éste la vigila mucho.

-¡Podemos hacer tan poco por ella, y necesita tanto!

-Nadie puede ayudarle, excepto vos - observó el mormón -. Seamos francos. Marta era otra hace un momento. Parecía revivir, hablaba con ligereza, sonreía... Shefford, si lográis animarla, iré por vos hasta el infierno.

El corpulento mormón, de rodillas, con sus grandes manos en la masa y su camisa cubierta de harina, ofrecía un aspecto incongruente con la pasión que expresaba. Sin embargo, el contraste aumentaba la sencillez y la fuerza de sus emociones y Shefford sintióse atraído hacia él más que nunca.

-¿Por qué creéis que yo puedo animarla, ayudarla? - pregunto.

-No sé. Pero ella se porta con vos de otro modo. Sin embargo, no es porque seáis gentil, puesto que todas las mujeres están locas por vos. Lo que sé es que teneis influencia sobre ella.

-¿Quién es María, Joe? ¿De donde vino? - pregunto Shefford en voz muy baja, sin alzar los ojos.

-No lo sé. No he podido descubrirlo. Nadie lo sabe. Es un misterio..., por lo menos para nosotros los mormones de la nueva generación.

Shefford ardía en deseos de preguntar por el mormón cuya esposa

sellada era María, pero respetaba demasiado a Joe para aprovecharse de un momento tan emocionante como aquel. Además, se dio cuenta de que solo los celos le obligaban a querer saber el nombre del mormón, y eran ya demasiado fuertes para aumentarlos.

-Joe - dijo después de meditar -, solo su cuerpo pertenece a... a... Su alma, no...

-Shefford, no hablemos de eso. Estoy harto de martirizarme el cerebro. Me han enseñado las cosas tal como soy y, además, no soy ningún lince. Creo que, al fin y al cabo, lo mismo da un hombre que otro. A nosotros lo único que debe preocuparnos es que ella no muera.

Había hablado el amor. El mormón recogió la circunstancia elemental concerniente a ambos en sus relaciones con la desgraciada muchacha. Su sencilla y poderosa afirmación los unía, daba un mentís a su poquedad mental; era una afirmación tan profunda que Shefford necesito tiempo para comprender la idea del joven. ¿Hasta dónde llegaba? ¿Acaso quería decir que allí, entre dos hombres que amaban a la misma mujer, su clase, su deber, su honor, su religión nada significaban si se interponían en la liberación y la vida de ella?

-Joe Lake -dijo Shefford deliberadamente-, vosotros los mormones sois imposibles. No queréis verla morir. Con tal de que viva, aunque sea como una hermosa flor, os basta. Sólo pensáis en su cuerpo. Y ese es precisamente el grande, el terrible error de vuestra religión... Pero la muerte del alma es infinitamente peor que la del cuerpo... Henos, pues, aquí a los dos..., vos para salvar su vida, yo para salvar su alma. ¿Que estáis dispuesto a hacer?

-Pues, yo... me haría gentil para salvarla-dijo con significativa suavidad. Era una suavidad llena de reproches por la duda de Shefford y, al mismo tiempo, un reto al infierno.

Shefford comprendió el reproche y advirtió la exaltación de Joe.

-Y yo... yo me convertiría en mormón - dijo.

-Muy bien. Ahora ya nos entendemos. No creo que haya necesidad de cosas tan extremas. No tengo la menor idea de lo que creéis que se puede hacer. Pero, os lo suplico, id despacio, no vayamos a morir los tres. Antes, animadla cuanto podáis. Hacedle desear la vida. Pero id despacio y, sobre todo, no os quedéis hasta muy tarde con ella.

Aquella noche Shefford halló esperándole... a una muchacha que era tan transparente como el agua más cristalina, que se desprendió de su humor melancólico con la capucha negra, que, trémula, daba acogida a la felicidad sin conocerla, que en unos momentos era tímida y alocada como un cervatillo asustado, y en otros exquisitamente semiconsciente de lo que

significaba despertar de una pesadilla y ser amada.

Shefford vivió esa hora como en un sueño, y regresó a la serena y quieta oscuridad, bajo los cedros, para pasar media noche en vela tratando de recordar todo lo que la joven había dicho. Porque habló como si hasta entonces la barrera infranqueable del silencio la hubiese obligado a callar siempre.

Otras horas semejantes siguieron a la primera, horas de indecible dulzura, durante las cuales Shefford trataba cada vez más de aliviar el pesar de la muchacha, decirle que sabía que ella era Fay Larkin y que no la encadenaba a su martirio ni el amor ni la religión, sino sólo su espíritu de sacrificio. Pero, recordando las palabras de Joe, retardaba el momento de la revelación y los días y las semanas fueron sucediendose.

Un temor le quitaba el sueño : que el mormón del que ella era esposa sellada pudiese venir, que vendría seguramente alguna noche. Shefford sabría contenerse, pero ¿qué significaría esa vista para Fay Larkin? El joven temía instintivamente el despertar de la muchacha, una más profunda introspección, la comprensión espiritual de lo que ella era, el despertar físico de la joven.

Hubiese podido ahorrarse la innecesaria tortura. Un día Joe Lake le miró con penetrantes ojos.

-Creo que no hace falta que durmáis precisamente en el camino de Stonebridge -dijo el joven mormón.

Shefford sintió que la sangre le afluía al rostro. Había llevado las mantas que le servían de lecho más cerca, al camino de Stonebridge, y sus motivos no escaparon a la aguda penetración de Joe Lake.

-¿Por qué? - preguntó Shefford.

-Por ahora no vendrá aquí de noche ningún mormón a visitar a las mujeres -repuso con entera franqueza-. ¿No habéis caído en que puede haber en el camino espías del Gobierno?

-No, no he pensado en eso.

-Pues ya lo sabéis - añadió el mormón ásperamente, y Shefford comprendió que en Stonebridge debía de haberse recibido un aviso de cautela, a pesar de que Nas Ta Bega había indicado que todas las sendas estaban libres de espías. Como consecuencia de la conversación con Joe, Shefford retrasó otra vez el momento de la revelación, y siguió viviendo el dulce sueño, ayudando a la joven a alejarse cada vez más de sus penas, hasta que llegó el inevitable instante en que, impelido por la acumulación de sus emociones y las exigencias del caso, afrontó la situación.

Había ido con la muchacha paseando hasta una roca bajo los cedros, donde solía estar muchas veces durante el día. Había determinado decirle

suavemente que sabía quién era, obligándole después a contar su secreto...

-¿Soy amigo vuestro? - empezó.

-¡Oh! Sois el único amigo que tengo - exclamó ella.

-¿Confiáis en mí, me creeréis si os digo que deseo ayudaros?

-Sí, sí.

-Entonces, ocupémonos de vos. Es un asunto del que nunca hemos hablado.

La joven permaneció callada, mirándole con vago temor, como si un tumulto de ideas se agitase en su mente.

-Nuestra amistad es un poco extraña, ¿verdad? - continuó Shefford.

-No se..., nunca he tenido amistad con nadie. ¿Que quereis decir con que es extraña?

-Yo soy un hombre joven..., vos estáis casada. Pasamos muchos ratos juntos y gustamos mutuamente de nuesra compañía...

-¿Y por que es extraño eso? - preguntó ella.

Shefford comprendió de pronto que, efectivamente, para la joven no podía haber nada extraño en lo que consideraba una cosa natural. Quedaba aún en el un resto de impureza que le había impelido a hablar. Era preciso dirigirse a la joven de un modo sencillo y natural para que pudiera comprenderle.

-No os importe. Digamos, pues, que me interesáis y, como no sois feliz, deseo ayudaros. Además, vuestras vecinas son curiosas y se oponen a mis propósitos. ¿Por que?

-Están celosas porque os desean -replicó ella con dulce franqueza- Han dicho cosas que no entiendo, pero he comprendido que... odian en mí lo que en ellas les parecería muy bien.

A la ingenuidad de su mente añadíase ahora la verdad y la sabiduría tal como un indio hubiera podido expresarlas. Pero la joven desconocía la idea de vergüenza y sólo tenía un vago concepto del amor y de la pasión. Shefford empezó a darse cuenta de la agilidad de su mente y de que, en efecto, estaba despertándose.

-Están celosas..., lo que estaban ya antes de que viniera yo. Eso es muy humano. Mas quería llegar a un determinado fin. Vuestras vecinas son curiosas. Me hacen oposición. Os odian. Todo ello se debe a que sois distinta de ellas, de que sois joven y hermosa, de que no sois mormona y de que por poco reveláis su secreto en el juicio celebrado en Stonebridge.

-¡Por favor..., no habléis de eso! - balbució la joven.

-Es preciso - repuso el rápidamente -. Aquel juicio fue una tortura para vos. A mí me reveló muchas cosas...

Se que sois una esposa sellada. Sé que se ha cometido con vos un crimen.

Se que ni el amor ni la religión tienen nada que ver con... lo que sois. ¿No es verdad todo esto?

-No debo decirlo - murmuró la joven.

-Y a os obligare a confesarlo - replicó Shefford con energía.

-¡Oh, no, no podéis !

-¡Puedo... con una sola palabra!

La muchacha le miró fijamente; mostrábase serena;
tenía valor; le incitaba a decir la palabra.

-Esperad... un momento más -dijo Shefford vacilando-. Ahora llegare a eso. Decidme..., ¿habéis pensado alguna vez en ser libre?

-¡Libre! -repitió ella con profunda emoción-. Hace ya muchísimo tiempo, la primera vez que vi que no me vigilaban, quise tirarme por el precipicio, pero no me atreví. ¡Oh, no es que tuviera miedo, no! Me hubiese gustado morir así. Pero no me atreví...

-¿Por que? - preguntó Shefford.

Ella calló.

-¿Y si yo os ofreciese la libertad?

-No... podría... aceptarla.

-¿Por que

-¡Oh, amigo mío, no me preguntéis más!

-Yo se que deseáis decírmelo, que sentís la necesidad de hablar.

-Pero no me atrevo.

-¿Por que no tenéis confianza en mí?

-La tengo..., la tengo.

-Entonces..., ¡hablad!

Había llegado el momento. ¡Cuán triste y trágico y, sin embargo, cuán glorioso para el! Sería como un conjuro mágico sobre el frío fantasma de Fay Larkin, que la convertiría en un ser real y vivo. No obstante, temía hablar.

Esperó. luchando por vencer la tumultuosa tormenta de emociones, y sus ojos se nublaron.

-¿Para que he venido a éste país? - preguntó de pronto, con dominante voz.

-Para hallar a una muchacha - murmuró ella.

-¡La he encontrado!

La joven empezó a temblar. Llevóse la blanca mano al agitado pecho.

-¿Dónde está el Valle de la Sorpresa...? ¿Cómo os arrancaron del lado de Juana Withersteen y de Lassiter...? Se que viven, pero ¿dónde?

La joven pareció convertida en piedra.

-¡Fay...! ¡Fay Larkin...! ¡Por fin te encontré! -exclamó Shefford, desesperado.

Ella, deslizándose de la roca, cayó de rodillas y, vacilante, elevó las manos ciegamente; su cabeza cayó hacia atrás y la luna iluminó de lleno aquel rostro adorable, blanco como la nieve, trágicamente convulso.

XIII

Oh, lo recuerdo tan bien! Aún hoy sueño con ello algunas veces. Oigo el rodar de la roca, el estrépito de su caída..., un verdadero trueno... Cabalgamos durante horas y horas. Después, cayeron los caballos. Tío Jaime me tomó en sus brazos y empezó a ascender el risco. Mamá Juana iba detrás de nosotros. Los dos volvían la cabeza con frecuencia. Allá abajo, por el valle gris, venían los mormones. Aún veo al primero de ellos. Montaba un caballo blanco. Era Tull. ¡Oh, lo recuerdo tan bien... ! Y eso que sólo tenía entonces cinco años.

»Subimos más y más; de un cañón oscuro pasamos a otro. Luego había una senda estrecha y blanca, muy pina, casi perpendicular, con pequeños escalones y altísimas paredes' en estado ruinoso. Por encima del hombro de tío Jaime miraba yo hacia abajo. Vi que mamá Juana subía haciendo grandes esfuerzos, estando a punto de caer constantemente. La sangre que fluía de las heridas de tío Jaime manchaba el camino. Llegó a la cima y cayó exhausto, dejándome caer también; mamá Juana se arrastró hasta nuestro lado.

»De pronto gritó, señalando hacia abajo. Tull empezaba a subir la cuesta; detrás de el iban sus hombres. Tío Jaime se acercó a una gran roca y se apoyó en ella. Tenía una mano ensangrentada. Con ella y con el hombro empujó el peñasco, que se precipitó, rompiendo aquellas paredes ruinosas. El ruido era tan ensordecedor, tan terrible, que cerre los ojos y no vi nada más.

»Tío Jaime volvió a tomarme en sus brazos y me sacó de aquel sitio lóbrego y triste, entrando en un valle hermoso, todo rojo y dorado, con un maravilloso arco de piedra a la entrada.

»No recuerdo bien lo que pasó despues en mucho, mucho tiempo. Sólo lo recuerdo como en sueños. Me veo jugando con dos perros y al lado de mamá Juana, aprendiendo a leer.

Lo que sí recuerdo es lo que sentí al comprender por vez primera

que estábamos cerrados para siempre en aquel Valle de la Sorpresa donde vivió Venters durante tanto tiempo. Y me alegre. Los mormones nunca podrían cogerme. Creo que entonces tenía yo unos ocho años. Lo que pasó despues lo recuerdo todo.

»Venters había dejado en el valle provisiones, herramientas, trigo, ganado y burros, de modo que había con que empezar a vivir allí. Como no había gatos silvestres ni coyotes, las codornices y los conejos multiplicábanse, hasta que hubo miles de ellos. Plantamos trigo y árboles frutales, almacenando lo que no gastábamos. Mamá Juana me enseñó a leer y a escribir con una piedra roja blanda, con la que se escribía muy bien en las paredes.

»Pasaron los años. El cabello de tío Jaime tornóse blanco y el de mamá Juana gris. Cada día era como el anterior. Mamá Juana lloraba algunas veces, y tío Jaime se entristecía, porque no podía sacarme a mí del valle. Pasaron muchos años, hasta que dejaron de estar atentos por si alguien venía a libertarnos. Tío Jaime siempre decía que volvería Venters, pero mamá Juana no era de la misma opinión.

»Yo amaba el Valle de la Sorpresa. Quería permanecer allí siempre. Recordaba el pueblo de Cottonwoods, el odio que me tenían los niños de allí, y no quería volver. Los únicos momentos tristes que pasé en el valle fue cuando Ring y Blanca murieron, porque me había encariñado con los dos perros. Conozco el valle de memoria. Lo recorrí miles de veces ; subía a todos los riscos y todas las rampas. Allí aprendí a trepar con tanta agilidad. Mamá Juana me llamaba loca. Los trajes que llevábamos al entrar en el valle los guardamos, substituyendolos por otros hechos de pieles. Tío Jaime y mamá Juana hablaban cada vez menos al transcurrir los años. Y después de aprender cuanto podían enseñarme, tampoco hablaban mucho conmigo. Yo solía gritar en las cavernas por oír mi voz, y el eco me asustaba.

»A medida que iba creciendo, me sentía cada vez más sola y para distraerme recorría constantemente el valle, que para mí estaba lleno de encantos. Solía subirme a sitios muy altos y quedarme allí sentada, contemplando y observando durante muchas horas el panorama. Muchas horas pasaba también en las grandes cuevas donde están las que fueron viviendas de los trogloditas, meditando acerca de ellos. Mis momentos más felices eran los de las tormentas estivales, cuando los truenos se repiten incesantemente. Por las noches el valle era todo silencio, porque despues del grito del ave nocturna no se oía nada. La quietud me entristecía, pero la amaba. Me gustaba contemplar las estrellas, porque desde mi lecho podía ver el firmamento.

»Así, todo fue felicidad para mí hasta que...

»Hará unos dos años hubo una tormenta terrible. hundiéndose parcialmente una de las paredes del cañón. Tío Jaime dijo que a causa del derrumbamiento sería fácil penetrar en el valle desde la altiplanicie, pero que nosotros no podríamos salir sin ayuda desde la pared alta, pues el cañón tenía una profundidad de trescientos a quinientos metros y los escalones que formaban la pared derruída eran de dimensiones colosales. Tío Jaime ya no estuvo tranquilo desde entonces. A mí aquello no me causaba ninguna inquietud.

»Un día, hace cosa de un año, mientras me hallaba ausente del campamento, oí gritos extraños y voces pidiendo socorro. Rápidamente regrese al campamento y vi allí un grupo de hombres armados. Tío Jaime estaba atado y llevaba una cuerda al cuello. Mamá Juana yacía en el suelo, llorando. De momento creí que estaba muerta. Dando gritos de terror fui junto a tío Jaime y comence a quitarle las cuerdas, pero aquellos hombres me lo impidieron. Llamáronme gata bonita. Luego hablaron y algunos de ellos opinaban que se debía ahorcar a Lassiter (era la primera vez que le oía llamar de otro modo que tío Jaime), y otros decían que lo mejor era dejarlo en el valle, que bastante castigado quedaría. Por fin decidieron ahorcarlo. Pero mamá Juana suplicó tanto y yo grité y luche tan furiosamente que nos dejaron y se marcharon. Los vimos escalar la pared derruída valiéndose de cuerdas.

»Tío Jaime dijo entonces que eran mormones, y algunos de ellos, hijos de Cottonwoods. No me dijeron por que le odiaban tanto a el, pero tío Jaime dijo que volverían y que le matarían. Tío Jaime no tenía armas con que defenderse.

»Al cabo de cinco días volvieron con más hombres; algunos de ellos llevaban antifaces negros. Se acercaron a nuestra caverna con armas v cuerdas. Uno de ellos era alto y tenía una voz muy dura. Todos le obedecían. Vi detrás de la máscara un pelo blanco y unos penetrantes ojos. Los hombres me cogieron y me llevaron ante él.

»Me dijo que Lassiter había matado a muchos mormones, que tambien había dado muerte a su padre y que se le debía ahorcar. Pero que lo dejarían vivir y que Juana Withersteen podía seguir en su compañía, prisioneros los dos en el valle, si yo me casaba con el. Había de casarme con el, había de aceptar la religión mormona. Si rehusaba, ahorcarían a Lassiter, dejarían a la herética Juana Withersteen abandonada en el valle y me llevarían a mí para obligarme a la fuerza a aceptar su religión.

»Di mi conformidad, pero mamá Juana me prohibió terminantemente que me casara con el mormón. Los hombres me cogieron

entonces y me arrancaron de allí. Grande fue mi pena al tener que dejar a tío Jaime y mamá Juana, pero, ¿que podía hacer sino salvarlos? Una vez en la altiplanicie, me colocaron encima de un caballo s - cabalgamos durante muchas horas. Me trajeron aquí, a la cabaña en que vivo, y nunca he salido de este pueblo. salvo aquella vez..., cuando fui a... Stonebridge. Sólo poco a poco me entere de mi situación. El obispo Kane mostrábase muy bondadoso conmigo, pero se enojaba porque no aprendía la religión tan aprisa como el hubiese querido.

No soy una mujer sellada. Sin embargo, lo están probando todo para que lo sea. Aquel mormón tan dominante... me visitaba frecuentemente... durante las noches..., hasta hace poco. Me amenazaba. Nunca me dijo su nombre... No le conozco más que por la voz. Nunca vi su rostro a la luz.

Así terminó Fay Larkin su historia. Hacia el final de ella, Shefford sentíase intranquilo, temblaba con una violenta agitación de alegría y sólo haciendo un gran esfuerzo logró aparecer sereno.

-Fay Larkin -dijo con un gran suspiro de alivio-, ¡conque no estás casada !... ¡Eres libre ! ¡Gracias a Dios ! Pero yo sabía que estabas sacrificándote, que cometían un crimen contigo. Porque es un crimen, sólo que tú eres tan niña que no puedes comprenderlo. Sin embargo, ese año de angustia no ha de destrozar toda una vida. Fay, te voy a sacar de aquí.

-¿Adónde me llevarás? - murmuró ella.

-Lejos de este país de los mormones..., al este - repuso Shefford, y le habló de las ciudades, de sus habitantes, de la felicidad que aguardaba a una joven que había pasado toda su vida en un valle oculto y, como siempre que hablaba con ella, fue elocuente y cálida su palabra.

Hubo un momento en que el rostro de Fay se encendió de alegría ante las inesperadas maravillas de que Shefford le hablara, pero luego tornóse sombría otra vez.

-Es preciso que me quede aquí-murmuró temblorosa.

-¡Fay! ¡Cuán extraño es para mí llamarte ahora Fay en voz alta... ! Fay, ¿sabes dónde está el Valle de la Sorpresa?

-No lo se, pero podría ir a el casi en línea recta.

-Llévame allí. Enséñame ese hermoso valle, que vea yo dónde corriste y trepaste durante tantísimos años.

-¡Cuánto me gustaría! Pero no me atrevo.

-Es que quisiera salvar a Juana Withersteen y a Lassiter.

-¿Salvarlos? - exclamó ella, sorprendida y gozosa.

-Sí, salvarlos. Sacarlos del valle, de esta región, lejos, muy lejos, a ellos y a ti...

-¡Pero si yo no puedo marcharme! - repuso tristemente -. Tengo miedo. Estoy encadenada aquí. Si me atreviera a huir, me cogerían. Ahorcarían a tío Jaime y dejarían a mamá Juana abandonada en el valle para que muriese allí sola...

-Fay, Lassiter y Juana se morirán los dos en el valle si no los salvamos nosotros. Se ha cometido una iniquidad. Ahora eres una esclava.

-Dicen que ire al infierno si no me caso con el...

No se mucho de Dios, porque mamá Juana nada me enseñó. Pero aquel terrible mormón me dijo que hay un Dios que castiga inexorablemente... No me atrevo a promover su cólera.

-Fay, a ti te han engañado esos viejos mormones. Respetemos su religión, pero tú no debes aceptarla.

-Juan, ¿que es Dios para ti?

-Querida niña, yo... no estoy muy seguro - repuso Shefford roncamente-. Cuando hayan terminado todos estos sinsabores, seguramente podré ayudarte a comprender, y tú me ayudarás a hallar a Dios. Ahora lo esencial es que tú vivas, que vivan Lassiter y Juana, que yo os salve a todos. Eso me sostiene moralmente. Te digo que Fay Larkin va a ser mi salvación.

-Tus palabras me inquietan y no se que pensar. Pero, no, Juan, no me atrevo a huir y no te diré dónde están Lassiter y mamá Juana.

-Los encontrare de todos modos. Tengo al indio. Él te descubrió. Nas Ta Bega encontrará tambien el Valle de la Sorpresa.

-¡ Nas Ta Bega... ! Recuerdo que entre los mormones que penetraron en el valle había un indio, pero era piute.

-Nas Ta Bega nunca me dijo cómo pudo identificarte, pero el hecho es que lo consiguió. Y el descubrirá el Valle de la Sorpresa y salvará también a tío Jaime y mamá Juana.

Ella estrechó, temblorosa, las manos de Shefford; gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, y su rostro se contrajo en un gesto de dolorosa alegría.

-¡Oh, amigo mío, sálvalos...! Pero dejame aquí; no puedo marcharme. Deja que él me mate.

-¿Ése? Fay, ese hombre no te hará daño-repuso Shefford con apasionada gravedad.

-Cuando te pones así, me recuerdas a tío Jaime hablando de los mormones -observó Fay -. Entonces le tenía miedo. ¡Cambiaba tanto! Juan, no hagas eso por mí. Déjame; ahora ya es tarde para remediarlo. Él y sus hombres te ahorcarían y yo moriría de pena. Ya es mucho lo que tengo que sufrir, para perder también a mis amigos. Júrame que no le acecharás...,

que no harás nada contra el.

Shefford se vió obligado a prometerlo. Fay estaba debil y emocionada, y Shefford la acompañó de nuevo hacia su casita.

-Fay, no te inquietes-le dijo- Por ahora no haré nada. Puedes tener confianza en mí; no procederé temerariamente. Te consultare siempre. Además, no se lo que podría hacer... Es preciso que te animes. Pareces sentir que haya descubierto quién eres.

-¡Oh, no! ¡Me alegro mucho, mucho! - murmuró Fay.

-Pues si te alegra, es preciso que tengas la mí r-.a apariencia de hace un momento. Aunque sólo sea porque pueden vernos.

-Tienes razón. Es que me sorprendió. Muchas veces he pensado cuánto me gustaría decírtelo todo, pero ahora ya no estoy en ese caso. Sin embargo, me complace saber que el hallar a Fay' Larkin con vida te hace... un poco más feliz.

Shefford comprendió que había llegado el momento de despedirse. No podía seguir dominando sus emociones.

-Buenas noches, Fay -dijo.

-Buenas noches, Juan-murmuró ella- Prometo estar animada mañana.

Fay lloraba quedamente cuando la dejó. Shefford se volvió dos veces para contemplar la esbelta figura blanca que se destacaba sobre el fondo oscuro de la cabaña. Y cuando, ya acostado, contemplaba el firmamento, las estrellas pareciéronle ojos fríos, sin pasión, inexorables, que se burlaban de su destino y de sus penas. La gigantesca sombra de la montaña semejaba la infranqueable barrera que se alzaba entre el y Fay.

Cuando Shefford se dirigió la noche siguiente a casa de ella, recordando la promesa que la joven le hiciera, se preguntó cómo lo haría.

Mas aquella noche Fay Larkin era distinta. Ya al saludarla, antes de que la joven hablara, advirtió una diferencia que le sorprendió, aliviándole. Y luego le pareció escuchar a una muchacha que se alegraba inconsciente s - extrañamente de verle, que hablaba con un tono más profundo en su voz, que en vez de escuchar como antes, en silencio, llevaba ahora el peso de la conversación, y cuya tristeza quedaba oculta bajo una ansiedad y una reprimida alegría tan nueva en ella como dulce y encantadora.

A la noche siguiente descubrió lo que había transformado tan repentinamente a Fay Larkin. Ésta le amaba sin darse cuenta. ¡Cuán triste y dolorosa era, en medio de su alegría, aquella revelación para Shefford! La hora que pasó a su lado fue tan sólo un momento para él.

Despues paseó largo rato por el valle, y la luz de las estrellas

antojábasele aquella noche gloría divina. Trató de pensar, de hacer proyectos, pero la dulzura del recuerdo le impidió reflexionar serenamente. Se dijo que lo mejor sería esperar hasta que ella comprendiese que le amaba; entonces tal vez pudiera persuadirla para huir con el y salvar a Lassiter y Juana.

Desde entonces trabajó con más ahínco durante el día, y desempeñó tan bien su papel, tanto se congració con las mujeres del pueblo y los pocos mormones que en el vivían, que nadie sospechaba nada anormal y podía visitar a Fay siempre que lo deseaba.

Tanto tiempo esperó que se revelase el amor de la muchacha, que llegó a creer que el momento -nunca se presentaría, pero no tuvo valor para quitarle la venda de los ojos. Además sentía un temor cada vez más grande. ¿Qué haría Fay Larkín al despertar de su sueño y ver la verdad? ¿Se marchitaría como ¡in lirio del valle en una tormenta estival? Shefford tenía miedo de que al despertar a la vida surgiera en ella el odio contra sus opresores. No odiaba aún porque no comprendía lo que era el amor. No veía aún claramente el mal que se le hizo. Y cada vez que se aproximaba la hora de ir a verla, decidía hablarle de la huida y de salvar a los prisioneros del Valle de la Sorpresa, pero a su lado lo olvidaba todo y no veía sino su belleza e inocente felicidad. Al transcurrir las semanas, Shefford disculpó sus vacilaciones diciéndose que el invierno no era época apropiada para huir a través del desierto. No había pasto para los caballos, excepto en los valles que todo el mundo conocía y que, por lo mismo, era preciso evitar. Se dijo que pronto llegaría la primavera, y así iba pasando el tiempo; cada vez amaba más a Fay Larkín ; a su lado apuraba todos los momentos de felicidad, y luego, en su solitario campamento, lejos de ella, sufría el tormento de su creciente inquietud.

Una noche de luna clara Shefford se fue a eso de las diez a beber a la fuente, como hacía todos los días. Al volver a los cedros, Nas Ta Bega, que dormía bajo el mismo árbol que el, habíase levantado.

-¡Escuchad! -le dijo el indio en voz baja.

Shefford contempló un momento su oscura y sombría faz, de ojos inescrutables, y, muy emocionado, escuchó. Al principio sólo oyó el murmullo del viento en las copas de los árboles, pero no tardó en percibir el ruido del trote de caballos sobre una senda rocosa. Alguien entraba en el pueblo. ¿Quien podría ser? Miró atentamente hacia donde venía el ruido y vió un grupo de jinetes. Contó hasta once. Y, como un rayo ilumina las tinieblas de la noche, se hizo la luz en su cerebro: ¡eran los mormones, que hacían su visita nocturna ! Un sudor frío le inundó el rostro y en su pecho ardió la llama de la desesperación.

Temblando, se dejó caer sobre un tronco. Como una sombra alejóse el indio, y Shefford observó que los once jinetes desaparecían en el pueblo y cesaba el ruido de cascos de caballos. Nada quedaba para probar que no había soñado.

Nada, excepto la repentina y terrible desmoralización de su ser físico y espiritual. Mientras atisbaba el oscuro valle, por entre los sombríos cedros que ocultaban las ca bañas, su cuerpo se estremecía.

¿Estaba entre los jinetes el mormón que raptó a Fay? ¿El hombre de la voz dura...? Acaso no habría venido... ¡Torturadora esperanza! Pero vana, absolutamente vana, porque era inevitable que estuviese entre ellos. ¿Llamaría a su puerta? No, entraría sin llamar, la llamaría con su voz autoritaria, y luego...

Shefford cogió una manta de su lecho y se cubrió con ella. Habíase deslizado del tronco y, sentado en el suelo, se apoyaba contra el. La pálida luz de las estrellas daba al valle un aspecto fantástico. Shefford escuchaba..., aguzaba el oído para percibir algo más que el acelerado latir de su corazón, algo que interrumpiese el frío y aterrador silencio circundante. Mas la quietud era absoluta. como si la muerte impusiera su silencio en el cañón. Cómo odiaba aquel silencio ! Hubiera deseado que millones de demonios promoviesen escándalo para que apareciese tan horrible como era. Las estrellas dé serena brillantez, ¿miraban acaso las solitarias casitas con sus pobres desterradas? ¿No descendería de la alta y oscura montaña un rayo sobre aquella cabaña donde se desarrollaba una tragedia? En ninguna parte del mundo, ni en las profundidades de los mares, ni en las más elevadas alturas, podía concebirse un silencio tan grande como aquel. Los gritos, los gemidos, eran naturales en la mujer; ¿por que, pues, ninguna de aquellas mujeres selladas gritaba, por que no gritaba Fay Larkin para interrumpir el terrible, el eterno silencio concupiscente? ¿Saldría Fay Larkin corriendo enloquecida de su casita? Shefford trató de penetrar con la mirada las oscuras sombras de los cedros, pero nada vió, no surgía la tan anhelada figura blanca. Tampoco oyó ruido alguno, ni siquiera el murmullo del viento en las copas de los árboles.

Nas Ta Bega regresó al campamento y, acostándose sobre una manta, cubrióse con otra y se durmió. Este hecho le pareció lleno de amarga significación. Nada iba a suceder. El valle era el mismo de todas las noches. Shefford aceptó la verdad. Experimentó una especie de compasión hacia sí mismo. La noche que tantas inquietudes le había proporcionado, la noche tan temida, había llegado por fin y todo seguía igual. Cubrióse con otra manta y, con el frío en el corazón, se preparó a la larga vela, a sufrir y a esperar.

Tras los primeros momentos de frenetica angustia, vinieron varias horas de dolor y de celos, y, cuando pasaron, Shefford comprendió que con ellas habíase ido el egoísmo. Lo que entonces sufrió sólo fue a causa de Fay Larkin y sus hermanas en desgracia. Su valor moral elevóse hasta hacerle compadecerse de aquellos fanáticos mormones. El fiero impulso sanguinario que le convirtió un momento en bestia habíase calmado al pensar en los demás. Sin embargo, aún temía que le venciese el odio... ¡Que tempestad había rugido dentro de el! Aquella sangre suya, fortalecida por la dura vida del desierto, podría en un momento dado borrar la razón y la inteligencia, convirtiéndolo en un hombre vengativo. Presintiéndolo, durante las interminables horas de aquella noche ahondó en su corazón y trató de fortalecerse para el trágico momento que fatalmente habría de sobrevenir.

El brillante cinturón con sus tres estrellas radiantes desapareció tras el muro occidental y sobre el valle extendióse una tenue claridad.

Luego, algunas luces chispearon en la oscuridad que envolvía las cabañas; la risa de una mujer interrumpió el silencio, profanándolo, dando un mentís a aquel yugo siniestro que parecía concretarse en las mismas sombras; oyéronse voces de hombres y, despues, el golpear de cascos de caballos sobre el duro suelo del camino.

Shefford vió la larga hilera de mormones que se alejaban valle abajo, desapareciendo en la oscuridad. Dióse cuenta de que el indio se había incorporado para contemplar a los jinetes, y de que Joe removíase en su lecho como si estuviese intranquilo.

Una tras otra fuéronse apagando las estrellas. El valle se lleno de sombras grises. En el este apareció la luz del alba. Shefford, macilento, cansado, seguía sentado junto al tronco, contemplando la aparición del nuevo día. Si en su poder estuviera, aquel amanecer no habría venido, y jamás los rayos dorados del sol hubiesen nimbado los altos picos de la montaña.

Shefford atendió a los quehaceres del campamento como todos los días. Varias veces advirtió la escudriñadora mirada de Joe Lake v, por fin, sin mirarle, le refirió la visita nocturna de los mormones. Un violento acceso de tos fue la respuesta de Joe, pareciendo casi una maldición; ceso de silbar alegremente y se mostró tan sombrío como el indio. Reino el silencio entre los tres, rehuyéndose entre sí la mirada. A la hora del desayuno, Shefford estaba sentado de espaldas al pueblo, en cuya dirección no había vuelto a mirar desde el alba.

-¡Ugh! -hizo de pronto Nas Ta Bega.

Joe Lake murmuro algo en voz baja, pero con terrible entonación. Shefford no tuvo valor para volverse a averiguar la causa de las exclamaciones.

-Shefford, o no conozco bien a las mujeres o vais a pasar un mal rato-dijo el joven mormón.

Shefford volvió rápidamente y vió a Fay Larkin. Venía corriendo, sin la capucha, con la cabellera flotando al aire. Su rápido movimiento carecía de la gracia habitual ; casi tropezó con los estriberones del arroyo.

Joe apresuróse a ir a su encuentro, la sostuvo por un brazo y le hablo, mas ella no parecía oírle ni verle. Se dirigió, arrastrando a Joe, directamente al banco donde estaba Shefford. En su rostro leíase una angustia mortal, como si en la hora crítica sus facciones hubiéranse petrificado en un gesto de dolor. Pero sus ojos despedían fuego; eran como ventanas de una vida extraordinariamente intensa. En el transcurso de una noche la muchacha habíase convertido en mujer. Mas lo que temía Shefford..., el marchitamiento de un alma exquisita, de una pureza inmaculada, que él consideraba inevitable, tan inevitable como la muerte del lirio arrancado de su tallo..., no se manifestaba en la joven. Al llegar junto a él, le cogió las manos.

-Anoche... vino... él - dijo jadeante.

-Sí, Fay..., lo se - repuso Shefford, vacilando.

El joven temblaba de asombro al presentir algo maravilloso en ella. Fay no hizo caso de Joe, quien se aparto un poco; tampoco vió a Nas Ta Bega, sentado, inmóvil sobre un tronco, al parecer inconsciente de su presencia.

-¿Sabíais que el había venido?

-Sí, Fay. Estaba despierto cuando... cuando ellos llegaron. Pase la noche en vela. Los vi marcharse.

-Si lo sabías..., si le viste venir..., ¿por que no viniste corriendo..., antes de que llegara él?

No era posible contestar. Aquella pregunta tenía la contundencia de un golpe. Shefford se sintió aturdido. La hiriente franqueza de la pregunta nacía de una sencillez v una fuerza ajenas por completo a la vida vivida por Shefford. ¡Tanto habíanse alejado los hombres de la verdad y de la naturaleza!

-He venido aquí en seguida que he podido-continuó ella-. He debido de desmayarme. Me costo un poco volver en mí... Y ahora ya puedo decírtelo todo. ¡Escúchame! Vino y...

-Fay, no me lo digas-la interrumpió Shefford.

-¡Quiera contártelo! -insistió ella-. ¡Escúchame Llego cuando iba a acostarme. Oí el ruido de los caballos. Llamaron a la puerta. Entonces me paso algo terrible. Me sentí enferma, no tenía la cabeza clara. Recuerdo después..., él estaba en la habitación... con la luz apagada... No vi muy bien. Creyó que me encontraba mal y me dio de beber, dejando que el aire de la ventana me refrescara la cabeza. Recuerdo que me hallé echada en el sillón, y escuchaba pensando... cuándo llegarías tú. No comprendía que pudieses dejarme sola en tal situación, sola con el. Porque esta vez su venida era distinta.

Te amaba. En aquel momento lo comprendí. Te pertenecía. No podía tolerar que él me tocase. No era esposa suya. Cuando lo comprendí, cuando le vi delante, cuando me di cuenta de que tú podrías sufrir..., grité horrorizada.

»Él me creyó enferma y me animó dándome una medicina. Luego se arrodilló y se puso a orar por mí en la oscuridad. Aquello me pareció extraño. Se mostró bueno conmigo, tan bueno que le rogué me libertase, que yo no era mormona, que no podía casarme con él.

»Entonces creyó que le había engañado y se puso furioso. Habló mucho rato. Emplazó a Dios para que castigara mis pecados. Trató de hacerme orar con él. Pero no quise, y entonces forcejeamos. Hubiera pronunciado tu nombre si él no me hubiese tapado la boca... Me sentí desfallecer..., tú no llegabas... Creí que vendrías, pero me engañaba. Entonces perdí el sentido.

-¡Fay! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo podía ir yo? -exclamó Shefford con voz ronca, lívido de remordimiento y dolor.

-Si he de ser mujer de alguien, lo seré tuya. Eso es algo que se siente, ¿verdad? Ahora lo sé... Pero deseo saber qué debo hacer...

- ¡Fay ! -gritó Shefford.

-Estoy cansada de todo esto. Si no fuera por ti subiría allá arriba y me despeñaría; me gustaría morir así. He pasado toda mi vida en lo alto de las rocas. La caída no sería nada.

-¡Por favor, Fay, no hables así!

-¿Me amas?-preguntó la joven dulcemente.

-¿Si te amo? ¡Con toda mi alma! ¡Nada puede destruir mi amor!

-¿Me deseas como deseabas a aquella Fay Larkin perdida en el Valle de la Sorpresa? ¿Me amas de ese modo? Ahora comprendo las cosas mejor que antes, aunque no del todo. Yo soy Fay Larkin. Me parece que he soñado contigo toda la vida. Tuve una gran alegría cuando viniste. Últimamente he sido muy feliz. Lo olvidé todo... hasta anoche. Sin duda era preciso que sucediese esto para comprender que te había amado

siempre... ¡Luché con él como un gato montés...! Dime la verdad... Me siento tuya. ¿Será verdad' Si no lo es... no quiero vivir
una hora más. Ahora me sostiene algo... Soy siempre la misma... ¿Me quieres por esposa?

-Sí, Fay, te quiero por esposa-repuso Shefford con firmeza.

-Entonces, sácame de aquí. No quiero vivir ni una hora más en este lugar.

-Fay, te sacaré de aquí, pero no puedo hacerlo en seguida. Hemos de prepararnos antes. Necesito ayuda. Hemos de sacar a Lassiter y a Juana del Valle de la Sorpresa. Dame tiempo, querida..., dame tiempo. La tarea va a ser muy difícil y dura, pero se hará.

-¿Y si él vuelve?-preguntó Fay, con singular entonación.

-Hemos de correr ese riesgo-contestó Shefford bajando la cabeza-. Pero.., no volverá tan pronto.

-Dijo que sí-repuso ella rápidamente.

Las palabras de Fay dejaron helado a Shefford. El amor la había convertido en mujer y hablaba la mujer en ella, intuyendo el peligro mucho mejor que él.

-Si espero y él vuelve... ¿me salvarás de él?

-¿Cómo? Todo lo fío a la probabilidad de que no vuelva por ahora; pero si vuelve y no revelo nuestro secreto..., ¿cómo evitar que se acerque a ti? -preguntó Shefford.

-Si me amas, lo harás - dijo Fay ingenuamente.

-Pero... ¿cómo? -exclamó Shefford fuera de sí.

-Eres un hombre. Cualquier hombre salvaría a la mujer nada de... de... ¡oh!, ¡de una bestia... ! ¡ Cómo lo haría Lassiter!

- ¡Lassiter !

- ¡Puedes mutarlo !

En la profunda voz de ella hablaba el poder de las fuerzas elementales que la habían rodeado siempre la pasión y el odio y el amor primitivos, tal como se manifestaron en las primeras mujeres de la tierra.

-¡Dios mío! -gritó Shefford, sintiendo que de nuevo surgía en él la terrible llama. En efecto, podría matar a aquel furtivo jinete nocturno y ahora, frente a Fay, nunca tan hermosa como en este momento en que elevaba el amor a la única y sagrada esencia de la vida, ahora él sentía deseos de matar. Sin embargo, el homicidio, aunque sólo se tratara de una bestia como aquel odioso mormón, no cuadraba a Juan Shefford, ni era su modo de salvar a una mujer. La razón seguía dominando... y Shefford rogó fervorosamente para que le asistiese también en la hora suprema.

Fay se había reclinado sobre su pecho y sólo le veía a él, de quien

todo lo esperaba. Shefford miraba con angustia a Joe Lake, agobiado ante aquella escena, y al sombrío navajo, como si ellos pudiesen ayudarle.

-¡Ahora ya se quién es! -dijo Fay rompiendo el silencio repentinamente.

-¿Qué dices?

-Le vi a la luz. Encendí una vela y se la acerqué de pronto al rostro. Sé quién es. Estaba en Stonebridge con nosotras y no le reconocía entonces. Pero ahora sé quién es... Se llama...

-¡Por el amor de Dios, no me lo digas! - imploró Shefford.

La ignorancia era su mejor salvaguardia contra sí mismo. Convertir en hombre real y conocido al que hasta ahora era un ser intangible, destacarlo de entre la multitud de mormones, poder reconocerlo, era fatal para Shefford.

-¡Fay..., no me digas nada más ! -dijo con voz desfallecida -. Te amo y te dare mi vida. Confía en mí. juro que te salvaré.

-¿Me llevarás. pronto lejos de aquí?

-Sí.

-Puedo conducirte al Valle de la Sorpresa -añadió Fay-. Por intuición sé dónde está. ¡Allí! - y señaló hacia el oeste.

-Fay, pronto nos iremos. Deja que haga mis planes. Esta noche te veré y hablaremos. Corre, ye a tu casa antes de que te vean las otras.

La muchacha se despidió y marchóse rápidamente, andando con el paso ligero y gracioso que la caracterizaba. Se volvió una vez para saludar con la mano.

Shefford la contempló con la tortura del orgullo, del amor, de la esperanza y del temor que luchaban en él.